



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE TEOLOGÍA

**El Corazón de Cristo en los
sermones del Santísimo
Sacramento de San Juan de Ávila**

Autor: Carlos Jesús Gallardo Panadero

Directora: Prof^ª. Dra. María Jesús Fernández Cordero

Madrid, mayo de 2019

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I: LA RELACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CORAZÓN DE CRISTO CON LA EUCARISTÍA EN LOS SIGLOS PRECEDENTES A SAN JUAN DE ÁVILA.....	11
1- La veneración al Corazón de Jesús en la Patrística	11
1.1 Escuela de Alejandría	14
1.2 Escuela de Éfeso	14
1.3 La primitiva Iglesia Latina	15
2- De la Patrística a la Edad moderna	16
2.1 Hasta el año 1250. Época monástica	16
2.2 Florecimiento de los místicos 1250-1350. Órdenes mendicantes	18
2.3 Renovación y difusión: “Devotio Moderna”	21
2.4 Influencias en San Juan de Ávila en relación con el Corazón de Cristo y la Eucaristía. Formación en Alcalá.....	22
CAPÍTULO II: EL MISTERIO DEL CORAZÓN DE CRISTO EN LOS SERMONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE SAN JUAN DE ÁVILA	27
1- San Juan de Ávila y la Eucaristía	28
1.1 .Importancia de los sermones del Santísimo Sacramento en San Juan de Ávila.....	29
1.2 .Experiencia mística de San Juan de Ávila en relación con la Eucaristía.....	32
1.3 Experiencia mística de la Pasión en San Juan de Ávila: la herida del Costado	37
2- La Eucaristía nace del Corazón de Cristo.....	41
2.1 Cristo, preso en el Santísimo Sacramento	43
2.2 La dulzura del Corazón de Cristo está en la Eucaristía	46
2.3 Gozar del perdón en la Eucaristía.....	48
2.4 El Corazón de Cristo Eucaristía busca nuestra amistad.....	53
3- Imágenes usadas por San Juan de Ávila en los sermones del Santísimo Sacramento en relación con el Corazón de Cristo.....	56
3.1 “La bodega del vino”	58
3.2 “Fuego de amor”.....	62
3.3 “Medicina”.....	66
3.4 “Escuela”	69

CAPÍTULO III: TRANSFORMACIÓN DEL CORAZÓN DEL HOMBRE SEGÚN EL CORAZÓN DE CRISTO POR LA EUCARISTÍA	75
1- El misterio de la Comunión	77
1.1 “Aquello que mucho amas, te vuelves”	79
1.2 “Crear y amar es comer”	82
1.3 Transformación interior: el fruto principal de la comunión	86
2- “Tener la condición de Cristo, tener su Corazón”	90
2.1 Poseer al Padre incorporados a Cristo	94
2.2 Transustanciación operada en el corazón del hombre	99
2.3 “Recibiendo este pan, participamos de su virtud”: Caridad de Cristo, caridad del cristiano.....	103
2.4 “Tener todos un corazón”: comunión eucarística y comunión eclesial	106
Conclusiones.....	111
Bibliografía.....	115

SIGLAS Y ABREVIATURAS

- OC Juan de Ávila, San. *Obras completas*, 4 vols. Nueva edición crítica. Introducción, edición y notas de L. Sala Balust y F. Martín Hernández. Madrid: BAC, 2000-2003.
- DH Denzinger, Heinrich, P. Hünermann, *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*. Barcelona: Herder, 2000.
- DSp *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique doctrine et histoire*. dirigido por Marcel Viller, Ferdinand Cavallera, Joseph de Guibert. Paris: Beauchesne, 1953.
- Granada, *vida* Granada, Fr. Luis de, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila y las partes que ha de tener un predicador del Evangelio*, en Fr Luis de Granada y Licenciado Luis Muñoz, *Vidas del Padre Maestro Juan de Ávila*, editado por Luis Sala Balust. Barcelona: Juan Flors, 1964.

INTRODUCCIÓN

1. Presentación y objetivo del tema

Con este trabajo de investigación, titulado *El Corazón de Cristo en los sermones del Santísimo Sacramento de San Juan de Ávila*, tenemos como principal objetivo explorar cómo aparece en San Juan de Ávila el tema del Corazón de Cristo. Buscamos demostrar que Ávila utiliza el símbolo del Corazón y cómo en su magisterio y experiencia espiritual se presenta en relación con la Eucaristía y la Pasión.

La figura del Corazón es anterior a la formulación moderna de esta espiritualidad, que es la que ha llegado con más fuerza hasta nosotros. Pero ya en autores anteriores se encontraba presente. Uno de ellos es precisamente San Juan de Ávila. Queremos exponer los puntos más destacados de su teología en torno al misterio de Cristo. Al mismo tiempo demostrar cómo el Santo relaciona el Corazón de Cristo con el corazón del hombre y el encuentro de ambos en la Eucaristía.

Deseamos con este trabajo difundir la doctrina eminente y la santidad de vida de San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal. Él supo descifrar el bagaje, la experiencia, el saber y la vivencia de una vida ordenada en Dios, por Dios y para Dios¹. Son numerosas las fuentes a las que acude el Santo y algunas de ellas están reflejadas en este trabajo.

2. Metodología

Partimos de la idea de que la espiritualidad del Corazón de Cristo no nace en el siglo XVII, sino que se trata de una espiritualidad enraizada en la historia desde la Escritura hasta nuestros días. Además, es entendida de una forma transversal pues es símbolo del amor, de la interioridad, de los sentimientos de Cristo. Para San Juan de Ávila todos los misterios de Cristo expresan su “interioridad”, su amor. Por esta razón, Eucaristía y Corazón de Cristo se dan unidos siempre en la concepción teológica e incluso en su

¹ Antonio Llamas Vela, *Lectura orante del “Audi filia” de San Juan de Ávila* (Madrid: BAC, 2013), 52.

práctica devocional. Existe un riesgo claro de proyectar los conceptos y significados de la devoción posterior, por ello, pretendemos acercarnos a San Juan de Ávila sin un revestimiento de la devoción al Corazón de Cristo que nacerá en siglos posteriores a él.

Identificamos y analizamos los textos de los sermones eucarísticos en los que el símbolo del Corazón de Cristo es importante para descubrir qué significado tienen y que teología transmiten. En este sentido buscamos dejar hablar al autor.

También profundizamos en los símbolos asociados al Corazón de Cristo, imágenes y metáforas que remiten al corazón y nos ayudan a ver su significado. Es necesario atender tanto a la experiencia mística que estos textos nos revelan en el Santo, como al contenido del mensaje predicado. Precisamente el estudio de los sermones nos muestra que están íntimamente unidos en él.

Las palabras consagración, reparación, práctica de los primeros viernes de mes etc... no aparecen explícitamente en San Juan de Ávila, ya que se trata de un vocabulario y formulación posteriores. Pero queremos afirmar que el contenido teológico y espiritual sí que está presente en él y de una forma muy verdadera y profunda. No buscamos hacer una comparativa con la devoción eucarística o del Corazón de Cristo de otras épocas sino más bien presentar su propia teología y experiencia espiritual partiendo eso sí de las influencias recibidas de otras corrientes.

3. Fuentes

Como fuente básica de este trabajo utilizamos las *Obras Completas* de San Juan de Ávila, que se componen de cuatro tomos y fueron publicadas por la B.A.C entre los años 2000 y 2003. La introducción, notas y edición son de Luis Sala Balust y de Francisco Martín Hernández. Fue promovida por la Conferencia Episcopal Española que llevó adelante la causa del doctorado del Santo. Nos centramos sobre todo en los sermones eucarísticos, cuyas características explicaré más adelante, como fuente principal. Pero también se ha rastreado el tema en el *Audi filia*, el *Tratado del amor de Dios* y las *Cartas* aunque sin poder ser exhaustivo.

4. Estructura

En cuanto se refiere a la estructura, el trabajo estará dividido en tres capítulos. El primer capítulo titulado *La relación de la espiritualidad del Corazón de Cristo con la Eucaristía en los siglos precedentes a San Juan de Ávila* pretendemos asomarnos a la historia de esta espiritualidad y subrayar su relación directa con la Eucaristía desde la Escritura pasando por los Santos Padres hasta las corrientes espirituales de los siglos XII, XIII, XIV y XV. Es evidente que el recorrido es muy escueto, pues no es el objeto de este trabajo, pero es necesario para cimentar el valor de esta espiritualidad y al mismo tiempo destacar las influencias que recibe San Juan de Ávila y cómo las reformula.

En el segundo capítulo titulado *El misterio del Corazón de Cristo en los sermones del Santísimo Sacramento* presentamos el núcleo fundamental de este trabajo, donde se quiere destacar por una parte la concepción que el Santo tiene de la Eucaristía y de la Pasión del Señor insistiendo fundamentalmente en la herida del costado. También cómo San Juan de Ávila entiende que la Eucaristía nace del Corazón de Cristo, procurando subrayar cómo es la experiencia mística del Santo en relación con el amor de Dios en

Cristo en este Sacramento. Además, presentamos algunas imágenes usadas frecuentemente por el Santo Doctor dentro de los sermones eucarísticos y que hacen referencia al Corazón de Cristo presente en este Sacramento admirable. Estas imágenes son importantes porque vinculan a San Juan de Ávila a una tradición, al tiempo que en él tienen un acento personal o propio, porque las hace suyas.

En el tercer capítulo, titulado *Transformación del corazón del hombre según el Corazón de Cristo por la Eucaristía*, profundizamos en el mayor fruto que se produce en la vivencia de una espiritualidad eucarística, que es precisamente tener un corazón según los sentimientos del Corazón de Cristo. Realizamos una reflexión acerca de la comunión sacramental y espiritual. También en cómo el Santo entiende qué es “comer” a Cristo y cuáles son las disposiciones necesarias. Y por supuesto la implicación eclesial y social que la Eucaristía posee en sí misma al hacernos partícipes de la condición de Cristo, de su mismo “linaje”.

Finalmente, las conclusiones destacan los puntos clave a tener en cuenta en este trabajo en torno al tema expuesto y al autor elegido.

5. Motivación personal

Presentados los cuatro puntos anteriores quisiera ahora exponer las motivaciones personales que me han llevado a escoger este tema y este autor.

Desde mi infancia ha estado presente la figura de San Juan de Ávila ya que mi pueblo, Montilla, conserva como una preciosa reliquia su cuerpo; también su casa junto con la memoria viva de su santidad y doctrina. Le debo mucho a D. Cristóbal Gómez Garrido, sacerdote montillano y amigo ya difunto que me introdujo en la vida del Santo Maestro. Sin embargo, fue en el Seminario donde mi director espiritual, D. Gaspar Bustos Álvarez a quien tanto debo y quiero como un padre, me introdujo en el magisterio vivo de este santo sacerdote que tanto me ayudó en la formación espiritual orientada al ministerio sacerdotal. Podemos decir que así se fraguó una amistad profunda entre el Santo y yo. Lo considero un verdadero amigo, teniendo en cuenta además que son los santos los que nos escogen a nosotros y no nosotros a ellos.

Pero aun creció más la relación con San Juan de Ávila cuando el Señor me envió recién ordenado sacerdote, como vicerrector a la Basílica pontificia que conserva su cuerpo. Algo impensable pues era un Templo de la Compañía de Jesús y además es mi pueblo y no es común esta circunstancia. En esta etapa fue declarada Basílica el Santuario y San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia. El conocimiento de su teología me hizo descubrir no sólo a un gran sacerdote, sino a un maestro de vida espiritual para todas las personas.

Cuando fui trasladado al Seminario, el Obispo me ofreció la oportunidad de realizar la licencia en teología espiritual. Teníamos claro él y yo que el tema de la tesina sería sobre San Juan de Ávila. Busqué en primer lugar quien podría guiarme en este trabajo y quiero agradecer la atención, el cariño y la dedicación de M^a Jesús Fernández Cordero con quien he disfrutado mucho en la profundización de la doctrina y vida del Santo Maestro Ávila.

San Juan de Ávila posee una rica teología y era necesario acotar el terreno de estudio. La espiritualidad del Corazón de Cristo me ha ayudado de manera muy especial en mi vida espiritual y he visto el bien que hace a muchos, tanto en el Seminario, como en los

sacerdotes, como en el trabajo pastoral con el Apostolado de la Oración que también atiendo. Esto me llevó a unir mi amor al Corazón de Cristo Eucaristía con el amor a “mi amigo” San Juan de Ávila. Era plenamente consciente de que la espiritualidad y teología avilista es una teología del corazón. Del Corazón de Cristo que se dirige al corazón del hombre y lo transforma, pues su vida entera fue una predicación del amor de Dios, un deseo de que todos los hombres supieran que *nuestro Dios es amor*². Pero, aun así, resultaba muy amplio el horizonte por la cantidad de obras del Santo y la amplitud del tema que, como se puede vislumbrar, es transversal en la teología de San Juan de Ávila. La unión de “Corazón de Cristo y Eucaristía” es más que evidente, y por ello me sentí movido a escoger los sermones eucarísticos como base para este trabajo. Queda en el deseo poder seguir profundizando en todas las obras del Maestro para continuar rastreando este tema y todas las consideraciones que el Santo Doctor del amor divino realiza sobre ello.

El estudio lo he ido llevando a cabo al mismo tiempo que la tarea pastoral. Este punto requería un doble esfuerzo, pero, sin embargo, lo que consideré por un momento un obstáculo se ha convertido en un instrumento para mí. El contacto pastoral con mis seminaristas, los sacerdotes y fieles laicos me ha ayudado y entusiasmado al estudio y a emprender este trabajo final. Las conversaciones mantenidas con unos y otros, incluso los problemas de los demás, me han ayudado a centrarme en la lectura, en la investigación, en buscar respuesta teológica y espiritual a los planteamientos que me he ido encontrando.

Quisiera en este último párrafo agradecer de una manera especial la atención y la ayuda de distintas personas que han hecho posible que realizara los estudios y pudiera realizar este trabajo final. En primer lugar, al Sr Obispo de Córdoba, D. Demetrio Fernández González, que me encomendó esta tarea y se ha fiado de mí animándome en todo momento. A mis hermanos sacerdotes, formadores del Seminario que me han animado siempre y me han “cubierto las espaldas” en la tarea pastoral. Sus consejos y ayuda en el estudio y en el desarrollo de la tesina han sido claves para poder realizar este trabajo. A mis seminaristas que me han animado tanto y han sido pacientes conmigo. Ellos me estimulan al estudio, y para mí es esencial formarme bien en “virtud y letras” para poder ayudarles a ellos en su preparación al sacerdocio. A M^a Jesús Fernández, profesora y directora de este trabajo. Ella me ha guiado y entusiasmado aún más si cabe con la figura y doctrina de este Santo Doctor. Y también quiero agradecer a una buena amiga, amante del Corazón de Cristo y lectora asidua de San Juan de Ávila, sus palabras de aliento, su compañía, lectura de trabajos realizados y ayuda en la elección de los textos del Santo Maestro, Dios le bendiga. ¡Dios bendiga a todos!

Que todo sea para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

² *Sermón 50*, n 1, OC III, 643.

CAPÍTULO I: LA RELACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CORAZÓN DE CRISTO CON LA EUCARISTÍA EN LOS SIGLOS PRECEDENTES A SAN JUAN DE ÁVILA

En este capítulo anterior a la profundización de la doctrina de San Juan de Ávila, se pretende realizar un breve recorrido histórico en torno a la relación intrínseca entre la espiritualidad del Corazón de Cristo y la Eucaristía. Buscamos dos objetivos. En primer lugar, mostrar cómo esta espiritualidad del Corazón de Cristo encuentra sus raíces desde la Patrística y se va desarrollando a lo largo de la historia muy unida a la Eucaristía. Y en segundo lugar, manifestar cuáles fueron las influencias que recibe San Juan de Ávila, bebiendo de distintas fuentes, aquí reseñadas, y cuál es la novedad que aporta en su predicación al pueblo de Dios, donde además expresa su propia experiencia mística en torno a este misterio.

Hemos dividido en dos apartados este capítulo. El fin no es presentar todos los autores o corrientes, sino aquellos que influyeron de manera particular en San Juan de Ávila. Por eso se presenta la época Patrística, primeramente, y después desde la Patrística a la Edad Moderna que es el siglo de nuestro autor.

1- La veneración al Corazón de Jesús en la Patrística

Es muy importante para nuestro recorrido histórico comenzar por aclarar términos. La palabra *kardía* es fundamental y posee un marcado significado, superior al del término *cor*³.

El corazón es la sede de los afectos y de la voluntad y es en este sentido, y no en otro en el que hablamos del Corazón de Cristo⁴. Se trata de una imagen con un significado simbólico. El corazón significa Espíritu visible de Dios, significa además alma, es la sede

³ Gervais Dumeige, “El tiempo de los Padres”, en *Enciclopedia Temática del Corazón de Cristo*, ed. Pablo Cervera Barranco (Madrid: BAC 2017), 72-106.

⁴ *Ibid.*

de la presencia divina. Pero también es la parte más interior del hombre, los sentimientos internos que son la compasión y la misericordia que a veces son traducidos por víscera⁵.

Debemos tener presente, además, que en la contemplación que la Patrística realiza sobre el corazón se entrecruzan diversos pasajes de la Escritura con distintas interpretaciones. Fundamentalmente en el primer milenio el origen de la espiritualidad del Corazón de Cristo se encuentra en la historia de la interpretación de las palabras del Juan 7, 38: *de sus entrañas manarán torrentes de agua viva*⁶. De este texto del Evangelio se realizan dos interpretaciones distintas de las que nacen dos escuelas. Ambas escuelas además relacionan este texto con Jn 19,34: *sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua*. A partir de éstas, se va desarrollando la teología de la espiritualidad del Corazón de Cristo. Es muy importante la tarea de profundización en la historia, en concreto en la Patrística, para demostrar cómo la veneración al Corazón de Cristo se fundamenta en el Nuevo Testamento y comienza a desarrollarse teológicamente en la época Patrística teniendo esplendor en la Edad Media y su continuo desarrollo también en la Edad Moderna. Las dos escuelas de interpretación del texto Jn 7, relacionado además con Jn 19, son el fundamento teológico sobre el que se va sustentando la reflexión teológica junto con la experiencia mística de esta espiritualidad. No son dos corrientes que se contrapongan, sino dos distintas interpretaciones de un mismo misterio que se diferencian por el modo de puntuación del texto Jn 7,37-39. Este texto es ciertamente clave para profundizar en la espiritualidad del Corazón de Cristo, pues habiendo autores, fundamentalmente exégetas, que han tenido sus reservas y prevenciones con respecto a la espiritualidad del Corazón de Cristo, al estudiar este pasaje han afirmado claramente que se hace referencia a la interioridad de Jesús, y de Él brota un manantial que da vida⁷.

La devoción al Corazón de Jesús se va conectando rápidamente con la vivencia y espiritualidad eucarística⁸. Son, en definitiva, dos realidades de un único misterio, el misterio del amor de Dios manifestado en el Corazón vivo de Jesucristo presente en el Sacramento de la Eucaristía.

1.1 La escuela de Alejandría

La denominada escuela de Alejandría tiene como autores principales a Orígenes, San Agustín y San Ambrosio. Ellos interpretan el texto de Jn 7,37-39⁹ comprendiendo que es del interior del creyente desde donde brota ese manantial de agua, pero después de haber contemplado a Cristo, de haber bebido de Él.

Orígenes es el autor que más ha influido en esta escuela Alejandrina¹⁰. Para este autor la fe vendrá a ser *gnosis*, el agua viva es la doctrina que se desbordará del gnóstico a sus

⁵ *Ibid.*

⁶ Jn 7,37-39.

⁷ Cfr. Luis Díaz Merino, “La revelación bíblica y el Corazón de Jesús”. en *Cor Iesus, fons vitae*, ed. D. Amado- E. Martínez (Barcelona: Balmes, 2007), 63-97.

⁸ Nuria Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora. Patrística y Edad Media”. En *Retorno de amor*, ed. por N. Martínez-Gayol (Salamanca: Sígueme, 2008), 123-179.

⁹ «El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: *El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en Mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”*. Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él».

¹⁰ Orígenes influye con su ascética en San Ambrosio y también en San Agustín principalmente. Cfr. H. Rahner, “Los comienzos de la veneración al Corazón de Jesús en la Patrística”, en *Cor Salvatoris*, ed. J. Stierli (Barcelona: Editorial Herder, 1958), 83-110.

hermanos¹¹. Quien cree en Él tiene en sí, no sólo un pozo, sino también un río; río que es el Espíritu y a quienes se les dé, de ellos brotarán también ríos¹². Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que:

«Esta interpretación intelectual de Orígenes acerca de Juan 7,37, con su desplazamiento del sentido de Jesús-Hombre hacia el Logos divino, de lo sacramental hacia lo místico, del cálido amor a un conocimiento gnóstico, es en adelante el punto de partida de una nueva y definida concepción de importancia decisiva para la historia de los primeros elementos de la futura devoción al Corazón de Jesús: en Orígenes nos encontramos por vez primera con el apóstol Juan que, como prototipo del hombre gnósticamente iluminado, bebe la corriente de agua viva “en el Corazón del Señor”»¹³.

Es importante señalar la importancia del apóstol Juan. Es el prototipo, el modelo de contemplativo. San Juan reclina su cabeza sobre el pecho del Señor, mira, contempla al pie de la cruz el Corazón traspasado, y así se convierte en transmisor de un mensaje histórico y a su vez meta-histórico. Los Padres, atraídos por el misterio vieron en San Juan el contemplativo que saca del Corazón del Señor las aguas vivas¹⁴.

No narra sólo hechos, sino signos de una realidad mayor. Él contempla la fuente, el manantial del que brota agua viva y así él mismo es fuente de agua viva para los demás. La vocación de San Juan, desde el inicio, es un vínculo personal con Jesús, un vínculo de amor, pues vive junto al Cordero, está con Él, junto a Él, está lo más cerca posible de Él: y ésta es en definitiva la vocación cristiana¹⁵.

Destaca en la escuela Alejandrina también San Ambrosio que manifiesta vehementemente la necesidad de “beber de Cristo” para poder convertirse el creyente en fuente de la que brote el agua viva. Exhorta con sus palabras a dirigir en primer lugar la mirada a Cristo para beber de Él. Él mismo es la fuente a la que debe permanecer unido el creyente y convertirse así en surtidor del mismo Cristo: «Bebe de Cristo, porque es la roca de la que fluyen las aguas; bebe de Cristo, porque es la fuente de la vida; bebe de Cristo porque es el río, cuya corriente alegra la ciudad de Dios; bebe de Cristo porque es la paz; bebe de Cristo, porque de su seno brotan ríos de agua viva»¹⁶.

Es muy destacada por esta escuela la imagen de la roca. De la roca es de donde brotó el agua que dio vida según aparece en el Antiguo Testamento¹⁷. Es una imagen que durante los siglos estará vinculada a la espiritualidad del Corazón de Cristo. El agua que brota de ella es imagen de la Torá en el A. T. pero también del Espíritu, como podemos encontrar en Is 44,3 donde se expresa la promesa de Dios de derramar agua sobre el suelo sediento y el espíritu sobre la estirpe de Israel¹⁸.

¹¹ Dumeige, “El tiempo de los Padres”, 73.

¹² *Ibid.*

¹³ Rahner, “Los comienzos de la veneración”, 91.

¹⁴ Dumeige, “El tiempo de los Padres”, 77.

¹⁵ Marie-Dominique Philippe, *Las tres sabidurías* (Madrid: Palabra, 2013), 389.

¹⁶ Dumeige, “El tiempo de los Padres”, 76.

¹⁷ Si acudimos al A.T. encontramos en Ex 17,1-7 como el pueblo sediento pide a Moisés agua que los sacie. Aparece la duda del pueblo sobre la protección de Dios, y el Señor responde dando agua manada de una roca. Era una prefiguración de Cristo la verdadera “Roca que nos salva” (Salmo 94) que nos sacia de nuestra sed de verdad y de vida. Así lo expresa San Pablo en 1 Cor 10,4; y en Jn 4 en el diálogo de Jesús con la Samaritana.

¹⁸ Ysabel de Andia, *Homo viator* (Madrid: BAC 2017), 633-634.

En esta escuela, fundamentalmente en Orígenes que es el autor que más influye en esta corriente, si se percibe cierto espiritualismo griego que de alguna forma hace veladamente un desprecio del cuerpo, insistiendo superlativamente en la realidad espiritual¹⁹.

1.2 La escuela de Éfeso

Nos encontramos también con otra corriente de pensamiento que como decíamos al inicio no se contrapone a la escuela anterior, sino que subraya otro aspecto importante de esta espiritualidad del Corazón de Cristo. Dentro de la escuela de Éfeso destacan como autores principales Hipólito de Roma, Ireneo de Lyon, Justino, Cipriano y Tertuliano.

La interpretación que hacen del pasaje joánico se aparta de la escuela presentada anteriormente aunque no la niega. Su rastro lo podemos seguir a través de las fuentes hasta el círculo mismo de la escuela joánica de Asia menor, y que podemos afirmar con plena rotundidad y con razones históricas, como la causa primordial del origen de la Devoción al Corazón de Jesús en los tiempos de la antigua Iglesia y su desarrollo posterior en la Edad Media²⁰.

San Hipólito afirma que Cristo es el manantial que es llevado por toda la tierra mediante los cuatro Evangelios y que santifica a los que creen en Él. Y la Iglesia es la fuente de agua viva que fluye hasta nosotros desde el Corazón de Cristo. Esta agua es el Santo Espíritu²¹.

Ya desde el origen la espiritualidad del Corazón de Cristo está vinculada a la reparación y ésta a su vez con la Eucaristía. El mismo Hipólito en su *Comentario al Cantar de los Cantares* desarrollará el tema de la “flecha de amor” clavada en el Corazón por el amado: «Decídnos su naturaleza (del amado) y dadnos una señal clara para que sepamos que la flecha de amor ya se halla clavada en tu corazón»²².

San Ireneo de Lyon, Maestro de San Hipólito, considera a Cristo glorificado como la roca de cuyo interior brota el agua viva²³. Comentando el pasaje de Jn 7,37-39, San Ireneo presenta su reflexión en positivo afirmando que sólo el Cristo Glorioso puede derramar el Espíritu; Cristo Glorioso hace correr de su seno ríos de agua viva, los ríos del Espíritu Santo:

«Desierto y yermo era antes la vocación de los gentiles, pues el Verbo no había pasado entre ellos, ni les había dado a beber el Espíritu Santo. El Verbo dispuso el nuevo camino de la piedad y de la justicia, e hizo brotar ríos en abundancia, diseminando el Espíritu Santo sobre la tierra, según había prometido mediante los profetas que en los últimos tiempos extendería el Espíritu sobre la faz de la tierra»²⁴.

Eusebio en su *Historia Eclesiástica* conserva un texto sobre el martirio de San Ireneo donde aparece la expresión “*ek tes nedynos*”, que puede ser traducida con toda propiedad

¹⁹ Rahner, “Los comienzos de la veneración”, 89.

²⁰ *Ibid.*, 91.

²¹ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 126.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ Juan José Ayán Calvo, *Para mi gloria los he creado* (Burgos: Instituto Iesu Communio 2016), 185.

por “*del Corazón de Cristo*”²⁵. Este testimonio quiere manifestar que el mismo Ireneo experimenta aquello que enseñó: que del Corazón de Cristo brota el agua viva, la fortaleza para el creyente, la intimidad abierta de Dios en Cristo glorificado: «Él permaneció inquebrantable, firme e inflexible en su confesión, pues cayó sobre él desde una fuente celestial, a manera de energía y rocío suave, el agua viva que brota del Corazón de Cristo»²⁶.

Por último, hacemos mención a San Justino que también relaciona la imagen de piedra paulina, con el Corazón de Cristo de la que brota el agua viva. El mismo Justino dirá que los cristianos somos el verdadero linaje de Israel que hemos salido de la piedra, de la cantera que es el Corazón de Cristo²⁷. Entiende además el martirio como la mejor de las imitaciones de Jesucristo. Llega a denominar a Jesucristo como “el traspasado”²⁸. Cristo es el gran traspasado. Esta denominación y contemplación del misterio de Cristo llega a nuestros días y se ha extendido por toda la Iglesia a lo largo de los siglos.

1.3 La primitiva Iglesia latina

Otra interpretación de Jn 7, relacionado con Jn 19 es la que realizan los padres latinos. Para los padres latinos Evangelio e Iglesia, gracia y bautismo, son los dones del Corazón traspasado del Señor ya glorificado, reunidos en el símbolo del agua espiritual²⁹.

Encontramos autores destacados como Tertuliano que presenta a la cruz como el lugar del que mana el agua bautismal que envía el Espíritu Santo constructor de la Iglesia³⁰. Esta teología se desarrolla aún más en San Agustín unida a la interpretación de la sangre y el agua que brotan del costado de Cristo en la contemplación joánica. San Agustín considera a la Iglesia madre nacida del costado y del amor de Cristo, que será precisamente uno de los elementos de mayor relieve en la devoción posterior al Corazón de Jesucristo en los tiempos modernos extendida además en las catequesis populares³¹.

Cabe destacar muy especialmente como autor de esta corriente, a San Juan Crisóstomo, porque precisamente en su teología se encuentra una unión perfecta entre la sangre que brota del costado de Cristo, con la sangre eucarística, relacionado además con el pensamiento agustiniano acerca de los sacramentos que brotan del costado de Cristo³². Es además uno de los autores más leídos por San Juan de Ávila, junto con San Bernardo, San Agustín o San Jerónimo y de clara influencia en el pensamiento avilista.

San Juan Crisóstomo afirma que Cristo ha edificado la Iglesia a partir de su herida, y el corazón cristiano debe tender a la identificación con el de Cristo³³. Aparece además el valor de la “herida” de la que brota vida nueva, brota la Iglesia, y la transformación del cristiano en la vida nueva que es Cristo. Así lo afirma el Crisóstomo en su comentario de la carta a los romanos: «Ese corazón más alto que los cielos, más ancho que la tierra, más

²⁵ Rahner, “Los comienzos de la veneración”, 94.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, 95.

²⁹ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 127.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, 128.

³³ *Ibid.*

resplandeciente que el rayo luminoso y más ardiente que el fuego... podemos afirmar que el corazón de Pablo era el Corazón de Cristo»³⁴.

Otro autor por destacar de gran influencia en la Edad Media es Gregorio el Grande. Usa imágenes que permanecerán en el tiempo en torno a la devoción y el culto al Corazón de Cristo. Este autor en su obra *Moralia in Job* nos dice:

«Nuestro corazón es el altar de Dios; en él el fuego debe arder sin cesar; allí debemos activar constantemente la llama de nuestra caridad para con el Señor... Quien mantiene en sí el fuego de la caridad, se ofrece en holocausto, en medio de esa llama que lo consume... El mismo se coloca como víctima en el altar de su corazón, inflamado por los ardores de la caridad»³⁵.

A modo de conclusión nos unimos a la teoría de Hugo Rahner en la que afirma que:

«Podríamos reunir un gran número de citas de los Padres latinos en confirmación de esta teología del corazón, que probarían la exactitud de nuestra tesis, de que la venerable imagen que la primitiva cristiandad se formó del Corazón de Jesús como fuente que mana espíritu de la herida del costado es la resultante de la consideración simultánea de Jn 7, 37-38 y 19, 3-4. Evangelio, Iglesia, gracia y bautismo son los dones del Corazón traspasado del Señor ya glorificado, reunidos en el símbolo del agua espiritual»³⁶.

Es esta la síntesis que se recoge de la tradición Patrística y que servirá de “humus” para la teología que se desarrollará en la Edad Media en torno al Corazón de Jesucristo. Reflexión, tradición, liturgia y experiencia mística serán las claves para la Teología de este periodo, que crecerá y se expandirá en las distintas órdenes religiosas que surgen en esta época.

2- De la Patrística a la Edad Moderna

Ciertamente la teología Patrística se puede resumir acerca de la herida del costado de Cristo con la imagen de “*fons vitae*”³⁷. Y este contenido teológico de la Patrística, se ha ido desarrollando en toda la Edad Media y ha derivado en la devoción privada del Corazón de Jesús, que busca ante todo y sobre todo pasar del misterio objetivo al misterio subjetivo, a la respuesta amorosa del hombre a las dádivas del Corazón de Cristo, a la vida íntima y personal con el Corazón del Señor³⁸. En este apartado, vamos a considerar distintos autores y escuelas de espiritualidad más destacadas y que influyeron en San Juan de Ávila y en su concepción de la Eucaristía, de la Pasión y en definitiva del misterio del Corazón de Cristo. Por eso abarcaremos desde el final de la Patrística (Siglo V) hasta la “*Devotio moderna*” (XIV-XV), de gran influencia en la espiritualidad de nuestro Santo.

2.1 Hasta el año 1250: Época monástica

Convendría comenzar este periodo citando a una santa muy desconocida, pero que sin embargo fue la primera en tener la experiencia mística de recostar su cabeza sobre el

³⁴ Dumeige, “El tiempo de los Padres”, 79.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Rahner, “Los comienzos de la veneración”, 99.

³⁷ *Ibid.*, 110.

³⁸ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística hasta santa Margarita María de Alacoque” En *Cor Salvatoris*, editado por J. Stierli (Barcelona: Editorial Herder, 1958), 111.

pecho del Señor al mismo estilo que el apóstol San Juan. Nos referimos a Santa Radegunda (520-587). En su biografía se narra lo siguiente: «Vio un pájaro en forma de hombre y a hombres que estaban sentados sobre sus piernas. Ella misma se encontraba de rodillas. Él le dijo: ahora estás sobre mis rodillas; pronto podrás estar sobre mi pecho»³⁹.

Con el ejemplo de esta santa, se percibe como la experiencia mística comienza a manifestar que en el pecho, en el costado de Cristo, se produce una mayor intimidad con Él. Es por tanto el lugar de la intimidad. Es una imagen que permanecerá a lo largo de los siglos, muy relacionada con la cruz, y por ende con el misterio de la Pasión en su conjunto, y que además encontramos muy presente en San Juan de Ávila⁴⁰.

No podemos afirmar que en la Edad Media se produjera un descubrimiento de la devoción al Corazón de Jesús, sino que se produce un paulatino proceso de desarrollo y cambio inconsciente⁴¹. La devoción medieval al Corazón de Jesús se sitúa entre los años 1100 a 1250, y el primer autor conectado con la época Patrística es San Anselmo de Canterbury.

San Anselmo (1033-1109) destaca por ser un místico que supo integrar en su obra *Meditaciones* la doble interpretación bíblica del Corazón de Jesús⁴². Y así lo vemos reflejado por ejemplo en uno de sus textos más conocidos: «La abertura del Costado de Cristo nos revela la riqueza de su amor y de su corazón hacia nosotros». Además, por el misterio de la Pasión se nos abre el camino al centro de Cristo a través de su costado. De tal experiencia nace el ruego de que el propio corazón sea traspasado por la Palabra⁴³. Todo esto pone de manifiesto que un dato a tener en cuenta en este siglo es que se comienza a producir un cambio de la contemplación de los hechos salvíficos, típica de la Patrística sobre el costado abierto de Cristo, a la de los sentimientos que estos acontecimientos provocan⁴⁴.

Otro autor destacado y con influencia directa en la espiritualidad avilista es San Bernardo (1090-1153). Este autor desarrolló la mayor parte de su pensamiento en el *Comentario al Cantar de los Cantares* que no pudo terminar él por enfermedad, pero presenta su pensamiento. En esta obra describe el Corazón de Cristo, que se revela a través de las llagas. Precisamente este Corazón herido es fuente de perdón y revela al mundo como es Dios quien lo reconcilia con Él en Cristo:

«El hierro penetrando su carne sagrada, se convierte para mí en una llave que abre; me desvela la intención del Señor [...] La herida me grita que en Cristo, es Dios quien reconcilia al mundo [...]. El hierro atravesó su alma; tuvo acceso a su corazón, a fin de que ahora sepa compartir nuestras debilidades. El secreto de su corazón ha quedado al descubierto por las aperturas de su cuerpo; descubierto este gran Sacramento de bondad, las entrañas misericordiosas de nuestro Dios [...] ¿Hay algo más que ver fuera de sus

³⁹ Dumeige, “El tiempo de los Padres”, 83.

⁴⁰ Es muy frecuente en los textos avilistas encontrar referencias a las llagas de Cristo, pero muy especialmente la llaga del costado, el pecho del Señor. Por ejemplo aparece en la *Carta 74* donde afirma: «Metámonos, y no para luego salir, más para morar en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su corazón, partido por nos, cabrá el nuestro y se calentará con la grandeza del amor suyo», *Carta 74*, OC IV, 320.

⁴¹ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 117.

⁴² Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 136.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*, 137.

heridas? ¿Y por dónde podríamos ver más claramente, Señor sino es por vuestras heridas, que sois lleno de bondad y mansedumbre y abundante misericordia?»⁴⁵.

San Bernardo, podemos afirmar, descubre el misterio del corazón del Corazón de Cristo precisamente en la Eucaristía⁴⁶. Y esta realidad también se presenta en el pensamiento de otra autora de gran importancia pero poco conocida: Santa Hildegarda de Bingen.

En Santa Hildegarda (1098-1179) encontramos como en la Eucaristía se concentra el misterio del Corazón traspasado con toda su significación soteriológica y como la misma Eucaristía es acción de gracias con carácter reparador. La sangre y el agua que brotaron juntas del Costado de Cristo son las que limpian, regeneran al hombre pecador y además lo hermosean, lo embellecen⁴⁷.

El término “hermosear” con todo su significado teológico se encuentra también en los místicos del siglo XVI, por tanto en San Juan de Ávila. Si el pecado produce la fealdad en el hombre, la obra de la Redención consiste, según la presenta el mismo Juan de Ávila, en que el hermoso Verbo de Dios, dechado de hermosura, viene a hermosearnos, según afirma en su obra *Audi filia*⁴⁸.

Para concluir este periodo conviene destacar otra de las grandes figuras de la época monástica que nos sirve de antesala para la época posterior donde cobran mayor protagonismo las órdenes mendicantes. Se trata de Santa Lutgarda (1182-1246). Podemos decir que ella es receptora de la primera visión del Corazón de Jesús que nos ha llegado de la Edad Media. Un joven enamorado de ella la adulaba, y Jesucristo se presentó ante ella y abriendo su túnica le enseñó la herida de su Costado diciéndole: “No busques las palabras aduladoras de un hombre alocado, aquí debes considerar lo que debes amar”. Se hizo benedictina, después cisterciense. Recibió el don de entender los salmos que se recitaban en latín. Pero en una ocasión se produce en ella una gracia mística clave para los siglos posteriores. Se trata del intercambio de corazones. Ella se queja ante el Señor diciendo que de que le sirve esta gracia. Jesús le pregunta qué desea, y ella responde que lo que quiere es Su Corazón. A lo que Jesús responde: “Y Yo quiero el tuyo más”, realizando así un intercambio de corazones⁴⁹. El don místico del intercambio de corazones será clave en los siglos precedentes dentro de las órdenes mendicantes como pasaremos ahora a exponer someramente.

2.2 Florecimiento de los místicos: 1250-1350. Órdenes mendicantes

Comienza un periodo profundamente marcado por dos realidades. En primer lugar la eclosión de la vida religiosa contemplativa, y la presencia en la mística del intercambio de corazones. Los contemplativos pasan de la ofrenda del corazón al intercambio de corazones⁵⁰. Esta experiencia la hemos descrito en el punto anterior en el relato de Santa Lutgarda. El intercambio de corazones es la nota principal de este periodo. El Corazón de Jesús revela su amor y misericordia, e invita a una correspondencia de amor que pasa por

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Nuria Martínez-Gayol, *Los excesos del amor* (Madrid: San Pablo, 2012), 130.

⁴⁸ María Jesús Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad* (Madrid: BAC 2017), 690.

⁴⁹ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 122.

⁵⁰ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 142.

la ofrenda del propio corazón⁵¹. A través de la mística de la Pasión se penetra en los sentimientos del Corazón sufriente de Cristo, pero a su vez la contemplación del Corazón del Señor se halla íntimamente vinculada a la Eucaristía⁵².

La Eucaristía es la celebración del misterio de Cristo, fundamentalmente de su Pasión, muerte y resurrección. Se está operando el sacrificio de Cristo, y su Corazón vivo y palpitante está en el altar. Y precisamente la unión con Cristo Eucaristía permite una participación en su ofrenda; es una unión existencial que permite una existencia eucarística⁵³. Esta realidad se hace muy patente en la experiencia mística de este periodo dentro de las órdenes mendicantes. Hay que tener en cuenta que estas órdenes llevaron a cabo una reforma profunda en la Iglesia que se encontraba herida por las herejías, los cismas, la simonía, falta de radicalidad evangélica...⁵⁴.

San Francisco de Asís (1181-1226) con su vida y doctrina dirige a sus hijos hacia el Corazón doliente de Jesús de modo constante y permanente⁵⁵. El Corazón herido se presenta como el símbolo del amor herido de Jesús⁵⁶, y esta experiencia mística estará presente en toda la espiritualidad franciscana.

Por ejemplo, San Buenaventura (1217-1274) predicará incansablemente sobre el misterio del Corazón de Cristo mostrando que el único camino hacia el Padre es el amor ardiente a Jesucristo crucificado, que llega a su perfección en verdadera comunidad de corazones⁵⁷. Así lo expresa el Santo: «El Corazón del Señor fue atravesado con la lanza para que en la llaga visible reconociésemos el amor invisible. La herida del corazón muestra la herida del alma»⁵⁸.

Santa Ángela de Foligno (1248-1309) es una de las grandes místicas que puede ser considerada como “confidente” del Corazón de Jesús. Experimenta una identificación tal con el Corazón de Cristo que siente que su corazón ha sido con tal profundidad tomado por Él, que ya no es otro que el Corazón de Dios⁵⁹. Su experiencia recoge la unidad del misterio de Cristo. Entrar en la Pasión, en la cruz, es entrar en los sentimientos de Corazón de Cristo. Así lo experimenta ella al contemplar la cruz:

«Un día en que yo contemplaba un crucifijo, fui de repente penetrada de un amor tan ardiente hacia el Corazón de Jesús, que lo sentía en todos mis miembros. Produjo en mí ese sentimiento delicioso el ver que el Salvador abrazaba mi alma con sus dos brazos desclavados de la cruz. Parecióme también en la dulzura indecible de aquel abrazo divino que mi alma entraba en el Corazón de Jesús»⁶⁰.

Este amor del Corazón de Jesús que se le mostraba en la cruz también lo encontraba ella en el misterio de la Eucaristía⁶¹. Ella descubre por medio de sus experiencias místicas

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*, 147.

⁵⁴ *Ibid.*, 142.

⁵⁵ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 125.

⁵⁶ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 148.

⁵⁷ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 125.

⁵⁸ *Ibid.*, 126.

⁵⁹ Martínez-Gayol, *Los excesos del amor*, 249.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*, 263.

como Dios quiere unirse al alma, incorporarse a nosotros e incorporarnos a Él⁶². Es inseparable por tanto en Santa Ángela de Foligno el misterio de la Pasión, del Corazón de Cristo y la Eucaristía. Lo vive como una unidad en la experiencia del amor de Jesucristo, y es precisamente en la Eucaristía donde se hace posible la incorporación a este misterio del amor de Dios manifestado en Cristo.

Además de la escuela franciscana que tanto influyó en San Juan de Ávila, cabe destacar la escuela dominica que no menos fue de vital importancia en la vida de nuestro Santo Doctor. La devoción al Corazón de Jesús recibió un gran impulso por medio de la escuela dominicana. Su devoción al Corazón de Cristo estaba basada en una mística de la Pasión, y a la mística de la Pasión va unida la íntima veneración a la Santa Eucaristía⁶³.

San Alberto Magno (1200-1280) es un autor destacado en esta escuela. Gran predicador del misterio del Corazón de Cristo desde la mística del misterio pascual. San Alberto tiene una doble visión del misterio del Corazón de Cristo. Por una parte habla del corazón como órgano físico, preferentemente cuando habla de la sangre de Cristo en el misterio de la Pasión. Pero también hace referencia al corazón espiritual como punto de apoyo y de partida de las facultades y actividades psíquicas y así hace referencia a la alegría del Corazón de Jesús en la institución de la Eucaristía⁶⁴. Continuamente presenta la relación existente entre Corazón de Jesús y su preciosísima sangre, es decir entre Corazón de Cristo y Eucaristía.

Destaca también el Maestro Eckhart (1260-1328) como uno de los autores que explícitamente hablan del Sagrado Corazón presente en la Eucaristía⁶⁵. Precisamente en sus instrucciones sobre la santa comunión explica cómo el cuerpo Eucarístico del Señor funde su corazón con nuestro corazón en un solo corazón⁶⁶. Él mismo recomienda:

«Si tú quieres reclinarte como Juan en el amoroso Corazón de nuestro Señor Jesucristo, debes profundizar en su amoroso símbolo, que debes meditar atentamente. En él podrás ver su dulzura, humanidad y ardoroso amor que tuvo para sus amigos y enemigos, y también podrás considerar su obediencia y entrega, que demostró en todo lugar y siempre que el Padre le llamó. Toma su profunda dulzura para con todos y su bendita pobreza»⁶⁷.

También las religiosas de esta orden del siglo XIV ocupan un papel esencial en la teología y la experiencia mística en torno al misterio del Corazón de Cristo unido íntimamente a la Pasión y la Eucaristía. La veneración de la Pasión y de la Santa Eucaristía son al mismo tiempo fuente y signos de la devoción al Corazón de Jesús⁶⁸.

De gran importancia es Santa Catalina de Siena (1347-1380) ya que en el centro de la espiritualidad de esta santa está indiscutiblemente el amor⁶⁹. Destaca por un amor apasionado a Jesucristo. Recibió la gracia del intercambio de corazones. El corazón de

⁶² *Ibid.*

⁶³ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 136.

⁶⁴ *Ibid.*, 138.

⁶⁵ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 162.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 140.

⁶⁸ *Ibid.*, 146.

⁶⁹ Martínez-Gayol, *Los excesos del amor*, 286.

Santa Catalina se transportó en Jesucristo y el de Jesús fue obsequiado al corazón de su esposa. “Piensa en mí y yo pensaré continuamente en ti” le pide el Señor⁷⁰.

En sus cartas expresa íntima unión con Cristo, compartiendo los sentimientos de Su Corazón en el misterio de la Pasión: «Escóndete en las llagas de Jesús crucificado y báñate en su sangre; embriágate y vístete en él, sáciate de burlas, escarnios e insultos, soportándolo todo por amor a Jesús crucificado. ¡`Por tu amor en la cruz de Jesús!»⁷¹.

2.3 Renovación y difusión: *Devotio moderna*

La *Devotio Moderna* fue un movimiento medieval de reforma religiosa que comenzó en los Países Bajos a fines del XIV y que se expandió rápidamente a Alemania y Francia. Influyó poderosamente en la espiritualidad posterior y sobre todo en los ambientes más populares.

Se trata de una espiritualidad de tono afectivo personal, realista y práctica. Supone una invitación y llamada a la virtud practicada en lo cotidiano. Se subraya el valor del silencio, del trabajo, del carácter íntimo (no intimista) centrado en la relación con Cristo, en su Humanidad y con un cierto tono moralizante. Se le llama moderna porque era actual, novedosa en el momento en el que nació. Promovió esta espiritualidad un camino de reforma de la Iglesia mediante una vuelta a la interioridad. En el siglo XV y comienzos del XVI, la *Devotio moderna* renovó con sus escritos ascéticos-místicos con su magisterio y con la dirección espiritual, los ambientes de la vida religiosa y del pueblo cristiano⁷². Se destaca una piedad profunda caracterizada por el enamoramiento de Cristo, el valor de la oración mental, de los ejercicios de piedad, del examen de conciencia, por ejemplo. Es importante tener en cuenta que en su base está la contemplación y la unión con Dios a través del conocimiento de la Escritura, la oración y la iluminación divina, indiferente del estado clerical o laical⁷³. En Ruysbroeck y su escuela reencontramos una mística de profunda veneración personal al Corazón de Jesús. Y junto a esta devoción al Corazón divino se da inseparablemente de la Pasión de Cristo con la que se trata de identificarse destaca el valor unitivo de la Eucaristía:

«En la santa comunión el hombre se une a aquel que es el más bello, el más amable y el más amante de entre todos los hijos de los hombres. Cuando recuerda el martirio y los sufrimientos del adorable cuerpo de Cristo que ha recibido, experimenta sentimientos de compasión y un deseo ardiente de ser atado a la cruz con Jesucristo; deseando verter su propia sangre en honor de Cristo, penetra íntimamente en las llagas y en el corazón abierto de su divino redentor»⁷⁴.

Conviene subrayar a varios autores influyentes en esta corriente que destacaron por vivir esta espiritualidad del Corazón de Cristo en profunda relación con la Pasión de Cristo y con una marcada mística eucarística.

Ludolfo de Sajonia (1300-1377) en su libro “La vida de Cristo” explica el desgarramiento del costado de Jesús y así nos muestra la íntima relación con Él del que

⁷⁰ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 147.

⁷¹ *Ibid.*, 148.

⁷² Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 176.

⁷³ *Ibid.*, 175.

⁷⁴ *Ibid.*, 177.

contempla el misterio⁷⁵. Favoreció con su obra la oración mental, la contemplación poniendo al lector en la tesitura de relacionarse vivamente con quien está contemplando, hasta que su vida se sienta afectada por ese encuentro personal e íntimo.

Tomás de Kempis (1380-1471) con su obra *Imitación de Cristo* también presenta la espiritualidad del Corazón de Cristo subrayando la intimidad con Cristo y muy relacionada con la Pasión y con la Eucaristía:

«Entra, alma mía, entra en el costado derecho de tu Señor crucificado; ¡penetra en el amoroso Corazón de Jesús a través de la santa llaga que la lanza abrió por tu amor, para descansar en las hendiduras de la roca (Can 2,14) apartada del barullo mundano! Entra, hombre, en el sublime, escondido y callado corazón; el Corazón divino que te abre sus puertas»⁷⁶.

Finalmente debemos citar a Gabriel Biel (1420-1495), autor que influyó en nuestro Santo doctor de una manera especial en su concepción acerca de la Eucaristía. Gabriel Biel era como Tomás de Kempis, canónigo capitular de Windesheim. No es sólo el último escolástico, sino también apóstol de la devoción al Corazón de Jesús, y cuando habla como predicador y Maestro acerca de la Pasión del Señor evoca al punto el Corazón atormentado del Redentor⁷⁷. Biel además representaba un nominalismo más bien moderado donde destacaba una visión más religiosa y pastoral con un aprecio a la Palabra de Dios y dando valor a la predicación que lleva a la fe⁷⁸. Gabriel Biel estaba vinculado a la teología mística y a la *Devotio moderna* y en él confluyen como hemos visto en las corrientes anteriores el misterio del Corazón de Cristo, el misterio de la Pasión dentro de una mística Eucarística. Precisamente este autor presenta una orientación de la Eucaristía hacia el misterio de Cristo místico unido a una tendencia a recomendar la comunión frecuente⁷⁹.

A modo de conclusión, podemos percibir que el encuentro con Cristo a lo largo de XV siglos se expresa mediante el recurso del corazón⁸⁰. Toda esta tradición es la que llega hasta nuestro autor por diversas fuentes. Y no sólo llega a él como un contenido teológico, que también, sino sobre todo como una experiencia interior, una experiencia mística. Es por eso que en San Juan de Ávila encontramos la grandeza de recoger y transmitir toda la experiencia y la tradición de la Iglesia de una forma nueva donde teología y santidad se unen, porque sólo el que está en el ámbito de lo Santo puede entender e interpretar la Palabra de Dios, puede comprender lo Santo⁸¹.

2.4 Influencias en San Juan de Ávila en relación con el Corazón de Cristo y la Eucaristía. Formación en Alcalá

San Juan de Ávila después de los años de retiro en su casa natal de Almodóvar del Campo, decide realizar estudios de artes y teología en la Universidad de Alcalá con el

⁷⁵ Stierli, “El culto al corazón de Jesús desde fines de la época Patrística”, 151.

⁷⁶ *Ibid.*, 158.

⁷⁷ *Ibid.*, 159.

⁷⁸ Fernández Cordero, 87.

⁷⁹ Felipe Iriarte Fernández, “Evolución y fuentes de la espiritualidad eucarística del Apóstol de Andalucía”, *Revista de espiritualidad* 17 (1958) 33-55.

⁸⁰ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 179.

⁸¹ Hans Urs von Balthasar, *Teresa de Lisieux historia de una misión* (Barcelona: Herder, 1999), 22.

deseo de ser sacerdote. Su formación transcurrió en dicha universidad entre los años 1520 y 1526.

La Universidad de Alcalá fue erigida el día 3 de Abril de 1499 por el Papa Alejandro VI. Nació la Universidad del Colegio de San Ildefonso. Dio lugar así a una Universidad nueva, un tipo de colegio-universidad con una serie de características que le situaban en una línea de clara modernidad⁸². Humanismo, reforma, cambio, espiritualidad... todo esto se concentra en esta Universidad que pretende que la teología, el derecho canónico y las artes liberales pudieran desarrollarse mediante la reflexión y la enseñanza⁸³.

Conviene hacer mención a quien impulsó este proyecto de la creación de una Universidad en Alcalá que fuera referente incluso para toda Europa. Nos referimos al Cardenal Francisco de Cisneros (1436-1517). Cisneros quería edificar una mansión de la cultura⁸⁴. En él se daban intenciones religiosas, políticas y culturales. Pero teniendo en cuenta que el Cardenal Cisneros no fue nunca un humanista ni un doctor, sino más bien un contemplativo⁸⁵, buscaba una reforma integral de la Iglesia, cabeza y miembros. Se dieron cita en Alcalá todas las distintas escuelas teológicas para promover de la mejor manera posible la cultura, la profundidad teológica, la espiritualidad profunda y la reforma de la Iglesia y de la sociedad. Nos encontramos no solo ante una época de cambios, sino ante un cambio de época. Es por eso que se desarrolla un humanismo cristiano con referencia a la tradición cristiana, a lo clásico, cuidando y velando por la ortodoxia, y a la vez una necesaria actualización con profunda libertad de espíritu y búsqueda sincera de la verdad⁸⁶.

Cuando la Universidad contaba con una andadura de doce años, llega San Juan de Ávila a Alcalá para iniciar sus estudios. Era la época de mayor esplendor de la Universidad, teniendo en cuenta que su mayor gloria sin duda fue la publicación de la *Biblia políglota complutense* impresa en los talleres de Arnao Guillén de Brocar entre 1514 y 1517⁸⁷.

No son muchos los datos explícitos que se recogen de la estancia de San Juan de Ávila en la Universidad de Alcalá, pero sabemos que ocurrió en esa época y cuáles eran las influencias y corrientes que nuestro Santo bebió en dicha Universidad. Ávila escogió a Domingo de Soto como Maestro y con él estudió los primeros años de 1520 a 1523, para comenzar la teología en 1523 hasta 1526⁸⁸.

Luis Sala Balust nos narra las cátedras existentes en la Universidad de Alcalá en la época de estudiante de San Juan de Ávila:

«Tres eran las cátedras que había en la Facultad teológica de Alcalá durante el tiempo de los estudios de Juan de Ávila: la de prima de Sto. Tomás, en la que conocería durante el primer curso de 1523 a 1524 al Mtro. Pedro Ciruelo, y que luego regentó con

⁸² Fernández Cordero, 79.

⁸³ Jaime Contreras Contreras, "Alcalá: la Universidad que formó a San Juan de Ávila", en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*, ed. Junta episcopal pro-Doctorado de San Juan de Ávila (Madrid: Edice, 2002), 944.

⁸⁴ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila, tiempo, vida y espiritualidad*, 79.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ *Ibid.*, 81.

⁸⁷ *Ibid.*, 83.

⁸⁸ Luis Sala Balust- Francisco Martín Hernández, *Santo Maestro Juan de Ávila* (Madrid-Roma 1970), 28.

innumerables ausencias Miguel Carrasco; la cátedra mayor de Escoto, que tenía por Fernando de Burgos (Matatigui), hombre, al parecer, de menores alcances de los que exigía tanta sutileza; y la cátedra de nominales o de Gabriel, que leía con general aplauso de los escolares el Mtro. Juan de Medina»⁸⁹.

Vemos como distintas escuelas y corrientes de pensamiento teológico influyen en nuestro Santo que luego aparecerán reflejadas en sus escritos. En la *Carta 225* da modo y orden para el estudio y nos muestra su opinión sobre algunos autores y corrientes. En esta carta percibimos como San Juan de Ávila ha recibido distintas influencias también en torno a la concepción acerca de la Eucaristía, del misterio del Corazón de Cristo y la Pasión. Todas las corrientes presentadas anteriormente son citadas por el Santo en esta carta, más luego en sus escritos se encuentran de manera implícita y otras veces de manera explícita, los contenidos de las distintas corrientes teológicas. El mismo Santo es capaz de realizar una síntesis perfecta sin buscar contraponer, y a la vez advierte sobre los peligros que se pueden encontrar en algunas obras salvando el bien que en ellas se encuentra. Subraya el valor de la oración también en relación al estudio y como condición para ello. Por ejemplo en relación con la Escritura y su estudio afirma:

«Me parece que entienda en estudiar el Nuevo Testamento, y sería bien sabello de coro. Y llamo estudiarlo el mirar el sentido propio de él, el cual algunas veces está claro, y otras es menester mirar algún doctor. Y de éstos son los principales Jerónimo y Crisóstomo; y también puede mirar las *Paraphrasis* de Erasmo, con condición que se lean en algunas partes con cautela; en las cuales será, luego, cuando discrepa del sentido común de los otros doctores o del uso de la Iglesia»⁹⁰.

Pone de manifiesto con toda sencillez el Santo doctor el conocimiento que tiene de la Escritura y de los comentarios bíblicos más destacados del momento. Al mismo tiempo se descubre cómo ha leído a Erasmo y ha sabido distinguir qué ayuda al conocimiento de la Escritura, y qué puede ser piedra de choque. Defiende la comunión con la Iglesia como punto de partida para todo estudio. Cabe subrayar también la importancia que da a la oración, y como el estudio no puede ser una interrupción a este ejercicio, así lo expresa en la carta en varias ocasiones y en otros escritos como las pláticas a los sacerdotes y en otras cartas diversas. Vemos en él una unión profunda entre teología y vida espiritual que ya se daba en los Padres de la Iglesia pero que después de la escolástica comenzó a disgregarse. Cita más adelante también a San Bernardo y a Casiano dentro de la clasificación de los libros devotos⁹¹.

Destaca también la importancia que da a la escolástica, y como aconseja a un autor que influyó en él poderosamente, en especial en relación con la doctrina sobre la Eucaristía, como más adelante indicaremos, nos referimos a Gabriel Biel⁹². El Santo lo expresa así en esta *Carta 225*:

«Resta en lo que toca a los escolásticos, los cuáles no podría ansi desenvolver sin Maestro; más no querría que dejase de pasar a Gabriel, que es fácil, aunque del todo no le

⁸⁹ *Ibid.*, 29.

⁹⁰ *Carta 225*, OC IV, 724.

⁹¹ *Ibid.*

⁹² En muchas obras de San Juan de Ávila referidas a la Eucaristía se percibe la influencia de este autor, cfr. Felipe Iriarte Fernández, "Evolución y fuentes de la espiritualidad eucarística del Apóstol de Andalucía", *Revista de espiritualidad* 17 (1958) 33-55; María Jesús Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 729.

entendiese, lo cual se podría remediar mucho con señalar lo que no entiende para lo preguntar»⁹³.

En los escritos de San Juan de Ávila en torno a la Eucaristía se percibe una clara influencia de la escolástica. La doctrina tomista está presente en San Juan de Ávila e igualmente el Santo Maestro aconseja la lectura de la obra *De preparatione ad Missam* de San Buenaventura o *El Gracioso convite* de Francisco de Osuna⁹⁴. Como se puede percibir en el Santo Maestro hay un carácter ecléctico en su pensamiento que impide quedarse estancado en una única o exclusiva corriente. Por eso todo su pensamiento teológico en torno a la Eucaristía y el misterio del Corazón de Cristo parte de todas las escuelas que anteriormente se han presentado de manera sumaria. Era necesario un recorrido histórico por los autores más destacados para poder así comprender mejor la doctrina del Santo Maestro Juan de Ávila. Es muy difícil clasificar a nuestro autor en una única o exclusiva escuela, sino que bebe de todas sabiendo sintetizar, exponer y presentar lo mejor de cada una de ellas. Es sabio porque ha sabido “saborear” los misterios de Dios. Además, San Juan de Ávila no presenta una teoría o un pensamiento sin más, sino que parte de una experiencia espiritual que luego sabe magistralmente presentar a los demás. San Juan de Ávila, al igual que los Padres de la Iglesia primero ora y después cree, ora para poder creer, ora para saber cómo y qué debe creer⁹⁵.

⁹³Carta 225, OC IV, 725.

⁹⁴ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 729.

⁹⁵ Cfr. Cesare Giraud, *La plegaria eucarística* (Salamanca: Sígueme 2012), 13.

CAPÍTULO II: EL MISTERIO DEL CORAZÓN DE CRISTO EN LOS SERMONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

En San Juan de Ávila, encontramos una relación directa entre el misterio Eucarístico y la mística del Corazón de Cristo. Toda la doctrina precedente resumida en el capítulo anterior va expresando esta intrínseca relación vivida además como una experiencia mística. Sus predicaciones, sus cartas, sus tratados van desarrollando y presentando la vivencia interior de este misterio que encierra además una profunda teología, lejos de convertirse por tanto en un sentimentalismo religioso o una práctica religiosa sin más. Es necesario desprender de todo ropaje propio de los siglos XVII, XVIII y XIX a San Juan de Ávila para comprender mejor su experiencia mística acerca de la Eucaristía y el Corazón de Cristo, ya que en él se dan ambas de forma unitaria.

Para San Juan de Ávila, la presencia de Cristo en la Eucaristía es real, permanente, dinámica. No se trata de una presencia estática o inactiva, sino que es la vida personal de Cristo, presente en el Sacramento. Cristo glorioso, de Corazón palpitante que quiere comunicarse a los hombres en relaciones de alianza y amistad y así como pastor, médico y Maestro hacerles partícipes de su Redención⁹⁶.

En este capítulo se pretende por una parte desarrollar la experiencia espiritual del Santo doctor en relación con la Eucaristía y el misterio de la Pasión de Cristo expresado fundamentalmente en sus llagas. Y por otra parte desentrañar algunas de las imágenes que el Santo usa donde encontramos el contenido de la espiritualidad del Corazón Eucarístico de Jesucristo. Participar de la Eucaristía ya sea adorada, celebrada o recibida es entendido en la teología avilista como recibir y participar de modo personal de la Redención de Cristo, recibéndole a Él⁹⁷, haciéndose uno con Él, teniendo en el fondo su mismo corazón para poder participar de su misma vida⁹⁸.

⁹⁶ Tomás Pizarro Jiménez, *La eucaristía pan de vida eterna* (Cáceres: Ed. Extremadura, 1986), 36.

⁹⁷ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 741.

⁹⁸ *Sermón 57*, n. 21, OC III, 767.

San Juan de Ávila entiende la Eucaristía como el lugar donde se recoge todo el misterio de Cristo. Usaba además la imagen de “retablo de las maravillas del Señor”, posiblemente derivada del *Gracioso convite* de Francisco de Osuna⁹⁹. Por eso se trataba del misterio preferido, por decirlo de alguna manera, del Santo Maestro del cual le gustaba predicar de modo especialísimo y eso también queda reflejado en el contenido de este capítulo. Teología, experiencia de oración, vida e interés pastoral del Santo Maestro en torno a la Eucaristía acompañarán nuestra siguiente reflexión.

1- San Juan de Ávila y la Eucaristía

En muchas de las obras avilistas encontramos referencias a la Eucaristía y a la intimidad con Cristo vivo y presente en este Sacramento. Normalmente se ha estudiado la doctrina de San Juan de Ávila sobre el misterio Eucarístico desde la perspectiva de sus veintisiete sermones sobre el Santísimo Sacramento que ciertamente son de gran valor teológico y espiritual. Nosotros, a lo largo de este capítulo, penetraremos en ellos descubriendo cómo Eucaristía y Corazón de Cristo son una misma realidad presente en su experiencia mística.

En su vida aparecen además algunas escenas que nos muestran hasta qué punto para este Santo la Eucaristía era el centro de su vida y experiencia espiritual, teniendo además en cuenta que es común que el Santo enseñe en sus escritos, y sobre todo en sus cartas a los sacerdotes, que la oración y la meditación del misterio Eucarístico ocupan un lugar importante en relación con la celebración de la misa porque es entrar en la intimidad abierta de Dios en Cristo¹⁰⁰. Eucaristía adorada, celebrada y recibida eran para nuestro Santo el centro de la vivencia de todo el misterio de Cristo.

Antes de penetrar en el contenido específico de las influencias que el Santo recibe sobre la Eucaristía y entrar en su experiencia mística, debemos detenernos en algún ejemplo de su vida que nos muestre como vive este misterio. Cuando dejó de estudiar leyes en Salamanca movido por una gracia fuerte de Dios, se encuentra ya el inicio de lo que será una fuerte devoción a la Eucaristía cómo misterio central que recoge y resume todos los misterios de Cristo:

«Y dejado el estudio de las leyes volvió a casa de sus padres. Y, como persona ya tocada de Dios, les pidió que le dejasen estar en un aposento apartado de la casa, y así se hizo... En este aposento tenía una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó a hacer penitencia y una vida muy áspera... Perseveró en este modo de vida casi tres años. Confesábase muy a menudo, y su devoción comenzó por el Santísimo Sacramento, y así estaba muchas horas delante dél; y de ver esto la reverencia con que comulgaba fueron muy edificadas así los clérigos como la gente del lugar»¹⁰¹.

También es sabido por todos que ya como sacerdote gustaba predicar con gran devoción sobre la Eucaristía aun encontrándose ya enfermo:

«Cuando venía alguna fiesta grande, particularmente del Santísimo Sacramento o de nuestra Señora, de las cuales solemnidades era devotísimo -escribe el P. Granada su biógrafo- luego se levantaba de la cama, dándole fuerzas aquel Señor que le daba la enfermedad; y predicaba de ordinario ocho sermones, uno en cada día de la octava del

⁹⁹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 741.

¹⁰⁰ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 727.

¹⁰¹ Granada, *Vida*, 28.

Santo Sacramento, y esto con tan buena disposición corporal, que parecía del todo sano; más luego, pasados los ocho días, volvía como de antes a la misma enfermedad»¹⁰².

Y a modo anecdótico, el proceso para su causa de beatificación realizado en Montilla, recoge el testimonio de uno que siendo monaguillo en el Convento de Santa Clara durante la celebración de la Eucaristía en la que estaba presente el Santo Maestro, presencié este acontecimiento:

«[...] se acuerda este testigo que estando ayudando a misa, a cierto sacerdote en el dicho convento de Santa Clara de esta villa, en un altar cerca de la puerta de la sacristía, entró el dicho Maestro Ávila, al tiempo que el dicho sacerdote hacía los signos con la partícula del *labio ad labium* del cáliz, y los hacía muy deprisa, y con poca reverencia, y se llegó a él el dicho Maestro Ávila, como que llegaba a enderezar una vela, y le dijo con voz baja: “trátelo bien, que es Hijo de buen Padre”; y acabada la misa se llegó al dicho sacerdote el dicho Maestro Ávila y con mucha modestia y cortesía le persuadió a la devoción, reverencia, y recato del Santo sacrificio de la misa y le dijo tales palabras que el buen sacerdote comenzó a llorar y tuvo grande sentimiento y propuso hacer y ejecutar su consejo, y con grande humildad le abrazó el dicho Maestro Ávila, todo lo cual vio este testigo que pasó en esta forma y esto responde»¹⁰³.

Estos datos de su vida expresan hasta qué punto la Eucaristía era importante para San Juan de Ávila. Por eso es de suponer que para el estudio de nuestro Santo doctor, la Eucaristía era objeto fundamental de su reflexión y estudio. Vamos ahora a introducirnos de alguna manera en la concepción que este Santo tiene del Sto. Sacramento, y de las distintas influencias que intervinieron en ella.

1.1 Importancia de los sermones del Santísimo Sacramento en San Juan de Ávila

Para comprender mejor a San Juan de Ávila, es necesario partir de la base de que su reflexión sobre los datos de la fe nace de su encuentro con Dios amor revelado por medio de Jesucristo. Es una revelación que se halla en los textos inspirados de la Escritura y en los datos de la Tradición eclesial: la fe vivida por los Padres y los santos, y celebrada en la liturgia. Por esto la enseñanza del Maestro Ávila es sapiencial¹⁰⁴. Podemos afirmar que San Juan de Ávila realizaba una perfecta síntesis teológica que no consistía en un mero producto de erudición, sino que conjugaba perfectamente teología, experiencia de oración, concentración espiritual y un claro interés pastoral¹⁰⁵. No sólo armonizaba fe y razón, sino que además afronta todos los contenidos de la revelación desde diversas perspectivas (bíblica, Patrística, litúrgica, magisterial, vivencial, pastoral, teológica, encarnada en la realidad concreta...). Se trata de un corazón de apóstol que está unificado por una síntesis sapiencial enraizada en Cristo¹⁰⁶.

En este momento nos vamos a detener concretamente en su concepción acerca del Sacramento de la Eucaristía y en las diversas influencias que el Santo recibe a la hora de penetrar en este Sacramento.

¹⁰² Luis Sala Balust, Francisco Martín Hernández, *Santo maestro Juan de Ávila* (Madrid-Roma 1970), 279.

¹⁰³ Cit. en Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 727.

¹⁰⁴ María Encarnación González Rodríguez, *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal* (Madrid: BAC 2012), 271.

¹⁰⁵ Thomas Merton, *Curso de mística cristiana en trece lecciones* (Salamanca: Sígueme, 2018), 34.

¹⁰⁶ Juan Esquerda Bifet, “Juan de Ávila, un corazón unificado en el corazón de Cristo”, en: *Entre todos, Juan de Ávila*, ed. M Encarnación González Rodríguez (Madrid: BAC 2011), 82.

Para el Maestro Ávila, la centralidad de la Eucaristía está precisamente en el valor de su presencia, de ser el Sacramento, consumación de todos los sacramentos. Si en cada Sacramento se nos comunica la gracia de Cristo, en la Eucaristía está presente el mismo Señor, fuente de todas las gracias. Los tres aspectos principales de la Eucaristía (presencia, sacrificio y Sacramento), no son entendidos para Ávila de forma separada sino unitaria en el mismo misterio de Cristo. Por eso se encuentran ampliamente explicitados en los escritos avilistas, principalmente en los sermones del Santísimo Sacramento¹⁰⁷.

Los sermones del Santísimo Sacramento podemos decir que son el conjunto de escritos avilistas Eucarísticos fundamentales. No son los únicos por supuesto, ya que todas las obras del Santo Maestro conservan un tinte Eucarístico propio de la vivencia espiritual del Santo, pero son en conjunto los que mejor conservan la doctrina eucarística del Santo doctor. Se trata de sermones y por tanto pertenecen al género de la oratoria, pero aun así están redactados a modo de “tratados Eucarísticos”. Los sermones van dirigidos al hombre concreto, en su situación histórica, cultural y sociológica. Además su tono es realista, pero a la vez cargado de confianza y amor sin olvidar el temor de Dios. Hace referencia a temas del ambiente sociocultural, sabiendo adaptar la teología a las situaciones de la época¹⁰⁸.

En estos veintisiete sermones del Santísimo Sacramento se descubre una teología de la predicación centrada sobre el misterio de Cristo y animada de espíritu paulino. Poseen un denso contenido doctrinal dogmático y bíblico y al mismo tiempo directo, cercano y adaptado al pueblo que lo recibe. Estos sermones Eucarísticos representan y recogen objetivamente la doctrina del Maestro Ávila sobre el misterio de la Eucaristía¹⁰⁹. Y es que la doctrina eucarística del Santo doctor va orientada a todas las direcciones ya que todas las dimensiones y aspectos teológicos son tenidos en cuenta en sus enseñanzas. Aunque ciertamente lo más subrayado por el Santo en su doctrina es la realidad de Jesucristo resucitado que está siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos: Cristo viviente en la Eucaristía¹¹⁰. De este misterio de la presencia viviente de Cristo, se desprenden todos los demás misterios que el Santo recoge a la hora de hablar de la Eucaristía. Usa precisamente el término “retablo” para expresar que la Eucaristía recoge todos los misterios de Cristo. Puede ser esta expresión, derivada de Francisco de Osuna en *El gracioso convite*¹¹¹. Pero si bien es cierto que sabe transmitir y trasladar al pueblo sencillo el mensaje que pretende de gran calado teológico y espiritual. Acudamos directamente al sermón 41 donde mejor desarrolla esta idea. San Juan de Ávila está explicitando el significado de maná: “qué es esto?”. Presenta la respuesta dada por David a quien se le atribuyen los salmos, romanceando el salmo 110, 4-5:

«¿Qué manjar es este que Dios nos ha dado? Respóndeles David, y dice que *hizo Dios una mención de sus maravillas*; hizo una maravilla donde recogió todas sus maravillas; sumó, recapituló, recolió, resumió, allegó todas sus grandezas en una [...] Pues así Dios quiso recoger todas sus maravillas en una. Pensaba yo esta mañana que dais dineros por tener un retablo, porque os dibujen en una tabla cinco o seis pasos de la Pasión, de que sois devotos; o de cuando Jesucristo llevaba la cruz a costas, o de cuando estaba orando, o de cuando estaba crucificado. Y aún es muy bien tener un retablo de esta manera, si

¹⁰⁷ González Rodríguez, *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal*, 362.

¹⁰⁸ Esquerda Bifet, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, 89.

¹⁰⁹ Tomás Pizarro Jiménez, “El sacramento de la eucaristía en el maestro Juan de Ávila” (Tesis Doctoral, Pontificia universidad Urbaniana, 1976), 8-9.

¹¹⁰ Pizarro Jiménez, *La eucaristía pan de vida eterna*, 29.

¹¹¹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila; tiempo, vida y espiritualidad*, 744.

están las imágenes dibujadas al vivo; y esto hacéislo para acordaros de la Pasión, de lo que pasó Jesucristo por nosotros. Pues así hizo Dios un retablo en que dibujó todo lo pasado, presente y por venir»¹¹².

Ciertamente en la *Meditación del beneficio que nos hizo el Señor en el Sacramento de la Eucaristía*¹¹³, San Juan de Ávila presenta como el principal beneficio de la Eucaristía es nuestra deificación: ser hijos de Dios por nuestra unión con el Hijo Jesús¹¹⁴. Pero este aspecto lo desarrolla ampliamente en los sermones unido a todas las demás líneas teológicas.

Expone y desarrolla en estos sermones como la divinización se comprende desde los aspectos fundamentales de la filiación, la comunión y la imitación. Al mismo tiempo no es extraño encontrar el lenguaje del “admirable intercambio” aplicado evidentemente a la Eucaristía y también un marcado subrayado de la mediación de Cristo. Destaca también una gran profundidad cristológica y soteriológica en estos sermones donde los contenidos teológicos son de gran calado bíblico, con una asimilación de la tradición Patrística, profundamente espirituales y con una intencionalidad catequética. Por tanto recibir la Eucaristía es recibir de modo personal la Redención de Cristo, recibéndole a Él en todos sus misterios¹¹⁵.

Encontramos numerosas influencias en todos los escritos avilistas que muestran su gran cultura teológica. A lo largo de su obra San Juan de Ávila cita a dieciocho autores no cristianos, sobre todo Aristóteles, Platón y Séneca; sesenta y dos autores eclesiásticos (casi trescientas citas), principalmente a Cayetano, Teofilacto, Nicolás de Lira, Erasmo, Domingo de Soto. También cita a veinticuatro Padres y doctores (cerca de mil citaciones). Destacan entre ellos: San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino. Los concilios citados son cuarenta y uno y destacan: el Tridentino, los concilios Toledanos, Lateranenses, el Vienense. También cita documentos canónicos y jurídicos como el Decreto de Graciano por ejemplo. Las citas de la Escritura llegan a casi cinco mil donde destacan sobre todo los Salmos, el Evangelio de Mateo y el de Juan¹¹⁶.

En relación con los sermones del Santísimo Sacramento, debemos tener en cuenta que el Santo acude en su doctrina a los lugares teológicos tradicionales como son la Sagrada Escritura, Tradición, Magisterio de la Iglesia, testimonio de la Patrística y de los doctores teólogos. Igualmente, el Santo acude a la liturgia, que es también un lugar teológico aunque directamente no fue definido así por Melchor Cano¹¹⁷.

Su sólida doctrina acerca de la Eucaristía fue adquirida fundamentalmente en la Universidad de Alcalá con Domingo de Soto y la influencia de Gabriel Biel, completada con la doctrina de Santo Tomás en los dominicos de Sevilla y con la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Por eso los conceptos que suele usar no son novedosos, lo que sí resulta novedoso es el cariz pastoral del que los impregna. Hay ciertamente una experiencia espiritual muy profunda, hay corazón de apóstol que ha llenado de vida y calor la teología eucarística que expone con sencillez al pueblo. Es la Eucaristía por tanto,

¹¹² *Sermón 41*, n. 12, OC III, 547.

¹¹³ Cfr. OC II, 759-763.

¹¹⁴ Francisco Javier Díaz Lorite, *San Juan de Ávila. Experiencia de fe* (Madrid: Ed. Dulcinea, 2013), 174.

¹¹⁵ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila; tiempo, vida y espiritualidad*, 740.

¹¹⁶ Pizarro Jiménez, “El sacramento de la eucaristía en el maestro Juan de Ávila”, 22.

¹¹⁷ *Ibid*, 31.

uno de los temas más elaborados en el ministerio de San Juan de Ávila. Además de los veintisiete sermones sobre el Santísimo Sacramento y la *Meditación del beneficio que nos hizo el Señor en el Sacramento de la Eucaristía*, la mayoría de sus cartas, los tratados e incluso otros sermones con distinta temática, están impregnados de espíritu y vida eucarística. San Juan de Ávila relaciona la Eucaristía con la Trinidad, la Encarnación y la Pasión del Señor¹¹⁸.

Posee una experiencia mística concreta de este misterio de fe en el que encuentra a Jesucristo mismo vivo poniendo toda la fuerza en la unión mística con el Corazón de Jesucristo en la Eucaristía. Así lo descubrimos adentrándonos en la experiencia mística que tiene el Santo Maestro de la Eucaristía unida esencialmente a su experiencia de la Pasión de Cristo expresada en la herida de su costado.

1.2 Experiencia mística de San Juan de Ávila en relación con la Eucaristía

«También, viendo esto que no basta, quísose Él mismo quedar presente y que digan tantas misas, para que te acuerdes que el mismo Jesucristo se quedó por tu amor en el Santo altar debajo de las especies sacramentales de este Santo Sacramento, cuya fiesta hoy celebramos. Bendito sea Jesucristo por siempre, que hora ni momento no nos quitó de su memoria. Y para darnos a entender que se acordaba de nosotros, en el Jueves Santo en la cena, *en la víspera de su Pasión, tomando el pan en sus sacratísimas manos, alzando los ojos al cielo* dio gracias al Padre. Bendito seas tú por siempre. ¿Para qué, Señor, dabas tú gracias al Padre? Hacíase el bien a nosotros, y como si tú mismo lo recibieras, así le *das gracias* a tu Padre celestial; porque vieron, Señor, tus ojos, que era tan alto el bien que en quedarte tú acá se nos hacía, y que la merced era tan grande, que sobrepujaba todo entendimiento humano. Bien vieron, Señor, tus ojos que no habíamos de saber agradecer la merced, ni menos saber dar las gracias que convenían, y por eso las diste por nosotros. *Dio gracias al Padre y dijo: Comed, que éste es verdaderamente mi cuerpo; haced esto en memoria mía* (cf. Lc 22,19)»¹¹⁹.

Estas palabras del Santo Maestro Juan de Ávila pertenecientes al *Sermón 38* subrayan algunos aspectos claves que nos pueden ayudar a comprender su espiritualidad eucarística. Por una parte se subraya la presencia real de Cristo por amor. Por amor se ha querido quedar en este Santo Sacramento, por amor quiere quedarse con los hombres. En segundo lugar el agradecimiento y la admiración ante tan gran misterio. Es algo tan grande que el hombre por sí mismo no puede agradecer y lo hace el mismo Cristo. Y en tercer lugar este “comer” que lo podemos entender dentro de su experiencia mística como la unión esponsal de Cristo con el alma. Por medio de estas tres líneas que se encuentran totalmente relacionadas, vamos a penetrar sencillamente en su espiritualidad eucarística.

a) Amor: “Se quedó por tu amor en el Santo altar”

La experiencia mística de la Eucaristía la sitúa el Santo Maestro en el hecho de su presencia viva y amorosa en este Sacramento. Es Cristo quien ha querido quedarse con nosotros por amor, nos busca de manera “impaciente”. Se trata de un deseo profundo de su corazón y así lo expresa en la *Carta 6* nuestro Santo:

¹¹⁸ Francisco Javier Díaz Lorite, “San Juan de Ávila y la eucaristía”. *Giennium*, 5 (2005): 141.

¹¹⁹ *Sermón 38*, n. 21. OC III, 520.

«Y si entrare en lo íntimo del Corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración»¹²⁰.

La razón de la Eucaristía es en el fondo la misma razón de la Encarnación y era la razón que había regido toda la vida de Cristo hasta su muerte. La razón es siempre el amor. Por esto para San Juan de Ávila la Eucaristía es un lugar de encuentro místico profundo con el mismo amor de Dios¹²¹. Este amor es tan fuerte que desprende un “calor” que calienta, que enciende, que transmite:

«¿Quién, Señor, se esconderá del calor (Sal 18,7) de tu corazón, que calienta al nuestro con su presencia, y, como de horno muy grande, saltan centellas a lo que está cerca? ¡Tal, padre mío viene el Señor de los cielos a nuestras manos, y nosotros tales lo tratamos y recibimos!»¹²².

Este encuentro con el “calor de su corazón” provoca en nosotros una herida de amor, que hace que este fuego, este horno, esté dentro de nosotros pues es un “fuego que enciende y abrasa” y que busca “calentarnos en el seno”. Con estas mismas expresiones lo desarrolla San Juan de Ávila en la *Carta 74* también en un contexto Eucarístico, donde el amor es fuego que contagia y nace de la hoguera ardiente del Corazón Eucarístico de Jesucristo. Este lenguaje del fuego usado por el Santo manifiesta como entiende en sentido totalmente unitario Corazón de Cristo y Eucaristía. Es en la Eucaristía donde somos incorporados al fuego de amor de su corazón:

«Y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo. Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vamos sedientos a la fuente de agua viva; que, sin duda, poniendo la miel en la boca, algo gustaremos, y el fuego en el seno calentarnos ha. Y después y antes del comulgar tengamos algún aparejo; y los mejores son la fe cierta que vamos a recibir a Jesucristo nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace»¹²³.

La imagen del fuego es muy usada dentro de la mística para expresar la fuerza renovadora del amor. El fuego quema y consume, pero al mismo tiempo purifica y regenera al igual que el agua. Aunque si bien es cierto que el fuego se distingue del agua en cuanto que éste simboliza la purificación de la comprensión de las cosas hasta su forma más espiritual, por la luz y la verdad; y el agua simboliza la purificación del deseo hasta su forma más sublime, la bondad¹²⁴.

Tanto la imagen del fuego como la del agua son usadas por el Santo Maestro en esta *Carta 74*, ambas referidas a la Eucaristía. Este Sacramento es un misterio de amor, un amor que como fuego, enciende y abrasa los corazones y purifica la comprensión de la presencia amorosa del Señor en la Eucaristía, pues invita a acercarse, a entrar en relación con Él. Y el agua por otra parte está íntimamente relacionada con el deseo. La boca del alma es el deseo, un deseo que es purificado cuando se acerca al agua viva que es Cristo nuestro Señor en este Divino Sacramento. El deseo es el motor en la vida espiritual; no se entiende como algo que hay que eliminar, sino que debe ser purificado por el agua viva, a la vez que la comprensión debe serlo por el fuego.

¹²⁰ *Carta 6*, OC IV, 43.

¹²¹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 737.

¹²² *Carta 6*, OC IV, 44.

¹²³ *Carta 74*, OC IV, 320.

¹²⁴ Jean Chevalier, Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, s.v. “fuego”, 511-514.

En la *Carta 4* dirigida a un predicador, San Juan de Ávila expone como en la oración no debe faltar el fuego del amor y el recogimiento en el altar de nuestro corazón. Un fuego que purifica, un fuego que calienta y enciende:

«Y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy continuo demasadamente en darse a otros, más tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado»¹²⁵.

El Maestro Ávila expresa con sencillez su misma experiencia de la vivencia eucarística como una relación de amor con Cristo. Que no falte nunca el fuego en el altar, que no falte nunca la experiencia del amor. Este misterio lleva a la sorpresa, a la admiración, al agradecimiento por tanto bien recibido. Este es el segundo aspecto a tener en cuenta en la experiencia mística avilista acerca de la Eucaristía.

b) Admiración: “¿Para qué, Señor, dabas tú gracias al Padre?”

El misterio Eucarístico es una de las obras más admirables del Señor, junto con la Encarnación, la vida y la entrega de Cristo¹²⁶. Así lo expresa el Santo doctor en la *meditación del beneficio que nos hizo el Señor en el Sacramento de la Eucaristía*:

«Veamos lo que te da por virtud de este Sacramento. Innumerables son sus efectos y virtudes; más la primera y más principal es hacerse semejante el hombre a Dios en la pureza de la vida, y después en la bienaventuranza de la gloria, que es hacer al hombre divino, deificada su ánima y haciéndola participante de las costumbres y naturaleza de Dios. Y, porque ésta es una tan gran cosa que parece increíble, oye cómo así lo dice el mismo Dios: *El que come, dice Él, mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él* (Jn 6,57)»¹²⁷

En San Juan de Ávila, encontramos una profunda gratitud a Dios por todos los beneficios que de Él recibimos. La Eucaristía es uno de esos grandes beneficios pues no solo el Señor se ha quedado con nosotros por amor, sino que además nos hace a nosotros eternos¹²⁸, semejantes a Dios, hasta de su misma naturaleza.

La palabra beneficio en este contexto y en esta época, significa “hacer bien a otros”. Se percibe aquí, una cierta influencia de la corriente espiritual del recogimiento. Dios se ha dado a sí mismo, sin que le quede nada por dar. Y este es el paso fundamental en San Juan de Ávila, Dios no sólo da beneficios, sino que el mayor de los beneficios, es que Él se ha dado. Por tanto, el Santo doctor quiere animarnos a no mirar sólo y exclusivamente los beneficios de Dios, sino a mirarlo a Él, ver cómo nos quiere, ver cómo se nos da:

«La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo El, y, con El, su Hijo benditísimo, nuestro Señor. Más mueve el corazón a amar que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo

¹²⁵ *Carta 4*, OC IV, 31.

¹²⁶ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila; tiempo, vida y espiritualidad*, 732.

¹²⁷ *Meditación del beneficio...* OC II, 759.

¹²⁸ Esta expresión es usada por la liturgia en el prefacio III de Navidad subrayando el intercambio realizado en la Encarnación del Verbo. Este es el maravilloso intercambio, el gran beneficio como lo entiende san Juan de Ávila.

que tiene; más el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar»¹²⁹.

De esta consideración brota el agradecimiento, pero además la admiración. Es esta también una característica de la espiritualidad eucarística avilista:

«No se puede responder a esta maravilla tan grande sino por vía de admiración. San Basilio responde diciendo: “¡Oh milagro! ¡Oh bienquerencia de Dios, que el mismo que está a la diestra del Padre sea tratado en las manos de los hombres!”. Esta es la respuesta, cristiano, de lo que deseas saber, que la causa de tan admirables frutos, la raíz del amor es y bienquerencia de Dios; que no bastara la bienquerencia de otro. Como la justicia de Dios se llama ser alta, como montes de Dios (Sal 35,7) (y manera es de hablar hebrea, que, queriendo encarecer una cosa, dicen es “como cosa de Dios”); bienquerencia de Dios es aquesta, y por eso grandísima y admirable es, y que excede a todo humano entendimiento»¹³⁰.

Se trata de una admiración, un dejarse sorprender por este gran misterio que hace exclamar al hombre: ¿Qué es esto? Lo admirable del misterio lo veía el Santo doctor prefigurado en el maná del Antiguo Testamento, pues la *Vulgata* le atribuye a esta palabra este mismo significado: “¿Qué es esto?” señalando así la admiración¹³¹. San Juan de Ávila considera que ésta debe ser la actitud del cristiano de forma permanente frente a la Eucaristía pues:

«Porque él es tal, que siempre habían de estar nuestras ánimas maravillándose de él y repitiendo muchas veces esta palabra de admiración. Y como aquí haya muchas cosas de que debemos maravillarnos, maravíllate ánima mía, sobre todas, de la grandeza del beneficio que Dios aquí te hizo»¹³².

Este amor, este agradecimiento y esta admiración florecen sobre todo cuando se produce la plenitud en la comunión: la unión esponsal de Cristo esposo con el alma.

c) Unión esponsal con Cristo: “Comed, que este es verdaderamente mi cuerpo”

La Eucaristía es Sacramento de amor y unión¹³³. Así lo expresa el Maestro Ávila:

«La cosa que a Dios más agrada es amor, y nuestra bienaventuranza está en juntarnos con Dios por amor; y este divinísimo Sacramento se llama Sacramento de amor y unión, porque por amor es dado, amor representa y amor obra en nuestras entrañas. De manera que, pues todo este negocio es amor, el Señor recibido es fuego, el que bien lo recibe también lleva fuego de amor: juntándose tales dos fuegos, ¿qué tales pensáis que pararán a los pecados veniales?»¹³⁴.

El fruto del amor no es otro que la unión entre las personas que se quieren. Por esto la comunión es entendida por el Santo en clave de esponsalidad. Pero es que además es una relación que transforma por completo el corazón de la persona que lo recibe. Recibir la Eucaristía significaba, por tanto, recibir de modo personal la Redención de Cristo,

¹²⁹ *Tratado del amor de Dios*, OC I, 551.

¹³⁰ *Sermón 50*, n 10, OC III, 646.

¹³¹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 731.

¹³² *Meditación del beneficio...* OC II, 759.

¹³³ González Rodríguez, *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal*, 364.

¹³⁴ *Sermón 39*, n 6, OC III, 526.

recibiéndole a Él¹³⁵. Es un “ser incorporados” al mismo Jesucristo, se trata de una fusión de amor. Lo que más adelante señala San Juan de la Cruz acerca del matrimonio espiritual, ya San Juan de Ávila lo enuncia de alguna manera. El Santo carmelita expresa que el matrimonio espiritual consiste fundamentalmente en la transformación del alma con Dios, una transformación total en el amado¹³⁶. San Juan de Ávila entiende este misterio en un contexto Eucarístico:

«Porque si el que halla el tesoro abscondido en el campo vende cuanto tiene por lo comprar (Mt 13, 44), ¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo maná abscondido de la dulcedumbre de Dios (cf. Ap 2,17), sino, por comer de él con entrambos paladares, ayunar de todo lo demás de la tierra y decir con sus entrañas: *Quid mihi est in cáelo? et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meumf Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum!* [¿A quién tengo yo en los cielos? ¿Y a quién fuera de ti, deseo sobre la tierra? ¡Desfallece mi carne y mi corazón! ¡Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción por siempre!] (Sal 72,25s). ¡Oh parte rica! ¡Oh parte que es todo, al cual, comparado todo, es como grano de mijo a la grandeza del cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta y que no desea estar desnudo para que tú seas su vestidura, pobre para que tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque vendió cuanto tenía por comprar aquel campo (Mt 13,44), él llorará de compasión de los otros y se gozará de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir a Dios y compró una perla (cf. Mt 13,45s), que sola ella vale más que lo que dejó y que todo el mundo»¹³⁷.

Ese “maná escondido” que provoca asombro y admiración, se puede comer y se produce así una unión tan profunda que lleva a renunciar a *lo demás de la tierra* y a una transformación con el amado, ya que lo que el amor despierta es desear *estar desnudo* para que Cristo sea la vestidura, pobre, para que Él y sólo Él sea la riqueza.

Tan es así que podemos afirmar que es tan íntima la unidad espiritual entre Cristo y el alma que lo recibe en la Eucaristía, que forman un único ser viviente, formando así un solo cuerpo donde Cristo es la Cabeza y el cristiano es su miembro. Se trata por tanto de una unión que es de un orden más perfecto y más pleno que cualquier unión de las criaturas¹³⁸.

Esta unión plena que se produce hace al alma entrar en lo más íntimo del Corazón del Señor. Es por eso por lo que se puede utilizar para ella el lenguaje esponsal. En el *Sermón 50* vemos como San Juan de Ávila en contexto Eucarístico lo expresa así:

«¡Oh si Dios tanta merced nos hiciese que nos metiese, como a la esposa, en la bodega del vino (Cant 2,4), que es el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, como dice David que entró en los poderíos del Señor y se acordó de su sola justicia! (cf. Sal 70,16). Tengo por cierto que del olor y sabor de amor tan poderosos seríamos hechos embriagados y olvidados de todas las cosas, y, con admiración que nos sacase de nos, exclamaríamos con altísimo efecto: Señor, ¡quién hay semejable a ti! (Sal 34,10). Entonces sabríamos sentir la grandeza de este misterio, y nos tendríamos por muy dichosos en tener con nosotros tal prenda de amor, y nos aparejaríamos con gran cuidado para lo recibir. Y después de haber hecho todo esto, entenderíamos que el amor de Cristo, según dice San

¹³⁵ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila; tiempo, vida y espiritualidad*, 741.

¹³⁶ Stefano Possanzini, “Matrimonio espiritual”, en *Diccionario de mística*, dir. Luigi Borriello, Edmondo Caruana, Maria Rosaria del Genio et alt. (Madrid: San Pablo, 2002), 1146.

¹³⁷ *Carta 10*, OC IV, 56.

¹³⁸ Francisco Charnot, *La misa, fuente de santidad* (Barcelona: Apostolado de la Divina misericordia, 2005), 199.

Pablo, sobrepuja a todo conocimiento (Flp 4,7). Así este beneficio de dársenos Dios para que lo recibamos, es mayor que se puede entender y más digno de reverencia y agradecimiento que los hombres lo pueden dar, y que la pureza, aun de los ángeles, no es del todo digna para lo recibir»¹³⁹

San Juan de Ávila apunta así a la unión mística como la mejor experiencia de la Eucaristía haciendo referencia al Corazón mismo de Jesucristo que es *la bodega del vino* donde Él nos quiere introducir. Profundizaremos más adelante en este texto y en esta imagen de la bodega del vino tan sugerente y usada por los grandes místicos.

Amor, admiración y unión son las tres claves fundamentales que nos han ayudado a penetrar en la experiencia mística de San Juan de Ávila en relación con la Eucaristía. Pero para el Santo Maestro es imposible concebir el misterio Eucarístico desvinculado del misterio pascual, de la Pasión de Cristo que ha manifestado su amor en la abertura de las llagas, principalmente en la herida de su costado. Entremos ahora en su experiencia mística de este misterio.

1.3 Experiencia mística de la Pasión en San Juan de Ávila: la herida del Costado

«No solamente la cruz, más la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de ti? Si de ti me olvidare, ¡oh buen Jesús!, sea echado en olvido de mi diestra; péguese mi lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías (Sal 136,5-6)»¹⁴⁰.

La Pasión es uno de los temas más recurrentes para San Juan de Ávila¹⁴¹. En el Crucificado el Santo Maestro veía la fuerza de un amor que es capaz de transformar al hombre, el fuego de un amor que inflama el mundo y realiza la conquista de todos los corazones con obras de amor y paz¹⁴².

En el *Tratado del amor de Dios*, percibimos como la clave para comprender la Pasión no es otra que el amor. Se trata de un misterio de amor pues Jesús “más amó que padeció”¹⁴³ y por eso San Juan de Ávila expresa de forma profundamente teológica, pero a la vez muy pastoral la intuición de que es tanto lo que supera la Pasión de Cristo al pecado del hombre que es imposible que esté en función de él. Y es que precisamente el abajamiento del Verbo no fue una decisión histórica en función del pecado, sino que se

¹³⁹ *Sermón 50*, n 5, OC III, 644.

¹⁴⁰ *Tratado del amor de Dios*, n 11, OC I, 970-971.

¹⁴¹ En San Juan de Ávila se produce una centralidad del misterio de la Pasión de Cristo. Su meditación se basaba fundamentalmente en este misterio y así además lo aconsejaba. Cf Jesús Pulido Arriero, “Centralidad de la Pasión de Cristo en San Juan de Ávila. La meditación devotísima de la Pasión para cada día de la semana”, en *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del Congreso Internacional*, ed. Juan Aranda Doncel, Antonio Llamas Vela (Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013), 569.

¹⁴² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 642.

¹⁴³ *Tratado del amor de Dios*, n 7, OC I, 962.

sitúa también en la eternidad de la Trinidad, en el amor del Padre y del Hijo¹⁴⁴. Por esto la Pasión para el Santo Maestro Ávila tiene tanta carga redentora y santificadora. Se trata de la máxima expresión de amor, pero no movida por el pecado, sino que ya se encontraba en el corazón de la Trinidad, en el mismo Corazón del Padre. Y el Corazón del Padre es su propio Hijo entregado por amor y al que podemos recibir en la Eucaristía y por el que nos incorporamos al mismo Dios, a su intimidad: «El Corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el Corazón del Padre tiene. Pónelo en aquel relicario descubierto, a que todos lo miren, tan en público como lo veis allí»¹⁴⁵.

Es en la Eucaristía donde se actualiza el misterio pascual y más que el dolor de la Pasión o de las llagas, lo que desborda es el amor que revelan y el fruto de vida y salvación que de ahí fluyen hacia la humanidad¹⁴⁶. Entrando en el misterio de la cruz, de la Pasión, entramos en las entrañas mismas del Padre, pues todo el proyecto de salvación de Dios está marcado por la cruz. El mismo San Juan de Ávila llega a afirmar que la Pasión es algo pensado desde que Dios es Dios. Por eso para el Santo Maestro no sólo la Encarnación estaba prevista por Dios antes e independientemente del pecado, sino que también la Pasión desde el designio eterno de Dios, es causa de justificación; por tanto el punto de arranque de la justificación está en la Trinidad¹⁴⁷.

Pero ¿cómo acceder a este misterio de amor manifestado en la Pasión de Cristo? San Juan de Ávila da gran valor a la contemplación de las llagas de Cristo, especialmente a la herida de su costado:

«Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, más para morar, en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su corazón, partido por nos, cabrá el nuestro y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque ¿quién, estando en el fuego, no se calentará siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa por qué tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, más en fealdad, en bajeza, en deshonor? Las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía (cf. Mc 9,5)»¹⁴⁸.

Cabe destacar en este momento que la descripción más exacta de lo que San Juan de Ávila ha vivido sobre el misterio de Cristo lo encontramos en esta *Carta 74*¹⁴⁹, donde para entrar en Él se nos presenta la abertura de sus cinco llagas y principalmente la del costado, la de su Corazón. Pero ¿cómo podemos entender el sentido de las llagas? ¿Qué significan para la vida mística?

Para San Juan de Ávila, las llagas de Cristo son el efecto más visible del amor de Dios por cada uno de nosotros. Pero además las llagas de Cristo son “cinco moradas” donde habitar, “en el alto monte de la cruz”. En su experiencia mística aparecían unidos estos tres montes: el de la zarza ardiente, el de la trasfiguración y el de la cruz y unía al mismo tiempo la crucifixión, la transfiguración y la resurrección identificando así al crucificado

¹⁴⁴ Jesús Pulido Arriero, “Magister, remittuntur tibi peccata tua. Contemplación del amor de Dios en San Juan de Ávila”. *Studia Cordubensia 11* (2018): 86.

¹⁴⁵ *Sermón 34*, n 8, OC III, 419.

¹⁴⁶ Martínez-Gayol, *Los excesos del amor*, 206.

¹⁴⁷ Pulido Arriero, “Magister, remittunturtibi peccata tui”, 89-90.

¹⁴⁸ *Carta 74*, OC IV, 320.

¹⁴⁹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 639.

con el resucitado¹⁵⁰. Las llagas de Cristo son efectos del fuego del amor de Dios, un fuego que enciende, arde, calienta, quema, abrasa... un fuego que deja noticia de su amor en los efectos que produce, que son las llagas de Cristo, que son las heridas de la Pasión, pero sin embargo estas heridas, las heridas de Cristo, nos han curado¹⁵¹.

Las cinco llagas son cinco moradas que manifiestan un carácter de permanencia. San Juan de Ávila recomienda constantemente alzar los ojos al crucificado, al mismo Jesucristo para “meterse en Él y morar en sus llagas”, llagas que son, como apuntábamos anteriormente, los signos de su amor¹⁵².

En la tradición espiritual se ve a las llagas de Cristo como un lugar donde habitar y se interpreta esto en un sentido sponsal. Comentando el *Cantar de los cantares*, San Gregoria Magno había asemejado las hendiduras o los huecos de la peña del que habla Ct 2, 14, con las llagas de Cristo. Se trata de una idea que San Bernardo retoma en el *Sermón 61* del *Cantar de los cantares* al afirmar: «¿Dónde podrá encontrar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino es en las llagas del Salvador? En ellas habito con plena seguridad, porque sé que Él puede salvarme»¹⁵³.

El Maestro Ávila subraya la herida del costado fundamentalmente donde nuestro corazón se puede introducir, se puede “calentar”, puede ser transformado por la “grandeza del amor suyo”. La contemplación del Corazón abierto de Cristo no es un simple símbolo abstracto para el Santo Maestro, ni un objeto de contemplación atemporal y estática, sino el Corazón vivo, la intención más profunda del hombre terreno, del hombre que vivió y sigue viviendo por su presencia eucarística, en medio de nosotros, en una doble relación con el Padre y con los hombres¹⁵⁴.

La presencia de ambas temáticas: cruz y Eucaristía, es muy significativa en la espiritualidad de San Juan de Ávila y se manifiesta así en todas sus obras, pero de manera especial en esta *Carta 74*. Se expresa así que para el Santo Maestro la centralidad de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo (misterio pascual) ocupa un lugar central en su experiencia de la Eucaristía, de la comunión e incluso de la oración mental y contemplación. Se da por tanto una unidad de carácter cristológico entre estos dos pilares (cruz y Eucaristía) de la vida espiritual y de la piedad¹⁵⁵.

No es por eso extraño que San Juan de Ávila aconseje fervientemente meditar, contemplar diariamente la Pasión. La Pasión configuró toda su vida y obra. Fue Cristo crucificado su gran contemplación y con quien quiso configurarse en todo momento. Así lo aconseja él a un sacerdote: «Propria voluntad nunca en sí la consienta en poco ni en mucho; y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por se conformar»¹⁵⁶.

En todas sus obras está presente el misterio de la Pasión, pero es tal vez en *Audi filia* donde más se detiene en aconsejar la contemplación de la Pasión del Señor:

¹⁵⁰ *Ibid.*, 640.

¹⁵¹ Cfr. 1Pe 2,24; Is 53, 5.

¹⁵² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 641.

¹⁵³ Cit. en: Santa María Magdalena de Pazzi, *Los cuarenta días* (Madrid: Ediciones carmelitanas, 2016), 90, n 15.

¹⁵⁴ Ignace de la Potterie, *El misterio del corazón traspasado* (Madrid: BAC 2015), 56.

¹⁵⁵ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 641

¹⁵⁶ *Carta 8*, OC IV, 51.

«Y así como buscaste pensar en vuestras miserias un rato de la noche, y un lugar recogido, así, y con mayor vigilancia, buscad otro rato antes que amanezca, o por la mañana, en que con atención penséis en aquel que tomó sobre sí vuestras miserias y pagó vuestros pecados por daros a vos libertad y descanso. Y el modo que ternéis será éste, si otro mejor no se os ofreciere. Repartid los pasos de la Pasión por los días de la semana en esta manera: *El lunes*, la oración y prendimiento del huerto (cf. Jn 18,1ss), y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás (cf. Jn 18,13ss). *El martes*, las acusaciones de un juez a otro, y sus crueles azotes que, atado a la columna, pasó (cf. Jn 19,1). *El miércoles*, cómo fue coronado y escarnecido, sacándole con vestido de grana, y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y dijeron: *Ecce homo* (cf. Jn 19,2ss). *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente; conviene a saber: cómo el Hijo de Dios, con profunda humildad, lavó los pies a sus discípulos (cf. Jn 13,1) y después les dio su Cuerpo y Sangre en manjar y bebida, mandando a ellos y a todos los por venir que *hiciesen lo mismo en memoria de El* (cf. Lc 22,19ss). Hallaos vos presente a tal lavatorio y a tan excelente convite. Y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis, *el viernes*, cómo el Señor fue presentado delante el juez, y sentenciado a muerte (cf. Jn 19,13ss), y llevó la cruz encima sus hombros, y después fue crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió (cf. Jn 19,17ss). En *el sábado* quedaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado costado; cómo le quitaron de la cruz y le pusieron en los brazos de su sagrada Madre y, después, en el sepulcro (cf. Jn 19,31ss). E id acompañando su ánima al limbo de los santos padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede. Y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó. Y sedle compañera fiel en se las ayudar a pasar, pues que, aliende que serle cosa debida, os será a vos muy provechosa. *Del domingo* no hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la resurrección (cf. Jn 20,1ss) y a la gloria que en el cielo poseen los que allá están, y en esto os habéis de ocupar aquel día»¹⁵⁷.

Este tratado sistemático de *Audi filia* tiene su importancia por tratarse de una de las primeras obras sobre vida espiritual escrita en lengua vulgar, pero además y sobre todo por su contenido realmente magistral sobre el camino de perfección y contemplación al que estamos llamados todos los bautizados¹⁵⁸. Todo este tratado está lleno de referencias continuas a la Pasión, presentándola así como la vía para la configuración con Jesucristo, para la santidad. La culminación de la experiencia mística avilista consistió en el deseo y la experiencia de estar clavado en la Cruz con Cristo. Ya no es sólo morar en sus llagas como un refugio, una casa, sino aceptar ser crucificado con Cristo, es más ser crucificado en lugar de Jesucristo¹⁵⁹. Así lo podemos contemplar en el *Tratado del amor de Dios* donde el Santo de forma tan poética expresa esta experiencia mística de configuración con Jesucristo:

«¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor! Para esto (dice tu Apóstol) moriste, para enseñorearte de vivos y muertos (Rom 14,9); no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares o por vivo o por muerto, véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor»¹⁶⁰.

¹⁵⁷ *Audi Filia I*, cp. 74, n 47. OC I, 460.

¹⁵⁸ Esquerda Bifet, *Introducción a la doctrina*, 79-80.

¹⁵⁹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 644-645.

¹⁶⁰ *Tratado del amor de Dios*, OC, I, 968.

San Juan de Ávila contagia su amor por Jesucristo en estas palabras manifestando así que la vida del cristiano tiene como meta la configuración con Cristo. Se pasa de la imitación a la configuración y el punto clave de este misterio es la vivencia del misterio pascual, de la cruz. Así mismo lo vivió el Santo Maestro en su vida como lo expresa en la *Carta 58* escrita a unos discípulos suyos posiblemente en el periodo que estuvo en la cárcel de Sevilla acusado por la inquisición. Presentamos un extracto de esta carta a modo de conclusión de este apartado acerca de su experiencia mística sobre la Pasión y la herida del costado, descubriendo así que San Juan de Ávila pasa de la contemplación al amor y por tanto movido por este amor a la imitación y la configuración con Jesucristo:

«¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor de mí»¹⁶¹.

2- La Eucaristía nace del Corazón de Cristo

Hablar de la Eucaristía es hablar del “amor que se entrega hasta el extremo”, es el Sacramento del amor donde se produce la auto-comunicación divina en un cuerpo que se entrega para la salvación del mundo por la fuerza del Espíritu¹⁶². La Eucaristía es la comunicación del amor de Dios, es la donación de su mismo amor, de su Corazón, pues “el Corazón del Padre, su Hijo es”¹⁶³.

La Eucaristía es una corazonada de Cristo para seguir compartiendo su existencia con el hombre. Así lo expresa por ejemplo el beato Marcelo Spínola cuando explica la relación del Corazón de Cristo con la Eucaristía:

«El Corazón de Jesús es para la Eucaristía lo que el corazón es para el hombre. El hombre recibe la vida por medio de la sangre que de su corazón se reparte por todo su cuerpo; y el Corazón de Jesús es el “Corazón de la Eucaristía”. Si la Eucaristía es un misterio de amor, y el amor en el corazón se anida, resulta de aquí que sin el amor del Corazón de Jesús no hubiera podido existir la Eucaristía, y que el Corazón de Jesús es a la Eucaristía lo que la raíz al árbol, y lo que el corazón humano es al hombre: su vida»¹⁶⁴.

Es importante señalar la influencia que tuvo la vida y doctrina del Santo doctor en el beato Marcelo Spínola. Lo proponía como ejemplo y modelo para los sacerdotes y animaba a todos a su lectura. Se recogen algunos escritos del cardenal donde citaba al Santo Maestro mostrando así la poderosa influencia que ejerció en él, aun cuando en aquella época era beato¹⁶⁵.

¹⁶¹ *Carta 58*, OC IV, 269.

¹⁶² Nuria Martínez-Gayol, “La eucaristía, espacio de reparación” en *Retorno de amor*, 316.

¹⁶³ *Sermón 34*, n 8, OC III, 419.

¹⁶⁴ Concepción Cabrera Montoto, *La espiritualidad del Beato Marcelo Spínola a través de sus escritos* (Madrid: Gráficas Dehon 2010), 145.

¹⁶⁵ Para profundizar más en esta influencia espiritual de san Juan de Ávila en el Beato Spínola se puede acudir a un reciente estudio de la vida, obra y espiritualidad de dicho cardenal: Jesús Donaire Domínguez, *Un sencillo y humilde trabajador de la viña del Señor. Marcelo Spínola y Maestre, modelo y maestro de sacerdotes* (Sevilla: Kadmos 2017), 233-236.

Pero esta experiencia mística de la relación, la unión, la unificación del misterio Eucarístico con el Corazón mismo de Cristo también encuentra su eco en el magisterio de la Iglesia. Son muchos los Papas que a lo largo de la historia han presentado esta espiritualidad del Corazón de Cristo como la fuente del amor de Dios de la que dimanaban los sacramentos de la Iglesia y en especial la Eucaristía. Así por ejemplo lo llega a expresar con palabras vibrantes el Papa Pío XII en *Hauretis aquas*:

«Con razón, pues, debe afirmarse que la divina Eucaristía, como Sacramento por el que Él se da a los hombres y como sacrificio en el que Él mismo continuamente se inmola desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, y también el sacerdocio, son clarísimos dones del Sacratísimo Corazón de Jesús»¹⁶⁶.

Y es que toda la experiencia en la vida de la Iglesia es precisamente ésta, que el Corazón de Cristo está escondido en la Eucaristía desde la cual nos susurra de corazón a corazón: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29). En el fondo nos está revelando su amor queriendo ser desde la mansedumbre y la humildad, el rey de nuestros corazones, de toda nuestra existencia¹⁶⁷.

Así lo vivió San Juan de Ávila y lo transmitió con su palabra y escritos. La Eucaristía brota, nace del fuego de amor de su Corazón. Es tanto lo que ardía que tenía que prender al mundo y lo hace dejando su presencia entre nosotros. Esta idea la encontramos por ejemplo en el *Sermón 49*:

«¡Oh, bendita sea tu misericordia, bendito sea el abismo de tu ánima!, que cuando Abraham estaba a la puerta de su casa, en mitad del recio calor del sol de mediodía, vinieron por allí los ángeles y le hizo el convite que arriba vimos (cf. Gen 18,1), y un día antes que Jesucristo hiciese la mayor prueba del amor que nos tiene, nos convidó a este bendito Pan, que es su cuerpo sagrado. Cuando más ardía el fuego de su amor para con nosotros en su bendito Corazón, instituyó este Santísimo Sacramento, que fue un día antes que padeciese»¹⁶⁸.

Pasión y Eucaristía son fuego de amor que arde en “su bendito Corazón”. La Pasión es el contexto del amor donde se produce la entrega. La Eucaristía es la permanencia de este amor y el Corazón de Cristo es la fuente de la que todo dimana porque como expresa el prefacio de la misa del Corazón de Jesús “hizo que de la herida de su costado brotaran con el agua y la sangre los sacramentos de la Iglesia”. Los santos padres han dado gran importancia a este hecho pues de aquí se parte para la reflexión sobre el nacimiento de la Iglesia y de los sacramentos¹⁶⁹.

En la Eucaristía, celebración de la Redención personalmente ofrecida a cada uno de nosotros, Cristo está vivo y se nos da como alimento de vida. Es en la Eucaristía donde sintonizamos con su actitud interna: sus reacciones, su entrega, su bondad, su comprensión. Es todo un mundo distinto, es una creación nueva, es la creación que arranca del misterio de la Redención¹⁷⁰.

¹⁶⁶ Pío XII, *Hauretis aquas*, n. 36. (1956).

¹⁶⁷ Joxe Mari Azcoaga Lasheras “La adoración del corazón eucarístico de Jesús”, en *Enciclopedia Temática del corazón de Cristo*, 935.

¹⁶⁸ *Sermón 49*, n 9, OC III, 639.

¹⁶⁹ Juan Manuel Sierra, Manuel Garrido, Pablo Cervera, *Los prefacios y las secuencias* (Barcelona: Centro de pastoral litúrgica 2018), 162.

¹⁷⁰ Santiago Bohigues Fernández, *El corazón humano de Cristo, líneas fundamentales del pensamiento del P. L. Mendizábal, S.J.* (Burgos: Monte Carmelo 2008), 573.

San Juan de Ávila vive en profundidad del misterio de Cristo y por eso en la Eucaristía encuentra ese “retablo de las maravillas de Dios”¹⁷¹ donde todo Él está presente y vivo con un amor que tiene sabor de eternidad. El amor de su Corazón se ha convertido en alimento de vida dentro del contexto de la Pasión, como apuntábamos anteriormente. En la Eucaristía está todo, porque es la máxima expresión de su amor, porque en ella late el mismo Corazón de Jesucristo.

Nos adentramos ahora en la experiencia mística de San Juan de Ávila sobre el amor de Dios en Cristo Eucaristía y como este Santo a su vez la transmite y expresa en sus escritos, fundamentalmente en los sermones.

2.1 Cristo, preso en el Santísimo Sacramento

San Juan de Ávila experimentó en su propia vida lo que significaba precisamente encontrarse privado de libertad. En 1531 fue denunciado a la inquisición permaneciendo encarcelado al menos un año entero. Fue para él sin duda un acontecimiento que marcó profundamente su propia espiritualidad. Su amigo y primer biógrafo Fray Luis de Granada recoge el testimonio del Santo Maestro:

«Y así, tratando una vez familiarmente conmigo de esta materia, me dijo que en este tiempo le hizo Nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra Redención y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar y grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor»¹⁷².

Partiendo de esta experiencia espiritual podemos acercarnos a esta expresión que el Santo utiliza y que a su vez es muy usada en la literatura mística para expresar la presencia de Cristo en este Sacramento, donde ha querido permanecer por amor al hombre. Ha quedado “preso” en los accidentes de pan y de vino para remediar nuestra hambre de amor. San Juan de Ávila entiende este misterio dentro del contexto de la Pasión:

«Admirables son, por cierto, a toda sabiduría humana y angélica; mas lo que te mueve, Señor, a hacer obras tan admirables, el amor que nos tienes es. Éste te tiene en estas prisiones de accidentes de pan y de vino, para que hartemos nuestra hambre de ti, como te tuvo preso de prisiones corporales en el tiempo de tu Pasión, para hartar la rabia de los que mal te querían. ¿Quién podrá contar la grandeza de este amor con que vienes tan impaciente de sufrir dilación y ausencia, pues que no puedes pasar un día sin dejar de ver a tu esposa, que es el ánima cristiana; y no sólo sin verla, mas aun estar muy cerca y abrazarla y juntarla contigo?»¹⁷³.

El amor ha llevado a Jesucristo a quedarse preso, encarcelado en los accidentes de pan y de vino. Por tanto la razón de la Eucaristía es el amor. Pero un amor que se convierte en alimento. Un amor que busca de forma “impaciente” unirse con el alma cristiana. Esta “impaciencia” de Dios que le lleva incluso a quedarse preso, es una idea que circunda en toda la espiritualidad eucarística del Santo Maestro. Encontramos esta misma expresión por ejemplo en la *Carta 6* citada anteriormente también en un contexto Eucarístico. Recordamos el texto para encontrarle similitud con el del *Sermón 50*:

¹⁷¹ Cf. *Sermón 41*, OC III, 543.

¹⁷² Granada, *Vida*, 6.

¹⁷³ *Sermón 50*, n 11, OC III, 647.

«Y si entrare en lo íntimo del Corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración»¹⁷⁴.

Entendemos así que la “impaciencia” nace del Corazón de Jesucristo porque es un amor que busca hasta las últimas consecuencias la unión con el alma, además en un tono de sponsalidad. Para San Juan de Ávila es precisamente en la Eucaristía donde se produce la unión mística más fuerte del alma con el mismo Dios en Cristo¹⁷⁵. Usa expresiones de sentimientos muy humanos y comunes para que el pueblo pueda comprender el sentido último de lo que quiere expresar.

Es además su amor “impaciente”, impaciente de presencia. Sufre el Señor precisamente nuestras ausencias, nuestra falta de compañía. Se manifiesta en esta *Carta 6*, el deseo que Dios tiene del hombre y como lo espera y anhela en el Sacramento de la Eucaristía, donde se ha hecho preso por amor. Dios desea abrazar al hombre, Dios busca a cada hombre:

«¡Y tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que, estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a este que sabe muy bien ofenderte y muy mal servirte! ¡Que no te puedes, Señor, hallar sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que, siendo quién eres, pusiste tu amor en un tal como yo! Y que vengas aquí con tu Real Presencia y te pongas en mis manos, como quien dice: “Yo morí por ti una vez y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si me has menester, moriré por ti otra vez”»¹⁷⁶.

Pero el hombre también anhela ese encuentro, ese abrazo con el mismo Señor. Encontramos eco de esta experiencia mística en San Juan de la cruz cuando en el *Cántico espiritual* afirma: «Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura»¹⁷⁷.

La enfermedad que padece el hombre es la ausencia de amor, y esa ausencia solo se cura “con la presencia y la figura” de la persona amada. Por esto dirá San Juan de la cruz en el comentario a la canción 11 de *Cántico espiritual*: «Donde es a saber que el amor nunca llega a estar perfecto hasta que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno en el otro y entonces está el amor todo sano»¹⁷⁸.

Para que este amor sea perfecto en el grado de unión, Dios mismo es quien busca tanto al alma, al hombre, que no tiene miedo a sufrir por él lo que sea necesario. Por eso, en clima de Pasión se descubren los sentimientos del buen pastor que busca *dar la vida por las ovejas* (Jn 10, 11) para llenarlas de su propia vida. Prefiere sufrir Él para que el hombre se salve. Y es un amor sin medida que no quiere solo sufrir la cárcel “de prisiones corporales en el tiempo de su Pasión”, sino que anhela seguir “preso” de amor en estos accidentes de pan y de vino.

¹⁷⁴ *Carta 6*, OC IV, 43.

¹⁷⁵ San Juan de Ávila entiende que la unión esponsal iguala a los desiguales pues la esclava recibe la honra del Rey, y nos incorpora a Cristo uniéndonos entre nosotros a Él. Cf Fernández Cordero, *San Juan de Ávila; tiempo, vida y espiritualidad*, 743.

¹⁷⁶ *Carta 6*, OC IV, 43.

¹⁷⁷ *Cántico espiritual*, canción 11, en San Juan de la cruz, *Obras completas* (Madrid: Ed. Espiritualidad, 2009), 587.

¹⁷⁸ *Cántico espiritual*, o.c. 635.

Pero además de desear entrar en el corazón del hombre para hacerse uno con él, desea en este divino Sacramento ser mirado con amor, es decir, ser adorado. Cristo se ha quedado encarcelado también para ser visitado, para ser contemplado con amor:

«Entonces se sentía bien la reverencia que se debe tener en mirar a este Señor que allí está encerrado, y que quiere ser mirado con ojos limpios, como de paloma (cf. Cant 1,15), que son los que con su vista le hieren de amor (cf. Cant 4,9). Y por aquello que entonces pasaba, podremos entender el gran desacato que ahora se le hace en mirarlo con ojos irreverentes, sucios y desacatados; y por cierto, no con corazón dispuesto para comulgar, como entonces se hacía; y, para decir la verdad, ni aun dispuestos para confesar ni aun para estar en la iglesia»¹⁷⁹.

Cristo preso en la Eucaristía busca *atraer a todos hacia sí* (Cf Jn 12,32) y una precisamente la adoración con el misterio de la comunión sacramental, expresando además que desea ser mirado, reverenciado, contemplado por ojos limpios y por tanto ser recibido en un corazón limpio, en un corazón libre, pues para ello Él ha quedado preso. El gran beneficio que el Señor nos quiere conceder como “piadoso bienhechor” es precisamente darnos libertad y por ello Él se encuentra preso:

«Estos tales piensan de buena gana en Jesucristo como en piadoso bienhechor; celebran devotamente la fiesta de su Santísimo Cuerpo, y váñseles los ojos del cuerpo y del ánima tras de aquella santísima hostia consagrada que allí está, creyendo con firmísima fe que allí está encerrado el verdadero Jesucristo, su Esposo, su Cabeza, su Hermano y Señor; su preciosa honra, su bien y su Dios; el dador de la gracia y de la gloria»¹⁸⁰.

La fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo es para el Santo una manifestación de esta presencia amorosa donde a Cristo se le conoce como “Esposo, Cabeza, Hermano, Señor”. Todo Él está encerrado en este Sacramento y todo Él se ha querido “atar”, se ha “dejado prender con cadenas de amor”. Porque precisamente para quedarse en los accidentes de pan y de vino ha tenido también que quedarse preso en el ministerio y en las manos del sacerdote. Conviene hacer referencia finalmente en este punto a la tarea del Sacramento del orden en la misión de la Iglesia y como el Santo doctor lo entiende.

San Juan de Ávila comprende el ministerio sacerdotal orientado fundamentalmente a la celebración de la Eucaristía pues su misión es hacer posible la presencia real de Cristo en el Sacramento, y esta obra de Dios es la más excelente de todas las que el Señor realiza en su Iglesia¹⁸¹.

Pero como todo misterio de fe es realizado por la obediencia. Por la obediencia de Cristo al Padre, pero incluso por la obediencia de Cristo a al ministerio sacerdotal. Es muy novedosa la afirmación que el Santo Maestro realiza acerca de la obediencia de Cristo al sacerdote, hasta tal punto que se deja “prender”, que quiere perder su libertad para que por su amor otros sean libres. Este acto de amor espera la santidad del mismo ministro. San Juan de Ávila quiere mover el corazón de los sacerdotes ante tan gran misterio, motivándolos a la santidad. Les recuerda la obediencia de Cristo, y este “ser preso” por puro amor quedándose en el pan y en el vino por medio del ministerio sacerdotal, por la boca y las manos del sacerdote.

¹⁷⁹ *Sermón 36*, n 63, OC III, 472.

¹⁸⁰ *Sermón 57*, n 25, OC III, 778.

¹⁸¹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 802.

Conviene citar la *Plática a los sacerdotes de Córdoba* que San Juan de Ávila redactó en Montilla para ser predicada en la capital por el P. Francisco Gómez en 1563 con motivo de un sínodo diocesano. El tema central de la plática es “la alteza del oficio sacerdotal” y principalmente pone la fuerza en el misterio de la Eucaristía. Si un sacerdote celebra este Sacramento, si ve cómo Cristo viene al altar, viene a sus manos y por amor se hace preso de ellas, ¿cómo no va a ser Santo? ¿Cómo no va a ser libre del pecado cuando el mismo Cristo se ha encarcelado por él? Así lo expresa el Santo:

«Quien, fuera del altar, quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdesse cuan engrandecido estuvo y cuán importante negocio trató en el altar. Si el demonio, o la carne, o el mundo le tentare fuera del altar, acuérdesse de cuanpreciado, beneficiado y regalado fue de Dios en el altar, y diga como Josef: ¿Cómo puedo hacer este mal y pecar contra el Señor, Dios mío? (cf. Gen 39,9). Libre albedrío tenía, mas considerábase por tan deudor y agradecido a su señor, que no hallaba cómo ofenderle con su mujer. Y libre albedrío tenemos los sacerdotes; mas, si piedras o demonios no somos, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras, y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tememos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato o tocamiento del mismo Señor»¹⁸².

2.2 La dulzura del Corazón de Cristo está en la Eucaristía

Otro aspecto muy significativo que encontramos en la teología avilista acerca de la Eucaristía es como Cristo en este Sacramento nos revela y nos entrega “su invencible amor y la mucha dulcedumbre de su Corazón”. Aparece precisamente esa entrega de la dulcedumbre unido de nuevo al misterio Eucarístico, emanado del Corazón de Cristo y en contexto de Pasión:

«¡Con cuánta razón dijo David hablando de este divino Sacramento: Apacentaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre! (cf. Sal 67,11). Dice que le apacentó Dios, y no dice con qué, sino dice que es cosa dulce. Gustarse puede, comprenderse no. ¿Quién hablará, soberano Señor, la grandeza, la dulcedumbre que aquí nos enseñas? Que si una sola vez esta maravilla hicieras, como el jueves de la Cena lo hiciste, y nunca más lo hicieras, tuviéramos hasta el fin del mundo que hablar tan gran maravilla, tan grande bondad como es consagrarte tú a ti mismo y aun darte en manjar a tus amigos y aun a tus enemigos; ¡y la paga que te dio por tal beneficio fue salir de allí y entregarte a la muerte! Acordaríamos de esto con devoción; celebráramos fiesta de ello, enterneciéranse nuestros corazones con tal memoria, como lo hacemos de los beneficios de tu Encarnación, vida y Pasión, de todos los demás. Y por enseñar tú el invencible amor tuyo y la mucha dulcedumbre de tu corazón para con nosotros, no te contentastes con igualar este misterio con los otros, ejercitándolo una vez no más, y que hiciésemos memoria de él; mas quisiste que, como una vez te consagraste, tengamos poder los sacerdotes de te consagrar tan verdaderamente como tú lo hiciste; y no a uno, o cinco, o diez, mas, para mayor manifestación de tu deseo con que desees comunicar tu poder, a innumerable número de sacerdotes»¹⁸³.

Presenta en primer lugar el Santo como es ese apacentar de Dios. No expresa en qué consiste sino como es. Es un apacentar dulce. Es algo que se gusta, pero no es algo que pueda comprenderse. Se trata de la experiencia interior de la gracia pues el hombre por sus solas fuerzas no puede salvarse sino que es gracia de Dios por Jesucristo. Es de hecho

¹⁸² *Plática a los sacerdotes de Córdoba*, n 4, OC I, 789.

¹⁸³ *Sermón 50*, n 7, OC III, 645.

el mismo Jesucristo ofrecido y entregado que nos hace a nosotros hijos¹⁸⁴. Esta es la dulzura que debemos gustar y que no podemos llegar a comprender con nuestro solo entendimiento. Todos los misterios de Cristo se produjeron una vez para siempre, pero la Eucaristía no se iguala a los demás, porque la Eucaristía “es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en los otros lugares”¹⁸⁵.

Es por eso por lo que en la Eucaristía Cristo nos enseña su invencible amor, que es la dulcedumbre de su Corazón. San Juan de Ávila presenta precisamente como originalidad en su cristología el partir de la interioridad de Cristo, su amor al Padre y a los hombres, y por tanto de Cristo Sacerdote-Esposo¹⁸⁶. Desde esta interioridad, desde este Corazón se puede comprender todo, pero sobre todo se puede gustar todo.

Esta dulcedumbre se da a amigos pero también a enemigos. Hace referencia el texto a los apóstoles como amigos, y señala a Judas como el enemigo, que pudiendo gustar de esta dulzura decide la traición. Pero este abandono de Judas no resta fuerza a la dulcedumbre, sino más bien al contrario. San Juan de Ávila insiste en recordar al cristiano que debe estar abierto y disponible a acoger esta dulcedumbre del Corazón de Cristo que se da en este manjar, para poder ser así sanado por el mismo Señor:

«Cuando esta alegría, hermanos, reinare en nuestros corazones de ver y experimentar la dulcedumbre de aqueste soberano manjar, de estar muy hartos con él, le demos alabanzas por tal beneficio; y entonces tendremos señal que nos ha librado Dios de la peligrosa enfermedad del fastidio, y nos ha quitado las gruesas flemas que en el estómago de nuestra ánima teníamos y nos impedían el gusto de aqueste divino manjar»¹⁸⁷.

Esta dulzura que nos da Cristo en la Eucaristía viene a transformar la vida del cristiano. Esta dulcedumbre es signo y expresión de la verdadera caridad. San Juan de Ávila es sin duda apóstol de la caridad, doctor del amor Divino, y precisamente la caridad consiste en experimentar el amor de Dios (que es su dulzura) y quererle como Él quiere ser querido. Vivir sumergido en este amor es gozar de todas las cosas, pues se vive de amor, del amor de Dios y este amor se expande a las criaturas. Así se lo expresa nuestro Santo a una dirigida suya:

«Habéis, hermana —si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida—, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en sí tan bueno, tan Santo, tan lleno de gloria como en sí mismo; ansí con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándoos vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que merece en su ser infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura, el cual en sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad, que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno»¹⁸⁸.

¹⁸⁴ Carta 44, OC IV, 227: «Porque el negocio de salvarse los hombres más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor que fuerza y valor de nuestros trabajos propios. Y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia que de pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como a tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos la herencia, ésta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida»

¹⁸⁵ Plática a los sacerdotes de Córdoba, n 6, OC I, 790.

¹⁸⁶ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 632.

¹⁸⁷ Sermón 56, n 45, OC III, 765.

¹⁸⁸ Carta 26, OC IV, 162.

Para conseguir esta mística del día a día y poder descubrir en todo la dulzura de Dios en todas las cosas y gozar con Él, es necesario que el hombre no tenga apego a las cosas del mundo y lo que contiene. Que no consienta afecciones desordenadas que puedan apartarle el corazón del mismo Dios. Pero esta “muerte” no significa no amar a las criaturas sino que supone amarlas de otra manera, amarlas en Dios:

«Y esta muerte no quita el amor de los prójimos ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es una nueva vida, en la cual el ánimo se alegra con todas las criaturas de Dios y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios. Y esto es lo que le han dicho, que puede amar al Señor en sí mismo, y lo puede amar con todas las criaturas y gozar de El en ellas»¹⁸⁹.

La dulcedumbre es por tanto gozar del amor de Dios. Vivir del amor de Dios y por tanto ser transformados por el mismo amor de Dios para así comunicarlo. Y es precisamente en la Eucaristía donde el trato con el Señor nos va dulcificando, nos va introduciendo en su mismo Corazón. El gozar de Dios, de su dulzura, nos va transformando en el mismo Dios, en su misma dulzura. Pone el Santo Maestro un ejemplo muy gráfico, a la vez que popular para explicar esta transformación en la dulzura de Dios:

«Tomad una manzana chiquita, hacelde muchos agujeros, metelde en una caldera de azúcar derretido: queda toda azucarada. De esa manera acontece a una ánima cuando está gozando de Dios. Metida en aquel piélagos de azúcar, queda transformada en Dios: su entendimiento lleno de Dios, la voluntad amando a Dios, la memoria de Dios. San Pablo: *Deus erit omnia in omnibus* (1 Cor 15,28). Dios es todos los bienes. Como un limón en el azúcar, así quedan en los cielos, semejables a Dios, todo hombre que tiene esta esperanza»¹⁹⁰.

El alma que goza de Dios es aquella que metida en “aquel piélagos de azúcar”, que es el Corazón vivo de Cristo en la Eucaristía, queda lleno de Dios en su memoria, entendimiento y voluntad. Por tanto tiene el mismo sabor dulce de Dios y saborea así a Dios y con esta dulzura saborea todas las cosas creadas por Dios. La dulcedumbre de su corazón es por tanto expresión y manifestación de la verdadera caridad.

2.3 Gozar del perdón de la Eucaristía

«Mas ¡ay dolor!, que temo mucho que acaee lo que dijo San Pedro: Que compañías aprietan al Señor (cf. Le 8,45), y, apretándole, no le tocan. Aquella gente de buena gana iba acompañando al Señor, y por ir cada uno más cercano de Él se apretaban unos a otros, y apretaban al Señor y tocándole tantos con el cuerpo, no le tocó provechosamente sino aquella mujer. ¿Habéis visto y llorado cómo lo mismo pasa a la letra entre nosotros? Vamos con el Señor por las calles con mucho regocijo y contentamiento; procuramos el lugar más cercano para ir junto con El; y algunas veces habéis visto u oído decir que en los templos y en las procesiones hay contiendas, y aún más adelante, sobre quién estará en el lugar más honrado y más cercano al Señor —¡cosa muy desacatada es y muy castigada será!—; y con ir así, descuidados de sentir el ánimo la dulcedumbre de la presencia del Señor que allí va, embebecidos en mirar los regocijos y juegos exteriores, sin orden, sin aparejo, sin pureza de ánimo, sin dolor de pecados, sin quererse aprovechar

¹⁸⁹ Carta 90, OC IV, 377; Cf Francisco J. Díaz Lorite, “Hacedlo todo por amor de Dios”, en *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del Congreso Internacional*, ed. Juan Aranda Doncel, Antonio Llamas Vela (Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013), 146.

¹⁹⁰ *Lec. I Jn.* 18, OC II, 272.

de aquella omnipotente virtud, poderosa para remedio de todos los males, ofrecémosle al Señor todo el cuerpo con que allí le hacemos presencia y acompañamiento, y vamos apartados según el ánimo; y de esta manera, aunque vamos cerca, apretámosle y no le tocamos»¹⁹¹.

Este sermón fue predicado por San Juan de Ávila en una solemnidad del Corpus Christi. El Santo tiene como telón de fondo un texto de la Escritura, como es su costumbre en todas las predicaciones. En este caso se trata del pasaje de Lucas donde se realiza el milagro de la hemorroisa¹⁹². El Santo Maestro, parafraseando al mismo Jesús cuando pregunta “¿Quién me ha tocado?” denuncia el pecado de los hombres que acompañan la procesión del Santísimo Sacramento, que buscan darle esplendor y estar cerca externamente, pero que sin embargo su corazón se encuentra lejos de Dios.

El pecado es una ofensa a Dios, el pecado llega al Corazón de Cristo. El mismo Señor ha querido hacerse vulnerable en la esfera de su amor. Le afecta la vida del hombre y por tanto también le afecta su falta de correspondencia al amor. El pecado sitúa al hombre lejos de Dios, rompe la amistad con Él que es perder la vida de la Gracia. Con el pecado perdemos la herencia del cielo y nos alejamos de la mirada amorosa de Dios. Todo esto es la consecuencia de la ruptura de amistad que es lo que más ofende al Corazón vivo de Cristo en la Eucaristía. Así mismo lo expresa el Santo en su tratado de vida espiritual *Audi filia*:

«Lo cual es tanta verdad que aun el pecador es menos que nada, porque peor es mal ser que el no ser. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios, entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno. Y, para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oíd esto: Cuando alguna cosa muy contraria a razón y muy desordenada viéredes, pensad que muy más fea y abominable cosa es estar en desgracia y enemistad de nuestro Señor»¹⁹³.

La fealdad del pecado expuesta por San Juan de Ávila tiene relación directa en su teología, con la cruz, con la Pasión. Esta comprensión del misterio pascual es de clara influencia paulina en el Santo. Cristo al asumir el pecado del mundo en la cruz busca librar al hombre y “deja tan feo al pecado” para que el hombre se aleje de él. Cristo crucificado cambia la dinámica del pecado en la dinámica del amor. Así lo expresa el Santo doctor:

«Murió por nosotros, y fue su intento librarnos de los pecados pasados, para que, libres de ellos, no volviésemos a la miseria en que antes estábamos; para que, habiéndonos visto en tan mal estado, siendo ya libres de él por la muerte de Jesucristo, huyésemos una enfermedad que no se cura sino con la sangre de Jesucristo; un captiverio que no se pudo excluir, sino dando en precio tan inmenso tesoro»¹⁹⁴.

La teología avilista insiste continuamente en el amor y en los méritos de Cristo en la Pasión, que son la clave para entender el misterio, la gravedad del pecado y la grandeza de la misericordia. Frente al sufrimiento ocasionado por el pecado Dios quiere realizar una transformación por el amor. Por la cruz, Dios entra en los sufrimientos de la historia e introduce un “plus de amor” que es más fuerte que la abundancia del mal que pueda

¹⁹¹ *Sermón 37*, n 45, OC III, 506.

¹⁹² Lc 8,40-48.

¹⁹³ *Audi filia II*, cp 65, n 2-3 OC I, 674.

¹⁹⁴ *Lec. Gal*, n 4, OC II, 27.

existir¹⁹⁵. La Eucaristía es el memorial de este misterio, y en ella Cristo está redimiendo al mundo y haciéndonos partícipes de este “plus de amor”.

Quien se abre por tanto a “la dulcedumbre de la presencia del Señor que allí va” como nos decía el Santo Maestro en referencia a la presencial real de Jesucristo en la Eucaristía¹⁹⁶, vive en este “plus de amor”, y así “toca” al Señor con el amor de su corazón como lo tocó la hemorroisa y quedó sanada. La Eucaristía nos introduce en esta dinámica de amor para así ser curados del pecado que es “quien contradice su amor”¹⁹⁷.

San Juan de Ávila pone en el centro la Redención. Y hace tomar conciencia al hombre de que es redimido por Cristo personalmente. Y esto se hace posible en la Eucaristía. El Santo Maestro lo expresa así:

«¡Vergüenza, vergüenza, cristianos, de tan gran fealdad! ¡Compasión, compasión, de lo que trabajó el ánima del Señor en su procesión al monte Calvario y muerte de cruz! Trabajemos, aunque nos cueste la vida, de dejar los pecados e ir tan humildes, pacíficos y devotos, y tales, que el Señor, que nos mira, vea y se harte. Ninguno de cuantos allí vamos, por chico que sea, hay que no muriese Cristo por él; ninguno haya, grande ni chico, varón ni mujer, que no vaya allí con agradecimiento de esta merced y con limpia conciencia»¹⁹⁸.

Aparece en este sermón la doctrina de las miradas, tan usada por San Juan de Ávila en el *Audi filia* y también en el *Tratado del amor de Dios*. El Santo establece un orden en el mirar: primero a uno mismo, después a Dios y después a los prójimos. Estas tres miradas constituían elementos esenciales para el cristiano¹⁹⁹.

Quien se mira a sí mismo descubre que es pecador y miserable y por tanto se tendrá en poco. Esta mirada va dirigida contra la soberbia. Reconocer que todo lo que somos y tenemos viene de Dios:

«Porque el pecado es de nosotros, no de Dios; y el bien es de Dios y no nuestro, pues por su virtud lo hacemos. Lo cual Él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a Él toca, cuya gloria conoce en sí mismo, aunque nosotros [no] le glorifiquemos; mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es muy grande conocer que [de] todo el bien que tenemos, no a nosotros, sino a él se debe la honra»²⁰⁰.

En segundo lugar, Ávila orienta la mirada hacia Dios: Mirar a Jesucristo crucificado es el punto central de su magisterio. En la mirada a Jesús crucificado, con el lenguaje del admirable intercambio, subrayó las deshonras que sufrió por honrarnos. Jesucristo nos ha alcanzado el perdón, Él ha pagado por nosotros. Esta experiencia nos hace descubrir que nos ha hecho compañeros suyos como el mismo Ávila expresa en unos de sus sermones sobre el Santísimo Sacramento. Es significativo que el Santo doctor desarrolle este aspecto en un contexto Eucarístico. Y es que en la Eucaristía está el “provecho de los hombres”:

¹⁹⁵ Benedicto XVI, *Spe salvi*, n 40.

¹⁹⁶ *Sermón 37*, n 45, OC III, 506

¹⁹⁷ Cf *Carta 58*, OC IV, 269.

¹⁹⁸ *Sermón 37*, n 51, OC III, 509.

¹⁹⁹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 598.

²⁰⁰ *Audi filia I*, cp II, n 9, OC I, 441.

«No tema nadie que lo que Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, pidió para otros, le haya sido o sea negado, según Él da testimonio diciendo: Gracias te hago, Padre, porque siempre me oyes (cf. Jn 11,41). Ordenación de Dios es —y sea por ello su Santo nombre bendito— que los trabajos y santidad de su unigénito Hijo entren en provecho a los hombres, y, como de verdadera cabeza, corran los bienes del Señor a nosotros, y en este caso haya unidad y compañía entre Él y nosotros, según dice San Pablo, que somos llamados para la compañía de Jesucristo (cf. 1 Cor 1,9). ¡Oh maravillosa merced! ¡Oh dignación tan digna de agradecimiento! ¡Oh compañía tan provechosa y tan honrosa entre Jesucristo y nosotros, que en los santos trabajos y merecimientos de Él sea participante la humana bajeza y pobreza!»²⁰¹.

En tercer lugar la mirada se dirige al prójimo. Pero la mirada ya no puede ser de juicio o sin misericordia porque se ha experimentado la debilidad y el ser redimido por Cristo. Se comprende que nadie “por muy chico que sea hay que no muriese Cristo por él”.

San Juan de Ávila para tratar la Redención y la misericordia de Dios con el hombre toca la cuestión de la mediación del Hijo, su sacerdocio. La misericordia está unida al sacerdocio de Cristo y precisamente la carta a los Hebreos une el aspecto de la misericordia con la Pasión de Cristo²⁰². Nuestro Santo presenta todo el ministerio de Cristo, cultural y pastoral, relacionándolo profundamente con la Eucaristía, pues en ella se expresa de manera inclusiva y culminante esta profunda unidad que en Él se da²⁰³.

La Eucaristía dentro de este “plus de amor” ofrece el perdón al hombre. El perdón es un acto de amor gratuito. Sólo un amor así es capaz de re-construir y re-hacer, de curar heridas y abrir un camino nuevo de reconciliación²⁰⁴.

Toda la doctrina de San Juan de Ávila está llena de la confianza en la misericordia y en el perdón de Dios. La teología avilista no se encierra en el pecado, sino que abre la puerta a la esperanza ya que por los merecimientos de Cristo en su Pasión hemos sido salvados, hemos sido perdonados. La Pasión era lo más adecuado para atraer la libertad del hombre y moverlo a acoger la Redención, la salvación que Dios nos ofrece. Tanto es así que el hombre puede hacer eficaz o vana la Pasión de Cristo²⁰⁵. El Santo Maestro lo expresa en *Audi filia* con estas palabras:

«Mas ya oyó, hombre, lo que tu flaqueza responde a lo dicho. ¿Que qué te aprovecha a ti que Cristo haya muerto por tus pecados, si el perdón no se aplica a ti? Y que, con haber muerto Cristo por todos los hombres, están muchos en el infierno, no por falta de su redención, que es copiosa (cf. Sal 129,7), mas por no aparejarse los hombres a la recibir; y por esta parte es tu desesperación. A lo cual digo que, aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice que, para tener uno testimonio de buena conciencia, que le dé alegría de buena esperanza, no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confiar y tener conjeturas que se aplica el perdón al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña; pues que, con creer lo primero, puede desesperar, mas no con tener lo segundo; porque, esperando, no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razón que, viendo tú las entrañas del celestial Padre abiertas para dar a su Hijo, como lo dio, y

²⁰¹ *Sermón 51*, n 12, OC III, 690.

²⁰² Albert Vanhoye, *Cristo, Pontífice misericordioso* (Barcelona: Cuadernos Phase 236, 2017), 27.

²⁰³ María Jesús Fernández Cordero, “Jesucristo, fuente de nuestro sacerdocio. Claves para la comprensión del pensamiento Juan de Ávila sobre el ministerio sacerdotal”, *Studia Cordubensia 11* (2018): 24.

²⁰⁴ Martínez-Gayol, “La Eucaristía, espacio de reparación”, 318.

²⁰⁵ Pulido Arriero, “Magister, remittuntur tibi peccata tui”, 99-100.

viendo tal costa hecha y el Cordero divino ya muerto, para que tú comas de él y no mueras, debes desechar de ti toda pusilanimidad y pereza, y procurar de aprovecharte de la redención, confiando que te ayudará Dios para ello. Y pues que, para ser tú perdonado, no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por ti, ni padezca poco ni mucho, ¿por qué piensas que ha de querer que, pues está hecha la costa de su convite, falten convidados para le comer? No es así, cierto, ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que se convierta y viva (Ez 33,11); y, porque así se hiciese, él perdió su vida en la cruz»²⁰⁶.

San Juan de Ávila en su teología deja el puesto que le corresponde a la libertad. Cristo ofrece su misericordia, el hombre es libre de acoger o no acoger esta Redención. Y se acoge no sólo creyendo en ella, sino viviendo “mediante las disposiciones que la Iglesia enseña”. El espíritu de obediencia que el mismo San Juan de Ávila vive aparece marcado en todas sus obras, también en este aspecto. Es necesario el arrepentimiento, el Sacramento del perdón y la Eucaristía para recibir la misericordia.

Dirige la mirada del creyente hacia “las entrañas del celestial Padre abiertas” y en esas entrañas se encuentra el Hijo. Es el cordero divino que no sólo nos da misericordia y perdón, sino que Él mismo que es misericordia y perdón se nos da como alimento. Dios no quiere que el pecador muera, por ello se ofrece y se entrega como alimento para que el pecado no le haga morir de hambre por la carencia del amor, ya que el pecado incapacita al hombre para amar. Solo el amor es capaz de dar amor. Por eso no sólo alimenta, sino que como fuego calienta y así transforma a quien lo recibe:

«¡Oh eficazísimo fuego de Jesucristo nuestro Señor, cuánta es tu suavidad! ¡Cuánta nuestra honra y provecho el día y hora que ordenaste esta misericordia incomprehensible, de entrar tú en nosotros hecho nuestro manjar y, con el gran calor de tu amor, mudarnos y mudarnos hasta que, quitada nuestra escoria, nos hace semejables, amándote en semejanza de cómo nos amas y llevando el fuego de aqueste divinísimo Sacramento, que es el más excelente de todos!»²⁰⁷.

Es la Eucaristía “el más excelente de todos” los sacramentos porque Dios está entregando a su Hijo y no sólo nos está dando la gracia, sino que se nos está entregando al Autor de la gracia. De nuevo encontramos en San Juan de Ávila la imagen del fuego para expresar el amor y la purificación que produce este amor. La Eucaristía es el lugar donde el Corazón vivo de Cristo nos hace partícipes y al mismo tiempo nos hace gozar del perdón.

Pero además este perdón busca confortar al hombre para no caer en el pecado y así vencer la tentación. Es por eso alimento para los débiles que necesitan la fortaleza del amor de Cristo. La “virtud” de este Sacramento conforta, fortalece y evita “llorar tu caída”. Así lo expresa el Santo Maestro:

«Pluguiera a Dios que, cuando los ministros del rey de Babilonia encendían en ti el horno de las concupiscencias (cf. Dan 3,19), te llegaras al altar y recibieras a este Señor; y no tuvieras que llorar tu caída, y aprobaras la virtud de este sacratísimo Pan, que conforta el corazón del hombre para no caer (cf. Sal 103,15)»²⁰⁸.

²⁰⁶ *Audi filia II*, cp 20, n 1, OC I, 580.

²⁰⁷ *Sermón 51*, n 39, OC III, 670.

²⁰⁸ *Sermón 54*, n 38, OC III, 710.

El perdón sana y al mismo tiempo el perdón conforta para no volver a caer en el pecado y mantener el estado de gracia, la amistad con Cristo, la relación esponsal con Él. Y este perdón lleva al cristiano al mismo tiempo a una profunda confianza y abandono en el Señor.

Para concluir este punto es necesario subrayar la importancia que nuestro Santo le da a la confianza en el Señor, en su misericordia.

San Juan de Ávila ayudaba a las almas en su tarea como padre espiritual a vivir con la mirada en Cristo, llenos de confianza y abandono en Él, ya que su perdón y amor nos sostienen. En la *Carta 20* por ejemplo descubrimos con que delicadeza el Santo ayuda a esta señora que se encontraba tentada, a recobrar la confianza en el perdón que el Señor le ha alcanzado para ella en la Pasión. Es destacable no sólo el contenido de lo que el Maestro Ávila presenta, sino el modo y la delicadeza con que sabe transmitirlo a esta alma:

«Señora, no os desmayéis, que más tenéis por qué confiar que no desconfiar; más son de vuestra parte que de la contraria; más amada sois del Rey celestial que aborrecida del león infernal, y más cuidadoso y fuerte tenéis el velador para os ayudar que los acechadores para os hacer mal. Y no temáis, señora, a los demonios: sin licencia de Dios, para entrar en los cuerpos no tienen poder. Si teméis a vuestros pecados, tened firme esperanza que son perdonados, no por lo que vos habéis hecho, mas por lo que Cristo pasó; y mira que tan bien podéis errar por no creer en la paga que en El tenéis como en no creer vuestra deuda que por vos hecistes. Mucho debéis, mas mucho más pasó Jesucristo por vos. A mucha ira provocaron a Dios vuestros pecados, mas a mucha amistad le provocaron los merecimientos de nuestro Señor, habiendo muerto en cruz por vuestros pecados. No hay ya que temer a pecados, si no nos falta la fe»²⁰⁹.

Esta seguridad cimentada en el amor de Cristo, en su perdón, fortalece en las luchas contra las diversas tentaciones. Pero además hace percibir al cristiano que Cristo está buscando continuamente su amistad. Jesucristo en este divino Sacramento de su cuerpo y de su sangre quiere, desea, anhela y busca nuestra amistad.

2.4 El Corazón de Cristo Eucaristía busca nuestra amistad

Si el pecado produce la fealdad en el alma, la obra de la Redención consiste precisamente en que el Señor viene a “hermosearnos” y esta hermosura es el gran regalo de su amistad. Precisamente la hermosura es el atributo específico del Hijo de Dios y en Él se dan todas las cualidades de la belleza: perfectísimo sin defecto alguno, imagen del Padre, luz verdadera e inmensidad infinita²¹⁰.

En el tratado *Audi filia*, San Juan de Ávila expresa cómo ante la fealdad del pecado, Cristo nos viene a “hermosear” con su presencia:

«Considerad, pues, qué cosa tan fea es y cuánto se debe huir la fealdad y mancha del pecado. Pues que, una vez recibida en el ánimo, ni pudo lavar con todas las fuerzas humanas ni con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo. Y si el hermoso Verbo de Dios, dechado de hermosura, no viniera a hermosearnos, para siempre la fealdad, en que por nuestra culpa incurrimos, nos durara.

²⁰⁹ *Carta 20*, OC IV, 127-128.

²¹⁰ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 690.

Mas, viniendo el Cordero sin mancha, pudo y supo y quiso lavar nuestras manchas. Y amando a los feos, destruyóles la fealdad y dioles la hermosura»²¹¹.

El Cordero sin mancha viene a eliminar la fealdad del pecado en nuestra vida, así nos llena de su hermosura. La hermosura es la gracia, la configuración con él, la cristificación, es la amistad con Cristo que perdemos a consecuencia del pecado. Por eso el que es “todo hermoso” viene a ponerse ante nosotros para que le contemplemos en el Santísimo Sacramento que es prenda del cielo, y así nos hermosea, devolviéndonos su amistad:

«Si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz, sino la misma hermosura infinita que saque los corazones de sí mismos y los ponga en sí mismo, transformándolos en Él, y más contentos con ser de Él que con ser suyos propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de Él, hechos un espíritu con Él, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de él y tan lleno de él que parece ser fuego? ¡Ya viniese aquel día, cuandouviésemos presente la hermosura del todo Hermoso, para que, viéndolo delante los ojos, no se nos fuesen a otra parte, pues tan mal empleados fuera de Él son!»²¹².

Se percibe en esta carta que la amistad es entendida por el Santo Maestro como un “ser uno con Él”. Cristo al hermoearnos, nos une a su condición, nos une a su destino. Esta transformación personal se realiza por la acción de Jesucristo en el alma y por el hecho de que ésta le reconociera como su auténtico y único bien²¹³.

Conviene destacar que en la descripción que San Juan de Ávila hace de la hermosura de Cristo, se encuentra una influencia del pensamiento de San Agustín, aunque no podemos decir que haga una copia exacta de la teología agustiniana sobre este aspecto²¹⁴.

Siendo conscientes de lo que su amistad provoca en nosotros, es interesante destacar como San Juan de Ávila señala que es Cristo quien más desea la amistad del hombre, es Él quien nos “primerea”²¹⁵ en el amor buscando nuestra amistad.

Es grande la unión que existe entre Dios y el alma y sólo el pecado destruye esta relación de amistad que para San Juan de Ávila es entendida en tono de sponsalidad incluso, ya que llama al pecado “divorcio”. Es divorcio porque destruye la semejanza del hombre con el mismo Dios. En uno de los sermones Eucarísticos lo expresa así:

«Grande es, y muy grande, la conveniencia y amistad que hay entre Dios y los hombres, pues Él los quiso honrar tanto, que los crió a su imagen y semejanza; y no hay pintor que si pinta a sí mismo, si es perito en el arte, y él es hermoso, que no ame haberse pintado y se huelgue con la imagen que le representa. Y si no se entremetiese entre Dios y el hombre el pecado, no habría cosa que bastase a poner mal a Dios con su imagen, ni aun habría cosa en ella que desagradase los ojos de su Criador. ¡Oh pecado, que haces divorcio entre tales casados, que apartas cosas tan juntas, que tanto se aman! ¿Quién no se espantará de ti, de que puedas tornar a Dios de manso en airado, de amoroso en aborrecedor, y que envíe al infierno y para siempre castigue a quien crió a su imagen y semejanza, y aun a quien había tomado por hijo y prometido la herencia del cielo? ¿Quién habrá que no te

²¹¹ *Audi filia I*, cp VI, n 16, OC I, 520.

²¹² *Carta 133*, OC IV, 474.

²¹³ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 761.

²¹⁴ Francisco Javier Díaz Lorite, *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en san Juan de Ávila* (Madrid: Campillo Nevado, 2007), 95.

²¹⁵ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 24.

aborrezca, sino quien no te conoce o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de El castigado?»²¹⁶.

De nuevo está presente en la teología avilista el admirable intercambio, y ese Dios que se pone contra Dios. El pecado torna a Dios “de manso en airado, de amoroso en aborrecedor”. Pero es evidente que San Juan de Ávila subraya que Dios no es “airado” o “aborrecedor” para con el hombre, pues sólo busca su amistad, sino contra el pecado. Por eso invita al aborrecimiento del pecado: “¿Quién habrá que no te aborrezca, sino quien no te conoce o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de Él castigado?”. Por eso es Dios mismo quien cargando sobre sí el pecado vuelve a la amistad al propio hombre:

«Dios mismo toma sobre sí el destino del amor destruido, se pone en el lugar del pecador y libera con ello de nuevo el lugar del hijo para el hombre, no ya sólo para Israel, sino para todos los pueblos. A partir de Oseas 11, la Pasión de Jesús es el drama del Corazón divino: “Mi corazón se vuelve contra mí, mi compasión quema”. El Corazón traspasado del crucificado es el cumplimiento literal de la profecía del Corazón de Dios que trastoca su justicia por compasión y precisamente de este modo, permanece justa»²¹⁷.

El Santo doctor trata esta cuestión del admirable intercambio en un sermón de la infraoctava de Pentecostés donde es presentado Jesucristo como la gracia, como el verdadero amigo que viene a devolvernos la amistad con Dios que con el pecado habíamos perdido:

«En Adán comenzó la ira, y en Adán nacemos todos hijos de ira; en Jesucristo comenzó la gracia, y todos los que no estuvieren engeridos en Cristo, la ira de Dios quedará sobre ellos. En Adán es el pecado, en Jesucristo es la justicia; en Adán la desgracia, en Jesucristo la gracia; en Adán el infierno, en Jesucristo el cielo. Si no eres de Cristo, si no estás bien con Cristo, la ira de Dios está sobre ti. *In peccatores respicit ira illius*: justicia de Dios está mirando así contra los pecadores (Eclo 5,7). En cometiendo un hombre un pecado mortal, luego muere a Dios, y pone Dios los ojos airados en él. ¿Quién terna la mano a Dios? ¿Quién te defenderá de él? —*Scapulis suis obumbravit tibi* (Sal 90,4) 13. ¿Quién te librará de Dios airado? —Dios manso. ¿Quién te defenderá de Dios riguroso? —Dios Cordero. Envió Dios a su Hijo para que la disciplina y castigo cayese sobre Él, no debiendo y el culpado quedase libre; porque con sus espaldas te hiciese sombra y la justicia de Dios no te abrasase. Ponte detrás de Él, que en Él dio el ardor del sol y sobre Él descargó la ira de Dios, y detrás de Él hay sombra; allí hallarás refrigerio»²¹⁸.

La gracia, el cielo, es Jesucristo. La amistad con Él, la unión con Él es el mayor deseo de su Corazón. Y es en la Eucaristía donde podemos recibir esta amistad, donde somos “vestidos de Jesucristo” y Él busca y desea entregarnos su hermosura, hacernos “todo hermosos” en Él mismo que es el “todo Hermoso”.

Podemos concluir este apartado con una referencia a uno de los sermones de San Juan de Ávila sobre el Santísimo Sacramento. Aunque pueda ser extensa la cita nos ayuda a comprender que la teología y espiritualidad de nuestro Santo doctor es orgánica y él mismo entiende la vida de fe como un proceso e incluso como un progreso en la santidad, en la amistad, en la comunión con Cristo:

²¹⁶ *Sermón 51*, n 3, OC III, 655-656.

²¹⁷ Joseph Ratzinger, *Miremos al Traspasado* (Argentina: Fundación san Juan, 2007), 81.

²¹⁸ *Sermón 28*, n 11, OC III, 338-339.

«Y así como Él es lucidísimo y hermosísimo sol, así la parará a ella resplandeciente, semejable a Él, como fue figurado cuando se transfiguró en el monte Tabor le resplandeció la cara como el sol, y fueron hechas sus vestiduras blancas como la nieve (Mt 17,2). Nosotros nos vestimos de Cristo; como dice San Pablo (cf. Gal 3,27), porque en la gracia y virtud que de Él recibimos perdemos nuestra fealdad y cobramos honra y hermosura del cielo; y nosotros somos vestiduras de Él (cf. Is 49,18), porque nuestros bienes son gloria suya y lo atavían y honran, pues son testimonio de su grande bondad, con que nos los dio, y el gran valor de su sangre, con que nos los mereció (cf. 1 Cor 12,27). Y estas vestiduras que atavían su cuerpo, y aun se llaman su cuerpo, que somos nosotros cuando nos transformamos en Él, participamos del resplandor que recibió en su cara cuando se transformó, siendo emblanquecido más que la nieve, como David lo deseaba y pedía, diciendo: Rociarme has, Señor, con hisopo, y seré limpio; lo cual se hace cuando nos limpian de pecados mortales; lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve (Sal 50,9), cuando nos limpian de pecados veniales. Para todo tuvo amor, para todo tuvo precio su sangre. Amónos —dice San Juan— y lavónos con su sangre (cf. Ap 1,5). Y pues, recibiendo el cuerpo del Señor, recibimos también su sangre, que en sus venas está, no se maraville nadie que metiéndonos en esta piscina, que, aunque roja en el color, tiene virtud para emblanquecer, salgan nuestros vestidos limpios de manchas, que, como dice el evangelista San Marcos, ningún batanero sobre la tierra tan blancas las pudiera parar (Mc 9,2). Y entonces obra el Señor lo que está escrito: Que se entregó a la muerte para parar a su Iglesia hermosa, que no tenga mancha ni ruga, ni cosa de esta hechura, para que sea santa y sin mancha de pecado venial (cf. Ef 5,25-27); porque tales para a los que bien le reciben, que no les queda mancha de pecado venial y les quita las rugas de las imperfecciones»²¹⁹.

3-Imágenes usadas por San Juan de Ávila en los sermones del Santísimo Sacramento

San Juan de Ávila no sólo recomendó la catequesis, sino que la ejerció personalmente desde sus primeros tiempos hasta el final de su vida²²⁰. Y una de sus características más singulares era usar de imágenes comunes que todo el mundo tenía a mano para explicar las grandes verdades de fe. Sabía conectar con el pueblo, con sus inquietudes y dificultades y al mismo tiempo introducirlos en las más altas cumbres de la vida interior.

Precisamente en el contacto directo con el pueblo cristiano, el Santo Maestro descubre como muchos sectores de la Iglesia se encuentran en una fuerte debilidad de la fe, donde existe una degradación de las costumbres, una pérdida de la herencia religiosa recibida. Todo esto lo recoge en los *Memoriales para el concilio de Trento*:

«Mas lo que por nuestros pecados vemos en nuestros tiempos es el gran daño que a la Iglesia ha venido por faltar en ella o hacerse como de burla esta santa obra. Pues una de las causas y no pequeña, porque muchos cristianos han perdido la fe es por estar tan flacamente doctrinados y fundados en ella y tan sin gusto de los misterios de ella, que fácilmente se les ha podido persuadir cualquier error contra la fe, como a gente que no tiene firme atadura con la verdad. Y así, por ver que otro seguía la herejía o por una muy liviana apariencia de razón, dejaron la verdad antigua, con la cual tenían poca amistad. Por experiencia vemos cumplido, y gemírnoslo con dolor, lo que el profeta Esaías dijo: *Propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam* (“Por eso mi pueblo será deportado, por falta de conocimiento”) (Is 5,13), etc»²²¹.

²¹⁹ *Sermón 51*, n 42, OC III, 671.

²²⁰ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 517.

²²¹ *Memorial Segundo para el Concilio de Trento*, n 53, OC II, 579.

Esta preocupación estuvo presente siempre en la vida de este Santo predicador. Su tarea más frecuente era dar lecciones bíblicas, enseñar el catecismo a niños y adultos, enseñar el camino de la oración mental, organizar colecta para los pobres, sostener a clérigos que enviaba a estudiar en las universidades...²²². Es por esto por lo que mereció el título de “Apóstol de Andalucía”.

Todos sus sermones están llenos de imágenes populares con el deseo e intención de llegar al pueblo, pero que al mismo tiempo están cargadas de una larga tradición dentro de la literatura espiritual. En este apartado no recogemos todas las imágenes que el Santo llega a usar, sino que hemos seleccionado las que más se relacionan con la espiritualidad del corazón Eucarístico de Cristo en la tradición mística. Pero citaremos algunos ejemplos que nos ayuden a penetrar en la sabiduría del doctor del amor divino, que supo exponer de forma tan sencilla y cercana, tan alta teología.

Una de las imágenes más preciosas que usa el Santo a la hora de hablar de la cruz, es la de una ballesta. Con ella quiere expresar el inmenso amor de Cristo crucificado y la herida de amor que provoca en el alma. La cruz es la ballesta y el cuerpo de Cristo la cuerda. El Corazón abierto de Cristo es la nuez en la que se apoya la saeta (la flecha) del amor:

«¿Qué le falta a esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hieren los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y el cuerpo tan extendido y brazos tan estirados son la cuerda; y la abertura de ese costado, la nuez donde se pone la saeta de amor para que de allí salga a herir el corazón desarmado. ¡Tirado ha la ballesta y herido me ha el corazón!»²²³.

En la plática a las monjas de Zafra, San Juan de Ávila habla de los dones que Dios nos concede, y como esos dones los da con amor. Compara los dones con el alimento, y al amor con el plato que tiene que ser devuelto. Con esta imagen tan popular nos recuerda la necesidad de la *redamatio*: devolver amor a tanto amor entregado. Así lo expresa nuestro Santo:

«Dos cosas nos da a entender Dios en sus dones: una, que son señales de sus perfecciones, y otra, del amor que nos tiene; porque quien algo nos da, señal es que nos ama. Si alguno os enviase un presente, malcriado seríades si no le volviédeses siquiera el plato. Todo lo que tenemos son presentes que nos invía Dios, y el plato en que nos lo invía es el amor; pues tomad el presente y volvedle el plato, que es el amor, que en ninguna cosa quiere que le paguemos en la misma moneda si no es en ésta; y pues nos da amor, paguémosle con amor»²²⁴.

En un sermón dedicado a la Virgen María realiza una comparación preciosa de María como enfermera para presentar la misión de María en la Redención de Cristo. Así de hermosamente lo expone:

«Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan»²²⁵.

²²² *Ibid.* 116.

²²³ *Tratado del amor de Dios*, n 11, OC I, 970.

²²⁴ *Plática 16*, n 10, OC I, 893.

²²⁵ *Sermón 60*, n 32, OC III, 815.

En relación con la “Señora”, como solía llamar el Santo Maestro a la Virgen, tiene otras imágenes preciosas. Por ejemplo en el *Sermón 12* cuando presenta a la Virgen como portadora de la Eucaristía facilitándonos el poder recibir al Señor que siendo “pan duro, Dios justiciero”, al hacerse carne en su seno virginal se presenta “Dios humano, Dios blando”. Así lo encontramos descrito por él mismo con esta imagen de un ama de casa que empapa el pan en leche para que pueda ser mejor digerido:

«Como un ama, cuando un niño no puede comer el pan, se lo moja en leche, para que esté blando y lo pueda comer, así la Virgen recibió a Dios puro, y dánoslo humanado para que, pues antes era pan duro, Dios justiciero, lo recibamos blando, Dios humanado. De manera que, pues la Virgen tiene el pan, no nos moriremos de hambre»²²⁶.

Son muchas las imágenes usadas por San Juan de Ávila en sus predicaciones y exhortaciones. Hemos mostrado algunas de ellas como introducción para tratar con más profundidad las imágenes usadas frecuentemente por él en los sermones del Santísimo Sacramento y relacionadas con la espiritualidad del Corazón de Cristo.

3.1 “La bodega del vino”

«¡Oh si Dios tanta merced nos hiciese que nos metiese, como a la esposa, en la bodega del vino (Cant 2,4), que es el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, como dice David que entró en los poderíos del Señor y se acordó de su sola justicia! (cf. Sal 70,16). Tengo por cierto que del olor y sabor de amor tan poderosos seríamos hechos embriagados y olvidados de todas las cosas, y, con admiración que nos sacase de nos, exclamaríamos con altísimo efecto: Señor, ¡quién hay semejable a ti! (Sal 34,10). Entonces sabríamos sentir la grandeza de este misterio, y nos tendríamos por muy dichosos en tener con nosotros tal prenda de amor, y nos aparejaríamos con gran cuidado para lo recibir»²²⁷.

En esta cita del *Sermón 50*, encontramos el uso que San Juan de Ávila hace de esta imagen de la bodega del vino que aparece en el *Cantar de los cantares*. En Cant 2,4 se dice: “Me ha metido en la bodega, despliega junto a mí su bandera de amor”. Esta cita se produce en un contexto de desposorio, de matrimonio, donde el esposo quiere mostrar su intimidad a la esposa. Es más, se da esta intimidad en un banquete. Es en el banquete (en la bodega) donde el esposo abre su Corazón²²⁸.

Pero San Juan de Ávila en este sermón dedicado a la Eucaristía compara o mejor dicho identifica la bodega del vino con el mismo Corazón de Jesucristo. Comprende la unión mística como la mejor experiencia de la Eucaristía, con la referencia a la bodega del vino del *Cantar de los cantares*²²⁹. Y esta bodega es el mismo Corazón Eucarístico de Jesucristo como señala el Santo.

En la tradición espiritual ha sido muy comentada esta imagen. San Juan de Ávila leyó con toda seguridad los sermones de San Bernardo. Es uno de los autores que más cita en sus sermones. Por eso no es extraño que recibiera de él también una clara influencia. San Bernardo en el *Sermón 23* en el que comenta esta imagen de la bodega del vino deja

²²⁶ *Sermón 12*, n 1, OC III, 165.

²²⁷ *Sermón 50*, n 5, OC III, 644.

²²⁸ En la nota a pie de página de la biblia de Jerusalén se indica que la bodega, la casa del vino, puede ser traducida también por sala del banquete y hallar referencia a las fiestas del matrimonio.

²²⁹ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 763.

entrever muchas ideas acerca de la vida interior y de la contemplación partiendo además de su misma experiencia mística²³⁰. La esposa se dirige apresurada a las bodegas del esposo donde éste quiere mostrar su intimidad. La imagen que tiene San Bernardo y el mismo Ávila de la bodega es un lugar subterráneo, fresco, oscuro, que huele a vino, especias, aceite... esto nos habla de riquezas y dones preparados para quien es invitado, es más, llamado a entrar en esa intimidad²³¹.

Es la esposa, el alma, la que viene a llenarse de la mayor de las riquezas que es el amor de Dios, del que nos llega todo bien. La manifestación de ese amor es el Corazón Eucarístico del Redentor.

Cabe destacar en referencia a la relación entre la bodega del vino y el Corazón de Cristo al también abad cisterciense de Persigne, Adam. Fue elegido abad en 1180 donde su fama de santidad y sabiduría atrajo a muchos personajes de su tiempo que buscaban su consejo. Destacó por sus conversaciones con Joaquín de Fiore que tenía algunas opiniones que fueron luego condenadas por el Concilio IV de Letrán. Adam en una de sus cartas usa la imagen de la bodega y la identifica con el mismo Corazón de Cristo al igual que San Juan de Ávila. Además, llama a Jesucristo cordero haciendo mención directa a la Eucaristía:

«En el costado abierto del cordero divino tuvo origen una nueva fuente que, brotando de las profundidades de su Corazón, alimenta con una profusión de gracias el río que allí nace. Semejante a la bodega en que se conserva el vino, la herida abierta de Cristo ofrece el brebaje de una caridad maravillosa y vivificante»²³².

Pasión, Eucaristía, Corazón forman parte de un misterio de amor: de la relación de Dios con el hombre. En esa bodega del vino el hombre puede alimentarse de la verdadera caridad. Es el costado abierto de Cristo la fuente, la “interior bodega”²³³ donde se comparte la intimidad y el amor representados en el vino que tiene sabor y olor propio. Es por tanto este Corazón el lugar donde se produce el encuentro del amado (Dios) con la amada (el alma).

Y es en la Eucaristía donde podemos saber cuál es el olor del Corazón de Cristo, cual es el sabor del este Corazón, pues le comulgamos y nos “tendríamos por muy dichosos” pues es su carne inmolada por nosotros, su Corazón traspasado, la prenda de tanto amor:

«La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá (cf. 2 Re 2,13), que fue el palio de su carne preciosa en memoria de su amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti, más aún después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel (cf. Jn 19,34); porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: Acabado es (Jn 19,30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor»²³⁴.

²³⁰ Merton, *Curso de mística cristiana*, 165.

²³¹ *Ibid.* 165.

²³² Cit en: Dumeige, 94.

²³³ Expresión usada por san Juan de la cruz en el *Cántico espiritual*, canción XXVI. La interior bodega es el grado más íntimo de amor al que puede llegar el alma. Entra en la interior bodega del Esposo donde puede beber y ser transformada en el amor. La interior bodega es la séptima estancia, que coincide de algún modo con la séptima morada de santa Teresa donde la santa sitúa el matrimonio espiritual. San Juan de Ávila sitúa la unión mística en ese ser introducidos en la bodega del vino que es el Corazón de Cristo, así lo hemos apuntado antes.

²³⁴ *Tratado del amor de Dios*, n 14, OC I, 974.

En la conciencia avilista la carne de Cristo Eucaristía es el mismo Corazón del Señor. Y esta presencia, este Corazón abierto es una confirmación de su amistad siendo además señal de que “aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor”. Por tanto, la experiencia de nuestro Maestro es que el acceso al amor del Corazón de Cristo se nos da singularmente por la Eucaristía²³⁵.

San Juan de Ávila como buen teólogo y al mismo tiempo buen pastor, comprende que, si no se tiene experiencia de Dios, si no se “disfruta” de la intimidad del Señor no se puede anunciar su palabra, no se puede hablar del mismo Dios. Porque solo el que trata la intimidad de Dios y experimenta su caridad puede hablar de ella. En otro de sus sermones Eucarísticos donde usa la imagen de la bodega del *Cantar de los cantares*, el Santo lo expresa así:

«¡Oh soberano Señor! ¿Qué es esto que oyen nuestras orejas? Si David, metido en la consideración de lo mucho que Dios puede, atónito y espantado, dice: ¿Quién hablará los poderíos de Dios y dará a entender sus alabanzas? (cf. Sal 105,2); si estuviera en nuestra fiesta y le metieran con la Esposa, en la bodega del inefable amor con que Dios nos ama (cf. Cant 1,3), cuánto más saliera de sí, y, bailando con su ánima, exclamara diciendo: “¿Quién hablará la caridad de Dios con los hombres y dará a entender las alabanzas que por ella le son debidas?”. ¿Quién podrá hablar como es razón de esta honra que Dios da a los suyos que bien lo reciben, juntándolos consigo y poniéndoles su nombre?»²³⁶.

De este extracto del *Sermón 53* se pueden desprender algunas ideas clave a tener en cuenta para la vida espiritual. En primer lugar, para entrar en esta bodega es necesario ser invitado, es más, ser introducido, ser “metido” en expresión de San Juan de Ávila. Subraya por tanto el aspecto de la gratuidad, de la gracia. Entrar en su Corazón, en la intimidad abierta del amor divino es una gracia que el Señor concede a quien Él desea y cuando Él lo desea. No se alcanza por las solas fuerzas humanas y por eso quien lo desea debe pedirlo con humildad y disposición lleno de esperanza. Esta gracia que transforma al hombre se recibe de modo singular en la Eucaristía. Participando de ella podemos ser introducidos en la bodega de su Corazón haciéndonos de algún modo semejantes al mismo Dios, “deiformes”, como lo expresa el Santo en otro sermón Eucarístico:

«¿Quién hablará estas cosas? ¿Quién terna peso para las saber estimar: ¿que quien bien come la carne y bebe la sangre del Señor, tiene vida semejable a la vida que vive Dios? ¿Qué es esto, Señor? ¡Hacéis a los hombres deiformes, y acabáis, con darles gracia en este mundo, de engrandecer en ellos la imagen natural que a tu semejanza criaste, para que así como, Señor, tu vida es, tus placeres, tu negocio, tu ocio: conocerte, amarte, gozarte, poseerte para siempre jamás, des a los hombres vida, dándoles tu gracia, con que te conozcan y amen y gocen acá en su modo, y en el cielo en el tuyo, que, según se ha dicho, valga más un hombrecito que la tiene que millones de ángeles si carecen de ella!»²³⁷.

Quien participa de esta intimidad del Corazón de Cristo se hace “deiforme” y así solo busca conocerle, amarle, gozarle, poseerle... Es en definitiva la experiencia del amor la que mueve al amor. Y la consecuencia de este abrazo de amor es ese “salir de sí”, ese “baile” entre Dios y el alma que hace referencia a lo que conocemos en teología espiritual

²³⁵ Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 137-138.

²³⁶ *Sermón 53*, n 17, OC III, 692.

²³⁷ *Sermón 45*, n 5, OC III, 594.

como “éxtasis”. Es la segunda idea sobre la que podemos reflexionar extraída del *Sermón 53* anteriormente citado.

La palabra éxtasis etimológicamente significa “salir fuera de sí” o “estar fuera de sí”. Entendido en sentido cristiano es la experiencia por la que el hombre transfiere a Dios en Cristo todas sus facultades intelectivas, sensitivas y volitivas²³⁸. No pierde el hombre su identidad, pues sino hablaríamos de panteísmo, sino que se trata de una unión en la que nos hacemos uno con Dios y podemos llegar por amor al conocimiento verdadero de quien es Dios mismo. El hombre recibe su ser del mismo Dios, y está llamado a vivir una unión profunda con él. Pero esto no anula al hombre, sino que busca realizarlo plenamente, como el sarmiento que está unido a la vid²³⁹. El Santo doctor lo expresa en uno de sus sermones hablando precisamente de la comunión con estas palabras:

«Decid: ¿Quién sustenta a quién? ¿La cepa al sarmiento o el sarmiento a la cepa? ¿Quién recibe jugo de quién? ¿La cepa del sarmiento o el sarmiento de la cepa? .El sarmiento no sustenta a la cepa ni le da jugo, antes la cepa sustenta al sarmiento. Pues Cristo es la cepa, y El os sustenta y da ser (cf. Jn 15,5). ¿No lo dijo así Dios a San Agustín? “Manjar soy de grandes; crece y comerme has »²⁴⁰.

Para San Juan de Ávila, como apuntábamos anteriormente, el grado de unión mística mayor se produce en la Eucaristía, en la comunión. Se trata de una gracia especial por la que todas las facultades del alma se unen en Dios y a Él se le experimenta, se le conoce por el amor. No se da un conocimiento intelectual o reflexivo sobre Dios, sino experiencial. Es Él quien se revela y desea mostrarse tal cual es. Y en este proceso hay una transformación interior que certifica que la experiencia mística es certera.

Así mismo lo explica el Santo Maestro en la *Carta 64* donde, a unos amigos suyos conocidos en Écija, anima y alienta en la vida espiritual haciéndoles descubrir la fuerza de la gracia que opera en el interior del hombre con la que Dios quiere revelarse y mostrarse como es Él en sí mismo:

«Porque del fuego del amor tuyo nacería conocimiento de ti. Pues quien dice que te conoce como te ha de conocer y no te ama, es mentiroso. Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo a ti, seamos poseídos de ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a ti se convierten, sustentador de los que a ti se llegan, glorificador de los que te sirven y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de ti sólo eres del todo conocido. A ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén»²⁴¹.

Quien saborea el amor del Esposo entrando en la bodega del vino ya sabe a que sabe Dios y puede así “hablar de la caridad de Dios a los hombres y dar a entender las alabanzas que por ella le son debidas a Dios”.

Podemos afirmar con seguridad que el Santo Maestro conocedor de toda la doctrina teológica tanto bíblica como Patrística transmite la herencia recibida, pero pasándola

²³⁸ Cf. Joseph Sudbrack, “Éxtasis”, en *Diccionario de mística*, 705-706.

²³⁹ Melquiades Andrés Martín, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad* (Madrid: BAC 1997), 89-90.

²⁴⁰ *Sermón 49*, n 7 OC III, 638.

²⁴¹ *Carta 64*, OC IV, 287.

además por su propia experiencia espiritual. Esto hace que su saber sea profundamente teológico y al mismo tiempo profundamente espiritual.

San Juan de Ávila al identificar la bodega del vino del *Cantar de los cantares* con el Corazón de Jesucristo está manifestando que hablar de Corazón de Cristo y Eucaristía es hablar de lo mismo, es hablar del amor de Dios manifestado al mundo, a cada persona. Y que entrar y ser introducidos en este misterio del Corazón Eucarístico de Cristo es vivir la comunión plena con Dios, gozar de la intimidad más profunda de su amistad.

3.2 “Fuego de amor”

«La misericordia de Dios con que hace [bienes] y libra de males a sus criaturas, si apartarse pudiese de las otras perfecciones, más excelente sería que ellas, porque es redundancia de lo mucho que Él tiene. San Juan, tan sabio de los divinos secretos, dijo que Dios es amor (1 Jn 4,9); no porque también no sea sabiduría, y omnipotencia, y otras innumerables perfecciones; mas no hallándose en la Escritura que tan claramente se diga Dios sabiduría, o poderío, o cosas semejantes, se halla escrito que Dios es amor: y entendamos cuánto Dios se precia de aqueste nombre, y que quien quisiere agradarle tenga su amor, y quien mucho le agradare tenga más amor. Fuego de amor infinito es Él, y cuanto uno más se llegare a Él, más encendido estará y más semejable en el amor; lo cual declara el Señor diciéndonos: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieren, y rogad por los que persiguen y acusan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,44)»²⁴².

San Juan de Ávila en el *Sermón 50* presenta el Sacramento de la Eucaristía como Sacramento de amor que enciende nuestro amor. Usa la imagen del fuego en al menos dos ocasiones en este sermón, pero en los demás sermones del Santísimo Sacramento es una imagen muy usada para hacer referencia al amor de Jesucristo en este divino Sacramento. Encontramos también su uso en toda la literatura e iconografía clásica a la hora de referirse al Corazón de Jesucristo. En muchas de las revelaciones místicas anteriores a San Juan de Ávila aparece el Corazón de Cristo ardiente, luminoso queriendo además contagiar su fuego de amor. Tenemos como ejemplo a una de las místicas más destacadas de Helfa, santa Matilde de Magdeburgo. Ella define su encuentro con el Corazón de Cristo así:

«El Hijo de Dios apareció delante de mí, y en sus manos tuve su corazón. Era más brillante que el sol, y difundió rayos luminosos de luz por todos lados. Entonces mi Maestro amado me hizo comprender que todas las gracias que Dios de continuo derrama sobre la humanidad, fluyen de ese mismo corazón»²⁴³.

Es por eso que dentro de la tradición espiritual el fuego se ha unido al corazón y al imaginario del amor. San Juan de Ávila llega a definir en este sermón el ser de Dios al decir que es fuego de amor infinito. Un fuego de amor que además quien se acerque a él será también encendido. Quien se acerque a este corazón de fuego es inundado por este mismo amor divino. Porque así viene él a nosotros en la Eucaristía con fuego de amor y deseo de aposentarse en nuestra alma. El Santo Maestro lo expresa así bellamente en el *Sermón 41*:

²⁴² *Sermón 50*, n 1, OC III, 643.

²⁴³ Cit en: Nuria Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 152-153.

«No recibimos con amor al que viene con tanto fuego de amor. Apareja, hermano, tu lámpara y recíbelo con amor; que, aunque otro pensamiento no tuvieses sino pensar que cada día viene Jesucristo a la tierra, bastaba para hacerte bueno. Di: “Mi Redentor viene para hacerme bien, a remediar mis necesidades, a consolar mis tristezas, a perdonar mis pecados, a sacarme de mis miserias a justificarme, a salvarme”. Decid: ¿Qué cosa sería si viniese un hombre dende las Indias a haceros bien, y a esto le moviese sólo amor que os tiene sin deberos nada, y vos no lo recibísedes ni quisiésedes vello ni oílo? Gran desagradecimiento y mala crianza sería, por cierto. Pues Jesucristo nuestro Señor viene desde el cielo a la tierra, que es más que de las Indias, sin deberte nada sino por sólo amor que te tiene, y no a cosa que a Él le cumpla, sino a ti. Sábeselo agora agradecer, que con sólo esto se contenta Él. Di: “Mi Señor viene a posar en mi ánima; quiero aparejarle la posada; no quiero que haya en mí pecado ninguno; quiero tener mis pensamientos limpios, no haya cosa en mí que le desagrade, para que deje de aposentarse en mi ánima”»²⁴⁴.

Jesucristo viene a la Eucaristía con fuego de amor. Es presentado por San Juan de Ávila como redentor y como Señor. Viene a remediar, a consolar, a perdonar, a sacar de la miseria. En la Eucaristía sigue llevando adelante la obra de la Redención, pues su corazón sigue ardiendo de amor por cada hombre. Sigue siendo en palabras de Ávila “romero” o “peregrino” como lo fue toda su vida. Lo expresa así el Santo:

«Este peregrino, hallo yo en la Escritura, hizo tres romerías o jornadas en su viaje; tres, a Jerusalén todas: [primera], ab útero a padecer; segunda, desde la cruz a Jerusalén, a dar vida a su cuerpo; [tercera], a la otra, a la [Jerusalén] suprema de la gloria. ¿Do va en romería nuestro Jesús? En Jerusalén. Siempre trató que entendiésemos cómo todo su viaje era a Jerusalén. *Ibi consummabuntur omnia* (cf. Lc 18,31). Allí se acabará la jornada. ¿A qué vais? ¿A visitar el templo de Salomón, devoción de ver el arca del Testamento, ofrecer sacrificio, Sancta Sanctorum? No, a nada de eso. En el seno del Padre fue ab aeterno. No le falta eso. Una cosa le lleva: el Santo madero de la cruz. Va en romería. Este es el templo y arca, Sancta Sanctorum, do Cristo, Sumo Sacerdote, ha de entrar ofrecer encienso propter peccata»²⁴⁵.

Quiere remediar el Señor nuestro pecado y con su fuego de amor desea consumirlo. Por ello se hizo peregrino y por ello se hace Eucaristía. Así lo entiende y predica el Santo doctor de una manera tan sencilla al alcance de todos, pero al mismo tiempo tan sublime. Compara los pecados veniales con la paja que debe ser quemada por el fuego en el *Sermón 51*. Es evidente que el fuego es el amor del mismo Señor que abriendo su corazón en este Sacramento quiere destruir todo pecado y toda tibieza. Se trata de un fuego que brota de sus entrañas y se nos da en la Eucaristía, como el mismo Ávila afirma en este sermón:

«¿Quién alcanzara que era Dios tan verdaderamente fuego de amor, que descendiese del cielo, y se hiciese hombre por puro amor, y dijese: Fuego vine a traer a la tierra; ¡cuánto deseo tengo de que se encienda! Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo vivo en estrechura hasta que sea cumplido! (cf. Lc 12,49-50). Fuego de amor es el Señor, y decendiendo Él acá, y trabajando por nosotros Él en su vida, y muriendo por nosotros en la cruz, fue encendido con fuego de grave tribulación y con entrañable amor que de dentro más le abrasaba; y muerto de amor por nosotros, dásenos en manjar para que, encendidos con tal amor, vivamos por Él»²⁴⁶.

²⁴⁴ *Sermón 41*, n 35, OC III, 557.

²⁴⁵ *Sermón 16*, n 7, OC III, 221.

²⁴⁶ *Sermón 51*, n 34, OC III, 668.

Este fuego de amor consume nuestro pecado, pero además busca encendernos a nosotros en su mismo amor. En consonancia con la conciencia de Ávila acerca de la Pasión del Señor²⁴⁷, no podemos comprender que la razón de la Eucaristía sea exclusivamente erradicar el pecado. El Señor busca hacernos semejantes a Él haciéndonos partícipes de su mismo fuego de amor. En el Santo Maestro la idea del alimento (manjar), convive con la imagen de fuego (amor). Así presenta a la Eucaristía como alimento de la caridad, una caridad que vence al pecado.

Con suavidad y misericordia arranca la escoria del corazón humano y hecho manjar con el calor de su amor muda y transforma la vida del hombre:

«¡Oh efficacísimo fuego de Jesucristo nuestro Señor, ¡cuánta es tu suavidad! ¡Cuánta nuestra honra y provecho el día y hora que ordenaste esta misericordia incomprehensible, de entrar tú en nosotros hecho nuestro manjar y, con el gran calor de tu amor, mudarnos y mudarnos hasta que, quitada nuestra escoria, nos hace semejables, amándote en semejanza de cómo nos amas y llevando el fuego de aqueste divinísimo Sacramento, que es el más excelente de todos!»²⁴⁸.

Destaca en la espiritualidad avilista esa unión entre la firmeza de Dios contra el pecado y blandura de amor con el pecador. Es muy frecuente encontrar en San Juan de Ávila las dos características de Dios unidas en un mismo sermón. Si presenta el fuego como el que consume el pecado en el hombre, también es presentado como el que viene a consolar y no a afligir:

«¿Queréis saber cómo? Es fuego el Señor que allí está; fuego que consuela y no aflige; fuego que quien está en Él no desea salir de Él, como los que están en las otras maneras de fuego, como ya hemos dicho. Oíd qué dice San Agustín hablando con este Señor: “¡Oh fuego Santo, cuan dulcemente ardes, cuan suavemente quemas! ¡Pluguiese a ti que todo yo ardiese en ti!”. Y si es fuego, y tan maravilloso y poderoso, no os maravilléis que eche centellas de sí, y pegue calor a los que se acercan a Él, según lo experimentan los que con pureza de ánima llegan a este Señor; algunos de los cuales, en entrando en la iglesia, sienten su corazón encendido con calor que sale de aquel Señor, y otros se sienten del todo mudados cuando están en el altar esperando a lo recibir, y experimentan, que así como el profeta David, hablando con Dios del grande rigor que enseñará a los malos en el día del juicio, dice: Ponerlos has como horno de fuego en el día de la manifestación de tu faz; el Señor en su ira los conturbará, y el fuego los tragará (cf. Sal 20,10); así en este Santo día y en esta dichosa hora, cuando uno [está] en la presencia de este divinísimo Sacramento esperando de lo recibir, saltan en él centellas que del Señor salen, que lo encienden en fuego de amor divinal, y lo muda el Señor, no con ira, sino con blandura, y lo traga el fuego de su amor. No es maravilla que, pues Dios tiene ira para conturbar y quemar a sus enemigos, que tenga bondad y dulcedumbre de amor para en presencia de su gesto derretir y suavemente quemar a sus hijos»²⁴⁹.

El Santo destaca cómo quien puede venir a quemar a sus enemigos viene sin embargo con bondad para derretir suavemente por el amor. Cristo Eucaristía, abriendo su corazón al mundo lleno del fuego del amor divino, viene a conquistar los corazones de todos

²⁴⁷ Ver el apartado dedicado a la experiencia mística de la pasión de Cristo en san Juan de Ávila donde se afirma: “Por esto la pasión para el santo maestro Ávila tiene tanta carga redentora y santificadora. Se trata de la máxima expresión de amor, pero no movida por el pecado, sino que ya se encontraba en el corazón de la Trinidad, en el mismo Corazón del Padre”.

²⁴⁸ *Sermón 51*, n 39, OC III, 670.

²⁴⁹ *Sermón 51*, n 36, OC III, 668-669.

aquellos que se acerquen a Él. Y quien se acerca a este corazón de fuego ya no desea salir de Él.

Encontramos una clara influencia agustiniana en este sermón avilista que además queda también patente en alguna de sus cartas. San Agustín presenta, como lo hará Ávila, al amor como un fuego que arde y nunca se consume. La cita encontrada en las *Confesiones*, de San Agustín dice así: «¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingués! Caridad, Dios mío, enciéndeme. ¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras»²⁵⁰.

Y además de lo citado en el sermón anterior en la *Carta 64* vuelve a aparecer esta cita de San Agustín:

«¡Oh fuego, Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuan suavemente ardes! ¡Y cuan sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh si todos y del todo ardiésemos por ti! Entonces dirían todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejante a ti? (Sal 34,10). Porque del fuego del amor tuyo nacería conocimiento de ti»²⁵¹.

San Juan de Ávila incorpora en su memoria espiritual todas las enseñanzas y conocimientos de los santos y maestros del espíritu y de una forma natural las expresa en sermones y cartas:

«Él leía para adquirir la sabiduría del espíritu, no mera erudición que luego pudiera exhibir. Aprendía de los maestros espirituales, haciéndose discípulo interiormente, convirtiendo el conocimiento en sabiduría espiritual, en experiencia propia, en convicción tan personal y profunda que podía transmitirla como verdaderamente suya, porque en verdad lo era»²⁵².

Finalmente subrayamos el efecto de la comunión en nosotros en relación a este fuego de amor, tal y como lo presenta San Juan de Ávila. Cuando recibimos al Corazón de Jesucristo Sacramentado en nuestro pecho somos nosotros los que nos convertimos en centellas de fuego que desean hacer arder al mundo con este amor. Es más, nos mueve a amar más a Cristo con este mismo fuego. El Santo doctor lo expresa así:

«Y de este fuego de amor y de gozo que en nuestros pechos tenemos, salen centellas y regocijos de fuera, con que hacemos fiesta cuan solemne podemos, para que el Señor reciba gloria y servicio, y los ángeles alegría, y los fieles sean confortados en la fe y devoción de este divino Sacramento»²⁵³.

Esta misma experiencia mística la encontramos en otros místicos como Santa Ángela de Foligno tal y como hemos citado anteriormente²⁵⁴.

²⁵⁰ San Agustín, *Obras completas, II* (Madrid: BAC 1946), 753.

²⁵¹ *Carta 64*, OC IV, 286-287.

²⁵² Fernández Cordero, “Jesucristo, fuente de nuestro sacerdocio”, 2.

²⁵³ *Sermón 35*, n 15, OC III, 433.

²⁵⁴ «Un día que yo contemplaba un crucifijo, fui de repente penetrada de un amor tan ardiente hacia el Corazón de Jesús, que lo sentía en todos mis miembros. Produjo en mí ese sentimiento delicioso el ver que el Salvador abrazaba mi alma con sus dos brazos desclavados de la cruz. Parecióme también en la dulzura indecible de aquel abrazo divino que mi alma entraba en el Corazón de Jesús», Cit en: Nuria Martínez-Gayol, “Prehistoria de la espiritualidad reparadora”, 149.

La experiencia de recibir del Señor ese fuego de amor que brota de su Corazón Eucarístico es al mismo tiempo lo que enciende y llena el corazón humano de este mismo fuego, de este mismo amor. San Juan de Ávila con sus palabras y su vida era ciertamente fuego que encendía a todos del amor del Señor, pues su predicación consistía en “que todos sepan que Dios es amor”²⁵⁵.

3.3 “Medicina”

«La enfermedad tienes dentro de ti, y no una sola, más muchas; y acaecerte ha, como dice San Cipriano, que, si vences la ira, se levanta la soberbia, y si vences la soberbia, se levanta la deshonestidad, etc. Y quien quiere no ser vencido de algún enemigo de éstos, razón es que vele; y el enfermo que quiere sanar, debe curarse y sufrir los trabajos de la cura y no salir de ella hasta que sane. Y acuérdate bien que muchas veces, enojado el Señor con la tibieza y viendo en cuan poco le estima el que la tiene, alza su mano de él, y como en el Apocalipsis lo ha amenazado (cf. Ap 3,16), así lo cumple, vomitando de sí y dejándolo caer en algún pecado mortal, para que el tal hombre tibio, siendo herido con golpe tan recio, despierte del sueño tan peligroso en que estaba y entienda lo que no entendía, y cuan mal caminaba, pues dio tan miserable caída»²⁵⁶.

Otros de los aspectos que San Juan de Ávila subraya del Corazón Eucarístico de Jesucristo es su capacidad de curar, de sanar. Entiende el Santo Maestro a la Eucaristía como medicina que sana al hombre de la verdadera enfermedad que es el pecado.

Debemos partir de la base de que para los padres es equiparable la salud del hombre con el estado de perfección ya que está destinado por naturaleza a ser deificado²⁵⁷, o en palabras más avilistas deiforme²⁵⁸. Por tanto, si el fin del hombre es éste, aquello que destruya o incapacite este fin es una enfermedad, es un mal que hace perder la salud del espíritu. Y esta enfermedad se le conoce como pecado.

El mal, el pecado no es otra cosa que dejar de dirigir hacia su fin unas facultades presentes en la naturaleza. Es un movimiento no racional de las facultades naturales y privan al hombre del Ser y del Bien. El hombre al apartarse de Dios por el pecado, al mismo tiempo se separa de sí mismo²⁵⁹.

San Juan de Ávila entiende que la misión del predicador, del sacerdote, es poner remedio a tantos males, sanar la enfermedad del pecado, hacer presente al verdadero médico que es nuestro Señor. Así lo aconseja él mismo en la dirección espiritual a un señor de título que se encontraba enfermo y el Santo le hace orientar la mirada al verdadero médico para que cuide la salud que realmente importa:

«Tengo a nuestro Señor por padre muy verdadero y por médico muy cuidadoso para el bien de vuestra señoría; y miro estas cosas como particulares remedios que de su providencia vienen, para que la soltura del corazón de vuestra señoría se restrinja debajo la santa Ley y entienda más en aparejarse para morir que no en vivir largos días o vanos días»²⁶⁰.

²⁵⁵ *Sermón 50*, n 1, OC III, 643.

²⁵⁶ *Sermón 54*, n 9, OC III, 703.

²⁵⁷ Jean Claude Larchet, *Terapéutica de las enfermedades espirituales* (Salamanca: Sígueme, 2016), 15.

²⁵⁸ Cf. *Sermón 45*, n 5, OC III, 594. Hemos usado este término avilista extraído de este sermón cuando hemos desarrollado la idea del fuego de amor.

²⁵⁹ Larchet, 38.

²⁶⁰ *Carta 16*, OC IV, 107.

Presenta al Señor como el verdadero médico y aunque a quien le escribe es un enfermo del cuerpo, San Juan de Ávila pone la preocupación en la salud del alma. Y así destaca que el gran mal es no tener el corazón bajo la ley de Dios, es decir vivir en el pecado. El médico que puede curar este mal es Jesucristo. Tal como lo ha expresado en esta carta lo encontramos también desarrollado en los sermones Eucarísticos donde médico y medicina son el mismo:

«¡Oh cuidadosísimo Padre, oh amorosísima Madre, oh dulcísimo Médico!, ¡cuán atado te tiene nuestro amor con nosotros! ¡Cuán cercano te has hecho, para que en doliéndome el alma, para que, en mordiéndome el lobo, si yo a ti, Señor, me quejare, estés tan cercano, que luego me oyas, y cuando yo duermo, tú me estés velando siempre despierto, que ni duermes ni te viene sueño (cf. Sal 120,6; Cant 5,2), guarda vigilante de los que se encomiendan a ti! Y es de mirar que, ya que Dios nos hizo esta merced, de que la persona divina de Jesucristo nuestro Señor descendiere del cielo a estar con nosotros por real presencia en este Sacramento divino, dícesenos por tales palabras, que no sólo nos dan a entender la verdad de su presencia, más la alteza del provecho que de ello nos viene. Éste es el Pan que del cielo descendió, dice el Señor (Jn 6,50). Si es Pan del cielo, mantenimiento es de los que están en el cielo; y si tenemos acá el mantenimiento del cielo, tenemos acá la vida del cielo»²⁶¹.

Cristo se ha querido quedar cercano a los hombres, atado por amor a nosotros en este Sacramento. Él es médico y medicina que viene a darnos salud. El misterio de Cristo nos trae la Redención, pues son sus heridas fundamentalmente la de su costado, las que nos han curado. Participando del Sacramento de la Eucaristía experimentamos como sus heridas nos sanan. Y por la comunión gustamos la miel que Él nos ha alcanzado en su Pasión:

«El abatimiento suyo fue en su sagrada Pasión; el levantamiento nuestro, en la sagrada comunión. De aquella hiel que Él gustó viene esta dulcísima miel que nosotros gustamos cuando comulgamos; y su hambre de allí nos harta aquí; sus heridas nos sanan; desnudo estuvo, y aquí nos viste; sed hubo, y aquí nos embriaga; y de aquella piedra, más dura para recibir bofetadas y golpes por nuestro amor que un diamante, nos harta el Señor con esta dulcísima miel, que hace dulces y enternece nuestros corazones, por duros que estén»²⁶².

San Juan de Ávila une las llagas de Cristo y la Eucaristía cuando usa el término medicina. Es frecuente en su doctrina encontrar esta identificación tan profunda. En su tratado *Audi filia* podemos apreciar este misterio precisamente a la hora de hablar del conocimiento de Jesucristo:

«Y es cosa delante de Dios agradable que, orando, nos pongamos en el postrer lugar que es el conocimiento de nuestras llagas, o en el lugar de nuestra medicina, que son las llagas de Cristo. Y no debemos temer de ser bajos por ponernos en esta bajeza, porque cuando Dios es servido bien sabe levantar de estos lugares al pobre a la alteza de los gozos de su divinidad»²⁶³.

²⁶¹ *Sermón 55*, n 33, OC III, 730.

²⁶² *Sermón 53*, n 22, OC III, 695.

²⁶³ *Audi filia I*, cp II, n 59, 467.

Para San Juan de Ávila la principal llaga es precisamente la del costado de Cristo y así lo expresa en una de sus cartas anteriormente citadas²⁶⁴. Nuestras llagas son curadas por sus mismas llagas. Nuestro corazón, nuestro afecto, es sanado por su costado traspasado, por su amor. Es la Eucaristía el lugar donde es sanado el hombre. Por la contemplación, celebración y participación de este misterio puede el hombre alcanzar el más alto grado de perfección al que está llamado por naturaleza. En la Eucaristía somos deificados, “deformados”, hechos conformes a Cristo por su amor.

Pero existe un peligro del que también advierte San Juan de Ávila y sobre el que él dedicó varios sermones, fundamentalmente los predicados para la fiesta del Corpus Christi. Se trata de convertir la medicina de la Eucaristía en causa de enfermedad. Es el Santo Maestro muy duro cuando denuncia los abusos que se comenten en torno a esta fiesta y a su procesión. Celebrar la Eucaristía indignamente, o participar de estas fiestas con una disposición torcida puede ser motivo de condenación. El alma se ennegrece aún estando rodeado de la blancura de la Eucaristía. Y de donde sólo brota bondad puede producirse maldad. Así lo expresa el Santo doctor en el *Sermón 36*:

«¡Oh lamentable desdicha, que enfermes con la medicina, que te ennegrezcas con la blancura y que llegue tu maldad a tanto, que, de fiesta tan santa, de la compañía de Dios, de la bondad que usa yendo en la procesión con nosotros, tú no te aproveches más de tanta bondad, más que saques maldad! Cristianos, cristianos, no es esta santísima fiesta para hacer ofensas a Dios, sino para deshacer las hechas y dar al Señor un día bueno, celebrando con tanta santificación, que le dé a Él entero contento y placer. No solape nadie, no, hacer fiesta mañana a sí mismo y a su vanidad, debajo de título de fiesta del Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor»²⁶⁵.

Claramente encontramos en este número del sermón avilista una fuerte influencia paulina. Sabemos de cómo San Juan de Ávila era considerado fiel discípulo de San Pablo²⁶⁶.

Ávila sigue su doctrina en relación al modo de recibir la Eucaristía. San Pablo en su primera carta a los Corintios lo expresa así:

«Así pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese pues el hombre así mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación»²⁶⁷

Con seguridad detrás de las palabras del Santo Maestro se encuentran las anteriormente citadas de San Pablo. Expresan la seriedad con la que tanto San Pablo como San Juan de Ávila tratan a la Eucaristía. Una vida indigna que no busca salir del pecado ofende al Corazón de Cristo Eucaristía. Y si se acerca a Él sin la debida disposición la medicina se convierte en enfermedad. Principalmente denuncia el Santo la vanidad. Afirma en el *Sermón 36* citado anteriormente, que la vanidad busca no celebrar al Señor en este día

²⁶⁴ Cf *Carta 74*, OC IV, 320.

²⁶⁵ *Sermón 36*, n 12, OC III, 452.

²⁶⁶ San Pablo VI en las letras apostólicas que proclama con ocasión de la canonización del entonces Beato Juan de Ávila lo expresa así: «Es grato ahora meditar brevemente sobre el valor y las obras de este hombre. Y lo primero, Juan, a semejanza de Pablo con quien le unía admirablemente su estirpe, temperamento y habilidad, fue con toda verdad un apóstol, o como dice la historia, «una clara imagen de la predicación evangélica» y al mismo tiempo «una copia fiel del santo apóstol».

²⁶⁷ 1 Co 11,27-29.

sino aprovechar la fiesta para el beneficio propio. Es tal vez la falta o pecado que más denuncia y ataca el Santo Maestro. Pero al mismo tiempo quiere resaltar que el Corazón vivo de Jesucristo en la Eucaristía es medicina que busca sanar y restablecer la naturaleza humana que encuentra su plenitud en la santificación, en la deificación.

De una forma tan hermosa y sublime, pero al mismo tiempo sencilla San Juan de Ávila en el *Sermón 55*, presenta como Jesús en la Eucaristía se ha hecho compañero del hombre y donde está Él, está el mismo cielo. Llega a afirmar que tenemos dos paraísos: el cielo y la Eucaristía, porque en ella está el mismo Señor. Y está como madre o médico que acompaña al hijo enfermo. Él es el médico, Él es la medicina y ha venido y se ha quedado para remedio de nuestros males:

«Muchas pruebas ha dado de aquesto, en testimonio que lo mismo hará con todos nosotros si nos aparejamos para lo recibir. ¡Oh nuevas dichosas! Éste es el Pan que decendió del cielo. Si el Señor está en la tierra, la tierra tornarse ha cielo; pues decendió a ella lo que daba valor al cielo y le hacía ser cielo. Si Dios dejase el cielo y se fuese al infierno, allí estaría el paraíso, como estuvo en el limbo, y allí nos iríamos sin hacer caso del cielo. ¡Dichosa nuestra tierra, que cobra nombre de cielo! Y también se queda el cielo dichoso; porque, aunque este Pan divinal decendió acá, quédase allá; y estando acá el Hijo de la Virgen, está allá (cf. Jn 3,13) Dos paraísos tenemos en este de acá moramos según el cuerpo, y en el del cielo según el pensamiento y deseo. Mas para que no os canséis, ni os duela mucho la cabeza de subir hasta las alturas del cielo a pensar en Jesucristo nuestro Señor, tenémosle acá presente, para que podamos pensar en El, pedirle socorro, enderezar nuestras oraciones a Él, cuando quisiéremos acá y cuando quisiéremos allá. Junto quiso estar el Señor con nosotros, para que en diciendo que digamos: ¡Ay!, esté cerca para nos oír y nos remediar, como médico o madre que, estando el hijo enfermo, no se aparta de la cama, y si es menester dormir allí cerca, duerme»²⁶⁸.

3.4 “Escuela”

Dentro del conjunto de los sermones dedicados al Santísimo Sacramento, el Maestro Ávila no usa el término “escuela”, como si hace en otros sermones, pero sí desarrolla ampliamente su contenido. Entiende que el Corazón de Cristo en la Eucaristía viene a enseñar, viene a introducirnos en la dinámica del amor. San Juan de Ávila hace que nuestras miradas se dirijan al corazón de Cristo para que aprendamos a vivir:

«¡Oh qué prudente serás si esto entendieres y de ello te supieres aprovechar! Ten, hermano, a Jesucristo por tuyo; usa de Él como de cosa tuya; y para tus penas y para tus gozos, y para alcanzar perdón, y para hacer buenas obras, ninguna necesidad ternas que Él no sea bastante para la remediar. Usa de Él como de Maestro para aprender cómo has de vivir; tenle por tu verdadero Rey y Señor, y obedécele como a tal; séle agradable como a tu Redemptor; arrímate a Él como a tu verdadero amparo; mírale como a dechado para le imitar; tenle por tu abogado delante del Padre, y para lo que pretendes, piensa que tienes remedio en El»²⁶⁹.

Comprende el Santo doctor que sólo podemos aprender la virtud, el arte de vivir en el amor si estamos en la escuela del Corazón Eucarístico de Jesucristo. Es en la Eucaristía donde lo humano y lo divino se unen. Es en este convite y no lejos de él, donde aprendemos a vivir la vida de Cristo en nosotros. Es en el banquete pascual donde el cristiano puede aprender de la grandeza del poder de Dios, de su sabiduría, de sus entrañas

²⁶⁸ *Sermón 55*, n 32, OC III, 729-730.

²⁶⁹ *Sermón 36*, n 102, OC III, 487-488.

llenas de amor. Es en este Sacramento donde participamos de los sentimientos de Jesucristo. Es para nosotros escuela de amor y de unión, es escuela de santidad y de gracia:

«Si al convite que hizo el rey Asuero a los principales de su reino, y después a chicos y grandes, y gozaron de ver su grandeza, y fueron hartos con la excelencia y variedad de tantos manjares, ¿por qué no vais al convite que hizo Dios para enseñar la grandeza de su poderío, la alteza de su sabiduría, las entrañas de su inefable bondad? ¿Y no queréis ir a ver tantas excelencias y gozar del Pan que descendió del cielo, habiéndoodlo dicho Dios; pues que habiendo dicho los ángeles a los pastores que les diesen albricias y se gozasen, que era nacido el Salvador, y que en tal parte y con tales señales lo hallarían, dijeron con entera fe y devoción entrañable: Pasemos hasta Betlem y veamos esta cosa que nos ha sido dicha; y fueron apriesa, y hallaron el niño envuelto en pañales y reclinado en pesebre? Y fueron tan hartos con aquel convite, que se tornaron glorificando a Dios por tantas maravillas como habían visto; las cuales no las guardaban por sí solos, mas publicábanlas con su santa simplicidad a los otros, para que fuesen a ver lo que ellos habían visto y viniesen con las espirituales riquezas con que ellos habían venido»²⁷⁰.

San Juan de Ávila pone como ejemplo de contemplación Belén, la casa del pan. En Belén de una forma tan sencilla encuentran a un niño envuelto en pañales y los que lo contemplan fueron tan hartos con aquel convite que quisieron compartirlo, anunciar las riquezas que les habían sido mostradas. Es precisamente en un sermón Eucarístico donde San Juan de Ávila usa este ejemplo. Belén, la Eucaristía, es el lugar sencillo a los ojos del hombre, pero lleno de las riquezas del amor divino. El que con simplicidad se acerca, lo contempla y lo recibe Sacramentado comienza a gozar y participar de esa grandeza, sabiduría y bondad de Dios que además desea enseñar a otros. En la escuela de la Eucaristía ha comenzado a transformarse la vida del hombre. El hombre que sufre, que se encuentra desconsolado o afligido, que lleva cargas pesadas y está sediento de amor, es llamado por el Corazón Eucarístico de Cristo a descansar todo en Él, para aprenderlo todo de Él y con Él. Así lo expresa el Santo Maestro preciosamente en el *Sermón 50*:

«¡Aquí, aquí, hombres, los que andáis desconsolados, afligidos en vuestras conciencias, aheleados con diversas causas de amarguras, cuales vosotros sabéis: aquí hallaréis miel, azúcar y toda blandura, que venza con su dulcedumbre a la amargura que traéis, ¡cualquiera que sea! Dejad vuestras malas cargas de pecados, que os abajan hasta el infierno; dejad vuestros superfluos y demasiados cuidados llenos de congoja, para que vuestra ánima pueda correr los caminos de Dios. Y si no sabéis dónde echar cargas tan pesadas ni conocéis quien os tenga tanto amor que os quiera descargar de ellas, anuncióos, no con engaño, sino con verdad, y verdad de Dios, que está allí un Señor de hombros tan fuertes, que podrá llevar sobre sí el peso de vuestros pecados, y ya lo ha llevado; que es de tanta sabiduría, que de los negocios que vosotros cuidáis, y no acertáis, y que más os enlazan mientras más pensáis libertaros, Él los tomará a su cargo, lo solicitará y dará mejor suceso que vosotros podéis pensar ni aun desear. Y sabed que este Señor tan fuerte en sus hombros, de tan sabia cabeza, es tan amoroso y tierno en el corazón, que iguala la liberalidad con la riqueza y el amor con el poder y saber según de Él está escrito: Según la grandeza de Él, así es su misericordia (Eclo 2,2)»²⁷¹.

Es significativo como San Juan de Ávila subraya la sabia cabeza y el tierno Corazón de Cristo. Lo hace así porque quiere destacar como la misericordia y el ser de Dios, que es el amor, sólo se puede aprender por el contacto, por la experiencia, por la relación con Él. Se da un conocimiento de Dios por medio del amor. Y así por la comunión, podemos

²⁷⁰ *Sermón 55*, n 17, OC III, 722.

²⁷¹ *Sermón 50*, n 19, OC III, 650.

poseerle y Él nos posee y podremos confesar su sabiduría, bondad, hermosura, perdón y como Él mismo es nuestro sustento:

«Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo a ti, seamos poseídos de ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a ti se convierten, sustentador de los que a ti se llegan, glorificador de los que te sirven y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de ti sólo eres del todo conocido. A ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén (cf. Gal 1,5; Rom 16,27; 1 Tim 1,17)»²⁷².

Para el Maestro Ávila, todo consiste en aprender de Jesucristo. No se busca la virtud por la virtud. Sino que para ser buenos es necesario acudir a la fuente de la bondad. Lo que el Santo muestra es que el cristiano debe buscar a Cristo y no cumplir una serie de normas y propósitos sin más.

En el *Sermón 50*, invita a aprender de Jesucristo Eucaristía. Toda la vida de Cristo es una enseñanza, y toda esta vida está en la Eucaristía presente ya que ella es para Ávila, un retablo de las maravillas del Señor²⁷³. Por eso su invitación constante a mirarle a Él y experimentar su llamada a aprender de su Corazón. Se trata de una larga cita de este sermón, pero que muestra el recorrido que el Santo hace de la vida de Cristo conectando de nuevo amor, Pasión, Corazón, Eucaristía como de un único misterio que se tratara. Pues es evidente que para el Maestro Ávila no hay división entre una realidad y otra, sino una profundidad unidad.

«Aprendan de Él los hijos que quieren bien comulgar, a obedecer a sus padres; las mujeres a sus maridos, los súbditos a los señores, los legos a los sacerdotes, para que, recibiendo los obedientes al obediente, reciban corona de su mano, como Él la recibió de su Padre. No sea nadie porfiado, no pertinaz ni pesado en su parecer, no amigo de su voluntad, pues ven a este Señor no tener movimiento propio, sino dejarse llevar sin elegir esto o aquello. Aprendan los grandes a no extender sus grandezas, ni piensen que mientras más libremente hicieren lo que quieren, tanto más grandes son. No es poder usar mal del poder, más usar de él según razón y derecho; pues ven este Señor, grande sobre todos los grandes, no usar de su grandeza, más renunciar lo que le era lícito, y ponerse en aquel altar el que, según su valor, es más grande que todos los ángeles, y según el cuerpo, tiene estatura grande de hombre bien proporcionado, y está allí tan abreviado que no excede a dos o tres dedos, y hecho manjar que lo pueda comer, como lo canta la Iglesia, el pobre, y el siervo, y el bajo. En la cruz se extendió todo su cuerpo cuán grande él era; y aun los sayones, con estirar de sus brazos, le extendieron en más cantidad que Él tenía; y Aquel extendido en la cruz sobre sí, se abrevia aquí en menor cantidad que la suya, para darnos a entender que, si grandes queremos ser, lo seamos en la virtud, lo seamos en el padecer por ella y por el bien de los prójimos; como dice San Pablo que fue atribulado sobre sus fuerzas, porque le dieron más trabajos de los que parece podía llevar. En estas cosas es bien extenderse y hacer hasta más no poder; más en el tiempo de la honra y en el uso de la prosperidad y del mando y poder, deben los hombres abrazarse con la humildad y tenerla por inseparable compañera de la alteza y prosperidad, si no quieren verse derribados tan bajos y con gran deshonra, cuanto primero estaban subido y lozanos con la vanidad. Miren que el gran Dios se hizo hombre pequeño cuando encarnó: mírenlo hecho aquí más

²⁷² Carta 64, OC IV, 287.

²⁷³ Cf. Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 741.

pequeño delante de nuestros ojos, y tengan por abominable atrevimiento y digno de recio castigo que se ensalce el gusano, viendo humillado al Rey de la majestad»²⁷⁴.

Con estas palabras San Juan de Ávila expresa como la lógica que le mueve y él desea que le mueva también a quienes le escuchan, es la lógica del Evangelio, la lógica del amor de Cristo. Una lógica distinta a la del mundo. Es por eso que el tema de la honra-deshonra frecuente en aquella época, como también en ésta, es tratado por él en muchos de sus escritos.

La preocupación por la honra, por lo que piensen los demás, por la estima de los otros es denunciada por San Juan de Ávila presentando que la verdadera honra del cristiano es correr la misma suerte que Jesucristo. Lo que el mundo considera una deshonra, es una honra para los que aman y desean imitar a Cristo. Así por ejemplo lo hemos visto expresado en este sermón, pero también en otros muchos de sus escritos. Es un tema recurrente en él. De una forma explícita lo encontramos en la *Carta 58* dirigida a sus discípulos:

«¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores, y cuan honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuan alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuan blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiél que los trabajos aquí pueden dar»²⁷⁵.

En la escuela de su divino amor comprendemos cuanto ha hecho Él por nosotros. Y como el “*discípulo no puede ser más que su Maestro*” (Lc 6, 40), mi vida debe corresponder con amor a tanto amor. Es desear recorrer su senda, la que Él nos ha mostrado, vivir de su enseñanza, la que Él nos ha dejado en la cruz. Por ello el Santo doctor en esta misma carta afirma:

«Ésta es la senda por donde fue Cristo y todos los suyos, que Él llama estrecha; empero lleva a la vida (Mt 7,14); y nos dejó esta enseñanza, que si queríamos ir donde está El, que fuésemos por el camino por donde fue Él; porque no es razón que, yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por caminos de honras, pues que no es mayor el discípulo que el Maestro, ni el esclavo que el señor (Lc 6,40; Jn 13,16; 15,20). Ni plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descansa, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas»²⁷⁶.

Esta es la mayor de las enseñanzas que podemos aprender en la Eucaristía, donde además recibimos la fuerza, la gracia para poderla vivir en amor. Es por eso que San Juan de Ávila entiende que no hay nada más que enseñar para la vivir la vida cristiana que la misma vida de Cristo, pues ésta es la mayor manifestación del amor de Dios al mundo. Vida que encontramos en la Eucaristía, y entrando en sus entrañas de amor somos acogidos y transformados por ella y en ella.

²⁷⁴ *Sermón 50*, n 27, OC III, 653.

²⁷⁵ *Carta 58*, OC IV, 268.

²⁷⁶ *Ibid*, 268-269.

En el *Sermón 53* predicado en el contexto de la fiesta del Corpus Christi, Ávila subraya como no hay más amor que enseñar a los hombres que la vida de Cristo para comprender cuanto ha hecho Dios por cada uno de nosotros entregándonos a su Hijo. Una entrega que se hace alimento en el Sacramento de la Eucaristía:

«Y esta honra del género humano, de tener Redemptor que sea uno de ellos, resultó en confusión de la soberbia del demonio, pues que uno del linaje del vencido por él, y más bajo en naturaleza que él, lo venza y destruya, y le saque la presa de entre sus manos. Grande gloria fue ésta de Dios, y muy ilustre parece su perfección y bondad, pues amó tanto al mundo, que le diese su unigénito Hijo (Jn 3,16) para remedio de él, y que lo entregase a muerte para que los pecadores fuesen justificados, y los enemigos reconciliados, y los que estaban desheredados del cielo recobrasen la herencia perdida. ¿Quién dirá que estos beneficios pueden crecer, ni que hay más amor que enseñar a los hombres, ni que hay más que pedir ni desear?»²⁷⁷

Cristo Maestro, en la escuela de su Corazón Eucarístico, nos hace penetrar en el conocimiento de su amor. Y se trata de un amor que transforma. La enseñanza de Cristo no es por tanto doctrina vacía, es vida. Él mismo es la enseñanza, Él mismo es la escuela. Estas imágenes usadas por Ávila en sus sermones y que hemos visto al final de este capítulo, nos introducen en la siguiente reflexión en la que nos queremos introducir. Se trata de descubrir como San Juan de Ávila entiende que, por la Eucaristía celebrada, adorada y recibida, el corazón del hombre es transformado en el mismo Corazón de Jesucristo.

²⁷⁷ *Sermón 53*, n 26, OC III, 696-697.

CAPÍTULO III: TRANSFORMACIÓN DEL CORAZÓN DEL HOMBRE SEGÚN EL CORAZÓN DE CRISTO POR LA EUCARISTÍA

Después de toda la reflexión realizada en torno a cómo San Juan de Ávila entiende la unidad existente entre Corazón de Cristo y Eucaristía, nuestra reflexión se centra ahora en cómo el corazón del hombre está llamado a ser transformado en el Corazón de Cristo por su participación en la Eucaristía.

Por el pecado original, el hombre ya se desvía de su propia naturaleza, es decir se desvía de Dios, no tiende hacia él. Por eso por lo que todas sus facultades y potencias se desordenan y el hombre caído, aunque no pierde la imagen recibida de Dios en el momento de la creación, sí pierde la semejanza. La imagen se da en el hombre sin él, la semejanza se da con él. Y el hombre con el pecado pierde la semejanza que es la bondad y la bienaventuranza²⁷⁸. El hombre así olvida cuál es su verdadera naturaleza y no solo eso, sino además olvida su destino, a qué está llamado y porqué existe. Pierde así su salud original²⁷⁹.

Ciertamente el pecado es la razón de la enfermedad. Es lo que destruye la salud original del hombre creado por Dios. Pero no podemos olvidar que el pecado no tiene la última palabra en el plan creador de Dios. Él ha creado al hombre contemplando a su Hijo y por tanto en su Hijo podemos descubrir la respuesta, la sanación a la enfermedad que provoca en nosotros el pecado. La Palabra que es la “mano creadora de Dios” según expresión de S. Ireneo, se encarna para salvar a Adán sin prescindir de la primera obra hecha a su imagen para realizar la semejanza²⁸⁰. Por tanto, creación y Redención están unidas misteriosamente en la obra salvadora de Dios. Cristo que se ha hecho hombre, sin dejar de ser Dios devuelve a la naturaleza humana la plenitud y la posesión íntegra de su perfección original llevada a la consumación²⁸¹.

²⁷⁸ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 676.

²⁷⁹ Larchet, 21.

²⁸⁰ Miyako Namikawa, *Paciencia para madurar* (Madrid: unión de editoriales universitarias española 2014) 222.

²⁸¹ Larchet, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, 21.

El corazón humano sufre las heridas propias del pecado y busca la medicina para ser sanado. La encuentra en el Sacramento de la Eucaristía²⁸². Por eso es sólo en este Sacramento donde todo el afecto humano puede ser sanado, ordenado, reconstruido. Es en la Eucaristía donde el corazón humano puede hacerse bueno, ilimitadamente bueno, es decir puede ser transformado en el Corazón de Cristo. Por tanto, el misterio del Corazón de Cristo nos lleva a lo más profundo del misterio cristiano, nos lleva a la participación de su mismo corazón: nos va haciendo ilimitadamente buenos superando nuestra carnalidad que se le opone²⁸³.

Así la Eucaristía es fuente de vida para la transformación del mundo, para la transformación de nuestro corazón. Tenemos que descubrirlo y conformarnos con Cristo. Tocar para que nuestra miseria experimente su misericordia. Por eso podemos afirmar que la Eucaristía es el medio más excelente de transformación en Cristo²⁸⁴.

Ese tocar a Jesús es clave para penetrar en el sentido de la transformación interior. Tocarle a Él es al mismo tiempo dejarse tocar por Él. Es recibir su perdón y la salud de sus llagas, es estar enfermo y salir sanado. Así lo entiende el Apóstol de Andalucía y así lo expresa en el *Sermón 37* donde está haciendo referencia a la procesión del Corpus Christi ya que fue predicado en el contexto de esta celebración. Compara ese “salir” de la procesión, con el “salir” de Jesucristo por las calles en su vida terrena donde haría las mismas obras, las mismas curaciones. Invita el Santo Maestro a tocar al Señor con la misma fe:

«¿Sabéis, hermanos qué es tocar al Señor para alcanzar salud de Él? Creerlo con la fe católica, conocer las propias culpas, pesarle de haberlas hecho, proponer la enmienda y la confesión, tener confianza que, por las llagas que padeció Jesucristo nuestro Señor en su cuerpo sagrado, manos y pies —que es lo postrero de su vestidura—, recibirá perdón de sus pecados y salud de sus llagas, y, saliendo a la procesión malo y enfermo, tornará justificado y con salud de su ánima»²⁸⁵.

Este hecho nos hace caer en la cuenta que todo el que se acerque a la Eucaristía de una forma u otra con fe, con humildad reconociendo sus miserias, con propósito de enmienda y confesión y al mismo tiempo lleno de confianza experimenta la sanación interior, la transformación del corazón humano.

Pero es cierto que debemos partir también de la realidad del ser humano. Entrar en sus sentimientos, en su afecto, en su psicología para poder descubrir cómo actúa y opera la gracia teniendo en cuenta toda su situación.

El ser humano se desarrolla y crece movido por el deseo. Su modo de funcionar es “deseante”. Esto quiere decir que el deseo, la afectividad, la voluntad, la inteligencia, la consciencia y la libertad son las facultades y funciones psíquicas básicas del comportamiento de un ser humano, ya sea varón o mujer²⁸⁶.

Ciertamente desde el punto de vista psicológico, la emoción es lo primero que sucede en el ser humano y la podemos entender como una tendencia sentida hacia la acción. El

²⁸² Giraudo, 16.

²⁸³ Bohigues Fernández, 693.

²⁸⁴ *Ibid*, 578.

²⁸⁵ *Sermón 37*, n 44, OC III, 506.

²⁸⁶ Bernardo Olivera, *Conócete a ti mismo* (Burgos: Monte Carmelo, 2012), 127.

sentimiento y el afecto sin embargo constituyen un momento posterior más reflexivo y consciente de la emoción, menos intenso, pero más estable en el tiempo²⁸⁷.

La afectividad es un elemento decisivo de la vida espiritual y debe ser tenida muy en cuenta. El afecto humano herido por el pecado se desordena y ese desorden en la mayoría de los casos es la raíz de nuestros pecados e infidelidades a la gracia. Es en el mundo interior donde se produce esta batalla espiritual que requiere siempre un acompañamiento y un proceso de discernimiento²⁸⁸.

A lo largo de este capítulo iremos penetrando en qué sentido el Santo Maestro Ávila entiende que el Corazón vivo de Cristo Eucaristía puede ir transformando el afecto, el deseo, el corazón del hombre.

Los sentimientos expresan la parte más humana del yo, revelan sus sueños y motivaciones y suelen ser instintivos e inmediatos al mismo tiempo que fugaces y pasajeros. Pero los sentimientos pueden ser evangelizados y ser la expresión de una conversión vital que llega a lo más profundo de la persona, tanto a nivel consciente como inconsciente²⁸⁹.

Todo nuestro ser por tanto está llamado a la comunión con Cristo, con los sentimientos de su Corazón. Y es en la relación con Cristo Eucaristía como se hace posible esa conversión vital, esa transformación del corazón del hombre en el Corazón de Cristo por la Eucaristía. Y es metiéndonos muy dentro a Jesús Eucaristía, ya sea por la comunión sacramental como por la comunión espiritual, como los sentimientos del hombre se convierten en los sentimientos de Cristo. Así lo expresa el Santo Maestro:

«Así, pues, ¿quieres que tu ánima sienta mucha devoción y sentimientos maravillosos de Dios? Mete en tu pecho el Santísimo Sacramento, comulga a menudo, allégate al Santo altar de Jesucristo, y ruégale con mucha devoción: «Señor, en esta tribulación estoy; Señor, en esta fatiga estoy; esta tentación me fatiga; esta deshonra me anda rodeando; Señor, estoy tibio, estoy flojo, estoy frío; Señor, pues vos sois fuego verdadero, encended mi ánima con vuestro amor: abrasad, Señor mío, mis entrañas en caridad». Pídele, que yo salgo por fiador, que si con buena fe se lo pides, que te lo dará. Grandísimas mercedes en gran manera nos hizo en dejarnos acá su santísimo cuerpo»²⁹⁰.

Vamos a profundizar en este misterio de la Eucaristía como transformación del corazón del hombre, no sólo insistiendo en el valor indiscutible de la comunión sacramental que también, sino en todo lo que supone una espiritualidad eucarística tal como lo entiende San Juan de Ávila, que es clave para comprender la transformación del corazón del hombre en el Corazón de Cristo por la Eucaristía.

1- El misterio de la comunión

Dentro del misterio Eucarístico podemos distinguir una triple perspectiva que Santo Tomás de Aquino señala. Por una parte, la perspectiva de la Eucaristía “in fieri” (que es la misa); por otra la Eucaristía “in facto esse” (que es la reserva de la misma en el

²⁸⁷ Giovanni Cucci, *La fuerza que nace de la debilidad* (Santander: Sal Terrae, 2014), 79.

²⁸⁸ Cf. Luis M^a García Domínguez, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual* (Santander-Bilbao: Sal Terrae-Mensajero, 2011), 200-202.

²⁸⁹ Amedeo Cencini, *Los sentimientos del hijo* (Salamanca: Sígueme, 2005), 37.

²⁹⁰ *Sermón 38*, n 24, OC III, 521.

sagrario); y por último la Eucaristía “in usu” (que se trata de la comunión y sus efectos)²⁹¹. En este apartado vamos a destacar la Eucaristía “in usu”, la comunión eucarística y sus efectos.

Evidentemente la comunión ocupa un papel muy importante dentro de la transformación del corazón del hombre, pero no podemos entenderla de forma aislada. La comunión debe darse en un contexto de vivencia del misterio Eucarístico, en una profundización de la espiritualidad eucarística. Solo así es posible que se opere en nosotros la transformación por obra de la gracia. Por tanto, no podemos desgajar la comunión de toda la espiritualidad eucarística ni por supuesto del misterio de la Pasión. Entramos en lo más íntimo del Corazón de Cristo para así conocer sus sentimientos y aprender y recibir de él su modo de proceder, pidiendo ese “sensus Christi”²⁹² y lo hacemos viviendo eucarísticamente, lo hacemos por la comunión.

En este apartado primero trataremos sobre la comunión eucarística, ya sea sacramental o espiritual y sus efectos en el proceso de transformación del corazón humano. La comunión eucarística expresa la comunión entre Dios y los hombres en un sentido de unión matrimonial de amor. Jesucristo es la comunicación entre Dios y los hombres, en Cristo Dios existe para los hombres. En Cristo también los hombres existen para Dios y por la comunión eucarística recibimos la comunión con Dios en el amor²⁹³.

Debemos destacar que el Santo Maestro presenta su doctrina en plena consonancia con la doctrina del concilio de Trento²⁹⁴ donde se subraya como nos hacemos beneficiarios del sacrificio de la misa, representación y memorial del sacrificio cruento de Cristo. Y la participación más perfecta en el sacrificio de Cristo es precisamente la comunión²⁹⁵.

San Juan de Ávila presenta en *La Meditación del beneficio que nos hizo el Señor en el Sacramento de la Eucaristía* gran parte de su doctrina acerca de los efectos de este Sacramento y en concreto de la comunión. El Santo Maestro expresa en este tratadito como el hombre es transformado por la participación en la Eucaristía, pues se hace semejante al mismo Dios:

«Innumerables son sus efectos y virtudes; más la primera y más principal es hacerse semejante el hombre a Dios en la pureza de la vida, y después en la bienaventuranza de la gloria, que es hacer al hombre divino, deificada su ánima y haciéndola participante de las costumbres y naturaleza de Dios. Y, porque ésta es una tan gran cosa que parece increíble, oye cómo así lo dice el mismo Dios: *El que come, dice Él, mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él* (Jn 6,57). Añade luego estas palabras en sentencia, y dice: «Pues así como mi Padre está en mí, y, por estar El en mí, la vida que yo vivo es en todo semejante a la de mi Padre, que es vida de Dios, así aquel en quien yo estuviere por medio de este Sacramento, la vida suya será semejante a la mía, y así no vivirá ya como hombre, sino como Dios, como vivía mi Apóstol: Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí» (Gal 2,20). Esta sentencia y esta comparación es de Cristo²⁹⁶.

²⁹¹ Juan José Gallego Salvadores, “Reflexionando sobre el corazón de Jesús simbolizado y realizado en la eucaristía”, en *Enciclopedia Temática del Corazón de Cristo*, 952.

²⁹² David Mollá Llácer, *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio* (Bilbao-Santander: Mensajero-Sal terrae, 2015), 227-228.

²⁹³ Gerhard L. Müller, *La misa, fuente de vida cristiana* (Madrid: Ediciones cristiandad, 2004), 72-73.

²⁹⁴ DH 1743.

²⁹⁵ Pizarro Jiménez, “El sacramento de la Eucaristía en el Maestro Juan de Ávila”, 213.

²⁹⁶ *Meditación del beneficio que nos hizo el Señor*, OC II, 759.

En la recepción del cuerpo y la sangre del Señor se produce en nosotros un cambio, se opera una transformación donde el hombre se hace semejante al mismo Dios, donde el hombre se hace divino. Así mismo lo expresa por ejemplo el papa San Juan Pablo II:

«Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su espíritu. Escribe San Efrén: “Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su espíritu [...], y quien lo come con fe, come fuego y espíritu. [...]. Tomad, comed todos de él, y coméis con él el espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente»²⁹⁷.

En este misterio de fe nos adentramos de la mano del Santo Maestro Ávila. Su teología y espiritualidad nos ayudarán a penetrar en este acontecimiento de Redención donde el hombre por la Eucaristía es deificado por el amor eterno de Dios.

1.1 “Aquello que mucho amas, te vuelves”

«¿Qué es la causa que de la comida y del que la come se vuelve y hace una cosa? Cuando tu alma come alguna cosa y se pega a alguna cosa, comido lo ha; cuando amas el dinero está tu alma endineraada; y cuando amas la mala mujer, está enmujerada, encarnizada; y cuando amas el humo de la honra, está enhornada; comido ha. ¿Qué es eso? Que resulta una cosa de esas dos: que ciertamente que, si pudieses hacerte una cosa realmente con lo que amas, lo harías; aquello que mucho amas te vuelves. Yo sé te decir que, si a Dios amas, Dios eres. He aquí el mal amor y comer malo»²⁹⁸.

En este hermoso texto extraído del *Sermón 46*, San Juan de Ávila comienza a desarrollar lo que significa la transformación del hombre. Pone todo el énfasis precisamente en el amor. No se detiene en otras disposiciones necesarias para recibir a Jesucristo Eucaristía sino en esta. Toda su teología tiene como telón de fondo esa doble vertiente del amor de Dios al hombre y del amor del hombre hacia Dios y al prójimo. No se separa en la conciencia del Maestro Ávila el amor a Dios y el amor al prójimo. Se trata de un mismo amor que además se alimenta en la Eucaristía.

Su consejo para predicar bien era siempre amar mucho a nuestro Señor²⁹⁹, y al mismo tiempo predicar de este amor para que “todos sepan que nuestro Dios es amor”³⁰⁰. Encontramos así un eje esencial de la predicación avilista que expresa además su propia vivencia espiritual. En muchas de sus cartas trata esta misma cuestión en un tono más coloquial, pero no por eso menos teológico y espiritual.

En un primer momento nos vamos a acercar a cómo el Santo comprende el amor de Dios al hombre, para luego descubrir como a Dios se le alcanza por ese mismo amor. En el *Tratado del amor de Dios*, el Santo quiere hacer caer en la cuenta de cuánto nos ama Dios en Cristo y cómo ese amor le ha llevado a padecer por todos y cada uno de nosotros, además de una forma personal, no sólo común, sino con cada uno. Por eso la Pasión es la máxima expresión de un amor eterno. Las llagas de Cristo son en el fondo una muestra de tanto amor como había encerrado en su Corazón y el dolor o el sufrimiento de la Pasión no es lo más importante, sino el amor que le ha llevado a Cristo a entregarse hasta ese extremo. Así lo expresa el mismo Ávila:

²⁹⁷ San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n 17.

²⁹⁸ *Sermón 46*, n 7, OC III, 605.

²⁹⁹ Granada, *Vida*, 31.

³⁰⁰ *Sermón 50*, n 3, OC III, 644.

«No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegue solamente la muerte y la cruz; porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor (cf. Jn 3,17). Y si lo que le mandaron hacer por la salud de todos los hombres, le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si, como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas»³⁰¹.

San Juan de Ávila nos hace así conscientes de tanto amor como recibimos del mismo Dios en Cristo. Precisamente en el *Sermón 50* nos presenta que la característica fundamental del amor es ese “salir de sí mismo” y unirse al que ama. Así lo hace Cristo en el Sacramento de la Eucaristía para mostrarnos como desea él ser también amado por nosotros:

«El amor —dice San Dionisio— tiene dos virtudes: una que hace salir al que ama de sí y ponerlo en el amado, y otra que es unir consigo al que ama» Salió Dios de sí cuando encarnó, cuando lloró, cuando murió, no porque dejase la divinidad que tenía, mas porque tomó la naturaleza humana que no tenía y porque tomó flaquezas y muerte, que eran muy ajenas de El y muy conformes a aquellos a quien amaba. Y así como allí salió de sí el que es vida, para morir, así en este divino Sacramento, el que es vida y resurrección junta consigo por manera inefable a nosotros mortales y miserables»³⁰².

Así como Cristo se quiere unir con cada hombre por este amor, invita al hombre a corresponderle del mismo modo. Un ejemplo de ello son los santos. Este amor del mismo Cristo les mueve a ellos a entregarse deseando incluso el padecer por él, como él padeció por ellos, por cada uno de nosotros. Buscan vivir esa virtud del amor que es salir de sí mismo para hacerse uno con él:

«Si quieres, ánima mía, barruntar algo de la grandeza del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del sol a las tinieblas, y mucho más. Mira el deseo que tuvo aquel bendito padre Santo Domingo, que así deseaba el martirio como el ciervo las fuentes de las aguas (Sal 41,2), y pedía que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole poca cosa un martirio solo, y deseaba para cada miembro el suyo. Mira el deseo del apóstol San Andrés, que, viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y la rogaba se holgase con él como él se holgaba con ella»³⁰³.

Quien ha experimentado el amor de Cristo se siente movido al amor. Esta es la verdad que nos presenta el Maestro Ávila. Y ya que Dios es amor, para “alcanzar” a Dios es necesario el amor, porque sólo amando podemos poseer al mismo Dios y así hacernos uno con él. Se trata del principio que el mismo San Ignacio de Loyola desarrolla en la contemplación para alcanzar amor:

³⁰¹ *Tratado del amor de Dios*, n 7, OC I, 962.

³⁰² *Sermón 50*, n 4, OC III, 644.

³⁰³ *Tratado del amor de Dios*, n 8, OC I, 962-963.

«El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede y así por el contrario el amado al amante; de manera que si uno tiene ciencia dé al que no la tiene, si tiene honores o riquezas, lo mismo; y así el otro recíprocamente»³⁰⁴.

Por esta misma razón “aquello que mucho amas, te vuelves”. Es el amor el que hace posible la relación con Dios y por tanto el que opera la identificación, la configuración con la persona amada. Pero además en la comunión recibimos, comulgamos al mismo amor, a la persona amada. En el *Sermón 46*, se detiene el Santo en explicar que significa “comer” para el alma:

«Aquello con que pensáis y amáis son los dientes del alma; aquello con que desmenuzáis el manjar del alma, aquéllos son sus dientes. Ved el mal del alma, y luego lo bueno. Pensando tú en tus dineros, o en la mala, mujer, o en la honra vana, aquello estáis pensando; pues aquéllos son los dientes con que desmenuzáis esto que estáis pensando. Y cuando lo habéis desmenuzado, os deleitáis en ello, y lo tragáis y lo pegáis en vuestra ánima, y de él y de vos queda una cosa, una voluntad y como mal casamiento: *Serán los dos una sola carne* (Gen 2,24). Entonces lo habéis digerido. Que no sin causa dijo Agustino: “*Que si tierra amáis, tierra sois; y si carne, carne*”. Porque esto es comer tu alma, juntarte con aquello que pensaste. Comiste carnero, digerístelo, y hácese hombre; comiste una lechuga y vuélvese por la digestión en carne y sangre»³⁰⁵.

San Juan de Ávila cita el capítulo 2 del Génesis trayendo a colación la relación esponsal. Ese “ser los dos una sola carne” lo interpreta el Santo Maestro en un contexto Eucarístico, donde el alma al unirse con Cristo en la Eucaristía se hace uno con él. Y es que precisamente este es el fruto y la gracia más especial de la comunión, que al nutrirnos del cuerpo y sangre de Cristo nos convertimos en lo que comemos, en su cuerpo viviente hoy en el mundo³⁰⁶.

El amor lleva a la unión, y así lo vive el mismo Maestro que al mismo tiempo lo expresa de forma sencilla y profunda en sus cartas. Amando a Dios podemos conquistar al mismo Dios, podemos “poseerle”:

«De manera que, si no amamos, desemejables estamos a Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos; porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables a Dios, y heriremos a Dios que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, porque sólo el amor le posee; amemos y serán nuestras todas las cosas, pues que todas nos servirán, según es escrito: [Los] que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin (cf. Rom 8,28). Si este amor nos aplace, pongamos la seguridad de la diligencia a la raíz de nuestro amor propio y hagamos caer a este nuestro enemigo en tierra»³⁰⁷.

Movidos por el amor, al mismo tiempo somos alimentados del amor y al mismo tiempo transformados. Porque en lo que amas es en lo que te vuelves. Si el deseo de Eucaristía está vivo en nosotros acudimos a este Sacramento buscando y deseando la unión con el

³⁰⁴ *EE*, 231.

³⁰⁵ *Sermón 46*, n 6, OC III, 605.

³⁰⁶ Francisco, *La santa misa explicada a los creyentes* (Madrid: Publicaciones claretianas, 2018), 71.

³⁰⁷ *Carta 74*, OC IV, 319.

mismo Dios. Y esta unión nos hace a nosotros amar como ama Jesús, pensar como piensa Jesús, vivir como vive Jesús. En el fondo es el camino de la santidad cristiana.

La santidad se ha reducido en algunas corrientes espirituales, a actos puramente externos, cuando sin embargo es cuestión de amor. Así mismo lo enseña el magisterio de la Iglesia y el Santo Maestro. Ya que la santidad es la perfección de la caridad, la fuente de esta caridad es precisamente la Eucaristía, por ello recibir la Eucaristía nos hace partícipes de la misma vida de Cristo.

Pero para ser partícipes de esta vida, San Juan de Ávila es consciente de que necesitamos una transformación progresiva. Si la gracia no opera en el hombre es imposible comprender y aún más vivir la misma vida de Cristo. Es tan profunda la unidad entre Eucaristía y Corazón de Cristo en su teología, que el mismo Maestro Ávila en un sermón sobre el Santísimo Sacramento pide que nos sea concedido el mismo Corazón de Cristo, el cuál recibimos en la Eucaristía pues solo así es posible la santidad³⁰⁸, vivir su misma vida:

«Si me mandáis, Señor, hacer lo que vos hicisteis, dadme vuestro Corazón». Este ha de ser vuestro ahínco: “Señor, dadme vuestro Corazón”. Estas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de misas. ¿Hay más que esto? Quien da su corazón, ¿qué no dará? Esta es cristiandad, una gente según la condición de Cristo»³⁰⁹.

Toda la vida del cristiano, movida por el amor, va orientada a esta verdad: a tener la condición de Cristo, su mismo Corazón. De hecho, tener el espíritu de Cristo es también identificado por el Santo como tener su mismo Corazón:

«Quien no vive por espíritu ajeno, éste no es de Cristo. No has de vivir, hermano, por tu seso, ni por tu voluntad, ni por tu juicio; por Espíritu de Cristo has de vivir. Espíritu de Cristo has de tener. —¿Qué quiere decir Espíritu de Cristo? —Corazón de Cristo-. El que no tuviere Corazón de Cristo, este tal no es de Cristo»³¹⁰.

Más adelante reflexionaremos sobre lo que significa para San Juan de Ávila tener la condición de Cristo. Pero en este momento descubrimos como parte de esta experiencia de amor y de unión, donde movidos por el amor, al comulgar somos transformados por este amor, entramos así en la dinámica de la Redención y por tanto nuestro corazón comienza a ser Corazón de Cristo. Por tanto, siguiendo la pedagogía avilina, “lo que mucho amas te vuelves”. Esto quiere decir que cuando nos dejamos atraer por un amor tan grande, le entregamos la vida y en esta entrega comenzamos a descubrir precisamente nuestra identidad. En esta entrega de nuestro corazón a Jesús, recibimos la entrega del Corazón de Cristo para nosotros. Y todo esto se opera en la Eucaristía, en la comunión. Por amor somos atraídos, por amor somos transformados.

1.2 “Creer y amar es comer”

«No os dañará vuestra carne si no la amáis, ni os aprovechará la carne de Cristo si no la coméis; en el comer está lo uno y lo otro. Tomad y comed (Mt 26,26), y comiendo y

³⁰⁸ “Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con Él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora”, Francisco, *Gaudete et exultate*, n 157.

³⁰⁹ *Sermón 57*, n 20, OC III, 776.

³¹⁰ *Sermón 28*, n 25, OC III, 345.

creyendo viviréis. ¿No lo dice El así? Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí está. Para que nos aproveche, menester es comer y creer. Que estáis tan lejos de estos negocios, que aún no sabéis qué cosa es este comer. Duéleme veros tan bozales y extranjeros de estos misterios. Creedme, que, si los entendiédeses, eso bastaría para traeros consolados, y para haceros ricos y generosos, menospreciadores del mundo, y para que ni las cosas prósperas os levantasen ni las adversas os derribasen. ¿No lo entendéis? ¿Qué es comer su carne? Iros al altar y comulgar, y que se haga bien hecho. ¿No dijo Él que, si falta el espíritu, la carne no aprovecha? (Jn 6,63). Comer la carne de Jesucristo es estar Jesucristo en vos y vos en Él, comida como se ha de comer y con buena disposición. En la mesa del Señor mandaba Él que hubiese pan y lumbre (cf. Éx 25,30.37). Si os llegáis a comer a oscuras, ¡gentil negocio es! Ni sabéis a qué vais, ni qué representa esta mesa, ni qué habéis de traer, ni cómo lo habéis de comer, ni qué habéis de desear. Vais sin lumbre y volvéis sin lumbre, ¿qué negocio es éste? Dígaoslo Dios por su misericordia»³¹¹.

Estas palabras de San Juan de Ávila nos muestran cómo entiende él mismo el misterio de la comunión. Hemos visto la necesidad de la fe y del amor para recibir a Jesucristo, para tener su mismo Corazón. Por eso vamos a profundizar dentro de este apartado en como San Juan de Ávila une la comunión sacramental y la comunión espiritual. Es evidente que es necesario para alimentarnos de él desearle, tener los “dientes” de la fe y del amor para digerir el manjar del cielo

Partimos de la base de que toda la teología avilista busca la unidad. Precisamente el Santo Maestro une las dimensiones de memorial y convite y al mismo tiempo una comunión y contemplación, orientando la práctica sacramental hacia el crecimiento de la vida espiritual³¹². Por ello en el texto citado anteriormente del *Sermón 57*, usa las imágenes de “pan y lumbre” a la hora de hablar de la comunión.

“Pan” hace referencia a la comunión sacramental y “lumbre” a la comunión espiritual. En el texto bíblico citado por el Santo (Ex 25,37), aparece la imagen del “menorah”. Se trata de un candelabro de siete brazos que tiene como función iluminar el santuario y es uno de los símbolos más antiguos del judaísmo³¹³. Según este pasaje del libro del Éxodo, este candelabro se encuentra en la mesa donde los panes son presentados como ofrenda. El “menorah” simboliza tanto el deseo de iluminación como el Espíritu Santo. Para Ávila esta “lumbre” significa entendimiento. Es necesario que haya lumbre pues sino “ni sabéis a qué vais, ni qué representa esta mesa, ni qué habéis de traer, ni cómo lo habéis de comer, ni qué habéis de desear”.

San Juan de Ávila denuncia como nos podemos acercar al pan sin lumbre necesaria y además volver sin ella. Pone en gran valor la unión de la comunión espiritual (lumbre) a la comunión sacramental (pan) para que ésta produzca sus frutos. Por tanto, ese “comer a oscuras” es no haber comprendido que significa el Sacramento que se recibe, o aún peor comprendiéndolo, no desearlo, no amarlo. La comunión espiritual es entendida como espíritu encendido en esa luz y conciencia, en el Espíritu. Ciertamente en su época la práctica de la comunión espiritual no se encontraba tan desarrollada como posteriormente, pero sí se encontraba la teología de fondo de la misma.

Encontramos, por ejemplo, en San Agustín la distinción entre “sacramentum” y “res sacramentum” manifestando que son realidades separables que pueden recibirse la una

³¹¹ *Sermón 57*, n 9, OC III, 771.

³¹² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 751-752.

³¹³ Johan Maier, Peter Schafer, *Diccionario del judaísmo* (Estella: Verbo Divino, 1996), 273.

sin la otra. En su comentario sobre San Juan toca la cuestión de la comunión espiritual cuando enfatiza el deseo que el hombre debe tener de recibir el pan del cielo manifestando que si el que come el pan de la vida no muere, se debe a la virtud del Sacramento y no al signo sensible³¹⁴. Y el mismo Santo Tomás llega a afirmar que el efecto de la santa cena puede realizarse en el alma incluso si uno recibe la Eucaristía solo en el voto (deseo), como así ocurre en la comunión espiritual³¹⁵.

La Eucaristía posee en sí misma un fuerte valor santificador y desde esta verdad de fe podemos llegar a comprender y situar el sentido del deseo de ella. La eficacia del deseo puede completar el acto sacramental. El deseo reemplaza al acto cuando no se puede lograr en sí mismo, y los efectos producidos son de la misma naturaleza que en la comunión eucarística; por tanto hay un aumento de la gracia santificante³¹⁶.

Santos contemporáneos del Maestro Ávila, como santa Teresa de Jesús, también insistían en el valor de la comunión espiritual y de hecho aconsejaban su práctica. La santa relaciona el deseo de comulgar con la eficacia de la comunión. Precisamente en *Camino de perfección* al concluir su reflexión sobre la oración de recogimiento, la santa dice:

«Y cuando no comulgareis, hijas, y oyereis misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mismo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime el amor así de este Señor; porque aparejándonos a recibir, jamás por muchas maneras deja de dar que no entendemos»³¹⁷

Precisamente la obra *Imitación de Cristo*, también insiste en el valor de la comunión espiritual y al mismo tiempo su relación con la comunión sacramental:

«Más en ciertos días y en el tiempo mandado debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su redentor con afectuosa reverencia, y buscar más bien la gloria y honra de Dios que su propia consolación. Porque tantas veces místicamente comulga y se alimenta invisiblemente cuantas se acuerda con devoción del misterio de la Encarnación y Pasión de Cristo y se enciende en su amor. El que no se prepara sino al acercarse la fiesta o cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado»³¹⁸.

San Agustín, Santo Tomás, y la obra *Imitación de Cristo*, son una clara influencia en la doctrina avilista³¹⁹. Es por eso por lo que no es extraño que San Juan de Ávila trate la cuestión de la comunión espiritual. No la presenta independiente de la comunión sacramental. Sus sermones van dirigidos a fomentar la interioridad frente a un culto meramente externo, frente a ritos vacíos. Por eso el Santo subraya el valor y la necesidad de recibir al Señor espiritualmente al mismo tiempo que sacramentalmente. Lo que pretendía era hacer un recorrido que permitiera captar que para que esta comunión dé fruto debe producirse un acto eminentemente espiritual³²⁰.

³¹⁴ Cfr. Mgr Louis de Bazelaire, “Comunión espiritual”, en *DSp*, 1296.

³¹⁵ *Ibid*.

³¹⁶ *Ibid*, 1298.

³¹⁷ *Camino de perfección*, cp 35, n 1.

³¹⁸ *Imitación de Cristo*, libro IV, Cp 10.

³¹⁹ Cf. Pizarro Jiménez, “El sacramento de la Eucaristía en el Maestro Juan de Ávila”, 22; Fernández Cordero, “Jesucristo, fuente de nuestro sacerdocio”, 24.

³²⁰ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 752.

Es aquí donde encontramos el sentido de ese “creer y amar” para poder comer con verdadero fruto:

«Pues creer y amar es comer, y para que se salve el hombre basta creerlo así; si esto es verdad, ¿para qué se nos quedó acá en manjar en especie de pan y vino? ¿Qué os parece a vosotros? ¿Fue bien que se quedase o no? ¿Pasámonos sin El? Saben bien esto los que tienen mujeres livianas. Cata, Señor, que es el género humano liviano desde su nacimiento. Fuese, y subióse Jesucristo al cielo, y no nos acordamos más de El, y por esto ordenó su misericordia de se nos quedar acá. Que, para cuando te dijeren que todo tu bien está en el cielo y es Jesucristo, no lo teniendo acá, pareciérate que andabas engañado y vago: «Yo en la tierra y El allá; ¿qué tal estaré yo sin El?». Ordenó su bondad manera como esté allá y acá, porque tengas allá tu descanso y acá tu amor y mantenimiento. Que para cuando te dijeren que es tu bien, y te dijeren «Veslo allí», se prende tu ánima para no recibir otro que no sea tu Pastor»³²¹.

San Juan de Ávila, vincula de una forma indisoluble la participación sacramental que es en este caso la comida, con el creer y amar que hace referencia al acto espiritual. Sin el acto espiritual no se produce realmente la comunión y quien piensa que solo es necesaria la fe sin participación sacramental acaba por abandonar el alimento que da vida y sostiene la fe³²². Por eso el Santo Maestro une los dos principios a la hora de hablar de la comunión. Debe darse al mismo tiempo la comunión espiritual cuando se recibe la comunión sacramental.

La comunión espiritual es ciertamente comunión de deseo³²³. Esto implica que, si se ordena el deseo del corazón humano hacia la Eucaristía, la vida entera se va haciendo eucarística, es decir, se entrega a la voluntad del Padre y al servicio de los hermanos a imitación del mismo Cristo. Para vivir la comunión es necesaria una espiritualidad eucarística que nos haga comprender la vida como la comprende el mismo Cristo: esto es en clave de donación y servicio.

La espiritualidad eucarística precisamente debe entenderse no solo como la participación en la celebración de la misa o la devoción al Santísimo Sacramento, sino que debe abarcar la vida entera³²⁴. La verdadera vivencia del Sacramento y su recepción frecuente debe hacer crecer esta espiritualidad eucarística en cada cristiano, de manera que toda su vida sea “una ofrenda permanente” en todos los aspectos de la existencia.

En el misterio de la comunión es Cristo quien entra en nuestras entrañas buscando posada para, además, transformar al hombre que le recibe. Es necesario levantarse a abrirle la puerta para que Él pueda actuar. San Juan de Ávila identifica la gracia que recibimos en la comunión con un abrazo de amor. Es ese abrazo el que transforma la vida:

«¡Oh, glorificante los ángeles, Señor, ¡que veniste del cielo a morar con nosotros! No entendáis que viene por ese aire bajando desde allá, sino que el que está en el cielo comienza también a estar aquí, estándose en el cielo, y viene a buscar posada, ¿y no habrá quien diga: “Venid a mi casa, Señor”? ¿Pensáis que viene Él porqué se huelga de estar en el relicario? No estima más el oro que yo el lodo; ándanos llamando y convidando: ¿Quiéresme tener por compañero de casa y mesa? Hombre miserable, cuando quieres a alguno bien, querríaslo meter en lo más dentro de tus entrañas, y pegallo a ti mismo, y

³²¹ *Sermón 46*, n 21, OC III, 610.

³²² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 755.

³²³ Ricardo Sada Fernández, *¡Es el Señor!* (Madrid: Palabra, 2018), 193.

³²⁴ Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, n 77.

hacerlo uno contigo. Pues eso quiere Jesucristo, entrar allá y morar allá, y darte allá un abrazo de amor, y de todo más hartura que cuanto se puede pensar. Que venga El acá, que ande buscando posada, ¿[y] que haya hombre que no se quiera levantar a abrirle?»³²⁵.

La comunión es un encuentro con Cristo y es Él quien desea venir a nosotros para entregarnos su Corazón. Comulgar es asimilar, o mejor dicho ser asimilados por su amor, es recibir su mismo Corazón.

En el Sacramento de la Eucaristía le vemos, le tocamos, le comemos. Se trata de creer y amar recibéndolo en los más profundo de nuestro ser. Por eso la comunión hace posible la configuración con Él. Así lo expresa el Santo doctor con profunda reverencia y amor:

«¡Cuántos hay que dicen ahora: “Deseo ver la cara de Cristo, sus vestiduras, su calzado, su figura”! Pues sábetete que, en el Sacramento a El ves, a El tocas y a El comes. Tú deseas ver sus vestiduras, y Él te concede no solamente verlo, más comerlo, tocarlo y recibirlo dentro de ti»³²⁶.

Tocar la Eucaristía, recibirla, es acoger al mismo Cristo vivo, de Corazón palpitante. Por eso creer en su palabra, en su presencia, en su persona y amarle con toda la vida es el fundamento, la disposición necesaria para la comunión. Es decir, necesitamos el deseo de Dios (la comunión espiritual) para que realmente recibamos las gracias que el Señor nos quiere conceder con su presencia en la comunión sacramental. Es necesario creer y amar para acoger y es necesario la comunión sacramental para que crezca en nosotros la fe y el amor.

Así San Juan de Ávila une la comunión sacramental (pan) con la comunión espiritual (lumbre). Podemos afirmar por tanto que el Santo Maestro fue uno de los impulsores de la comunión espiritual en su época dando valor al deseo de recibir al Señor y siendo este deseo el que encauza todos los deseos del hombre dirigiéndolos hacia el Corazón de Cristo Eucaristía.

1.3 Transformación interior: El fruto principal de la comunión

«Mas no desmayéis, que, si tembláis como Esaías, también habrá remedio para vos como para él. Voló un serafín de aquellos que estaban alabando al Señor, y fuese al altar donde había fuego, y tomó con unas tenazas un carbón encendido, y fuese con él a donde estaba Esaías, y tocó con el fuego sus labios, y díjole palabras de mucho consuelo: *Mira que he tocado tus labios, y es quitada tu maldad, y quedas limpio de tu pecado* (Is 6,7). Gran cosa se hizo con él, más mayor se hace contigo. Un serafín voló para le alimpiar, y con un carbón, que es una poca de leña encendida, le tocó sus labios. Mas ¿quién contará la sobrepujante merced que en el altar se hace al cristiano cuando recibe a nuestro Señor?, pues no envía serafín para que alimpie nuestros pecados, más aquel mismo Señor que allá vio Esaías en espíritu (el cual dice San Juan que era Jesucristo [cf. Ap 4,8]), ese mismo deciendo de la silla de su gloria, y no con carbón encendido, más consigo mesmo; y no se contenta con tocar nuestros labios y transformarnos en sí, ni para hasta entrar en nosotros, para que de más cerca de nuestro corazón más excelentes efectos obre con El»³²⁷.

³²⁵ *Sermón 46*, n 37, OC III, 616.

³²⁶ *Sermón 50*, n14, OC III, 648.

³²⁷ *Sermón 51*, n 32, OC III, 667.

El fruto de la comunión más excelente es precisamente el de la transformación interior. Si quien recibe a Jesucristo Eucaristía lo desea, es también y mayormente un deseo del mismo Dios para todos y cada uno de los que lo reciben y aman.

En el *Sermón 51*, nos hemos encontrado con esta consideración del Apóstol de Andalucía, donde se nos presenta que los obstáculos con los que nos acercamos a la comunión son precisamente el miedo (si tembláis como Isaías...) y el pecado. Y para remediar estos males, ya no envía el Señor un serafín, sino que en este caso es Él mismo en este divino Sacramento quien se acerca, quien ya no desea sólo “tocar los labios con carbón encendido”, sino que busca entrar en nosotros “para que dé más cerca de nuestro corazón más excelentes efectos obre con Él”.

Son dos los obstáculos que presenta el Santo Maestro que pueden dificultar la conversión de la vida, la transformación del corazón del hombre en el Corazón de Cristo. Pero ciertamente uno depende del otro, pues el miedo es fruto del pecado. Se trata de un miedo ante la santidad de Dios, como es presentado en el pasaje de Is 6,7 al que hace referencia San Juan de Ávila. Esta santidad implica la separación de las realidades profanas³²⁸ y se produce el miedo al haber puesto el corazón en las realidades temporales, no en Dios. Ese miedo nacido del pecado original tiene sus consecuencias en la psicología humana.

El miedo es generalmente producido por las inseguridades del corazón humano. Cuando las expectativas se han puesto en aquello que se acaba, es decir, que no tiene fundamento en Dios. Cuando se mira al pasado sin confianza en el perdón, o cuando se observa al futuro sin esperanza. Posee, por tanto, un aspecto psicológico que nosotros cargamos de pensamientos y sentimientos desordenados. Nos producen miedo los errores del pasado, la incertidumbre de lo que vendrá, no controlar algunas situaciones, el percibir que no avanzamos en el camino de la virtud... son muchos los ámbitos de la vida humana que nos pueden producir inseguridad y miedo. Todo lo que significa vivir lejos de Dios.

Este miedo limita, es más, incapacita para amar el presente. Se deja de confiar y esperar. Es la experiencia del profeta Isaías. El miedo le impide confiar, arriesgarse, entregarse a Dios. San Juan de Ávila presenta la seguridad que vence todo temor. La esperanza que perdura contra toda desesperanza que pueda venir. Dirige la mirada hacia Jesucristo. Es en Él donde el corazón humano encuentra seguridad, fortaleza. Es en Cristo donde encontramos descanso.

El Santo Maestro en su tarea de pastor y acompañante orientaba a las almas a ese “poner la mirada en Cristo” para vencer todo temor. Encontramos en la *Carta 12* un ejemplo de ello:

«Mayores bienes tenemos en Cristo que en nosotros males; más hay que confiar mirando a Él que desconfiar mirando a nosotros. Ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar a este Jesús en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Como en otro tiempo mandó poner una serpiente de metal para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien a Él mira con fe y amor, vive (cf. Núm 21,9); quien no lo mirare, de verdad morirá»³²⁹.

³²⁸ Joseph Blenkinsopp, *El libro de Isaías, Vol I* (Salamanca: Sígueme, 2015), 224.

³²⁹ *Carta 12*, OC IV, 92.

Confiar mirándole a Él es el consejo del Santo doctor para vencer y superar el miedo. Un miedo que es humano sentir, pero que no puede dominar al hombre. Las fuerzas que al hombre le faltan para vencer el miedo se encuentran sanadas por el mismo Cristo. Él pone en nosotros lo que nos hace falta. Estando Él se disipan los temores. El miedo se convierte así en purificación del entendimiento y la voluntad para así volver siempre la mirada hacia Cristo y poner toda la confianza en su amor:

«¿Quién habrá que con verdad diga que, buscando a Dios, no le ayudó Dios? No temáis, sierva de Jesucristo, todo lo que os acaece y puede acaecer, en confianza del que os amó muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos lo que contradeciros pueden. No os parezcan grandes gigantes ni fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois vos la que habéis de pelear; más vos callaréis y el Señor peleará por vos (cf. Ex 14,14). No huigáis de la guerra; no os deis por vencida; estad constante, y veréis el favor de Dios sobre vos (2 Crón 20,17), que en esta guerra aquel sólo pierde la corona que da a huir de la guerra. Flaca sois, más en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabéis, más Dios será vuestra guía para pasar tales trances»³³⁰.

El segundo obstáculo que presenta el Santo es precisamente el pecado. A veces se ha entendido el pecado como una trasgresión de la ley o un incumplimiento de unos mandamientos impuestos que debemos cumplir. Sin embargo, es necesario comprender que el pecado es la ruptura de una amistad. Romper la relación con un amigo, prescindir de Dios en nuestra vida. Por eso para San Juan de Ávila la distinción entre pecado mortal y pecado venial pasa a un segundo plano pues considera el pecado en general como una falta al amor:

«Y siendo esto verdad, no acierta quien dice que en el pecado mortal hay ofensa de Dios y en el venial no. Ofensa hay, y aunque es mucho menor sin comparación, ¿quién habrá que tenga en poca cosa con que Dios se ofende, cosa que le desgracia el corazón, no para echar a su hijo o esposa de su casa, más para no tratarla con aquella blandura y paz que quienquiera desea ser tratado? Y veces hay que les quita por esto los regalos e inspiraciones espirituales y hablas que con ellos tenía; las cuales cosas quien las tiene en poco no las ha experimentado, y quien las ha perdido por los pecados veniales, yo aseguro que no las llore poco ni las huya poco»³³¹.

Estar lejos de Dios conscientemente es vivir alejados de su amor y por tanto privados de la gracia. Precisamente el Santo Maestro entiende que lo peor del pecado es la pérdida de la gracia y habla incluso de divorcio entre Dios y el alma como principal consecuencia:

«¡Oh pecado, que haces divorcio entre tales casados, que apartas cosas tan juntas, que tanto se aman! ¿Quién no se espantará de ti, de que puedas tornar a Dios de manso en airado, de amoroso en aborrecedor, y que envíe al infierno y para siempre castigue a quien crió a su imagen y semejanza, y aun a quien había tomado por hijo y prometido la herencia del cielo? ¿Quién habrá que no te aborrezca, sino quien no te conoce o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de El castigado?»³³².

Comprendiendo así el pecado podemos tomar conciencia de por qué el Santo lo presenta como un obstáculo que imposibilita la transformación interior del hombre. El

³³⁰ Carta 24, OC IV, 152.

³³¹ Sermón 51, n 8, OC III, 658.

³³² Sermón 51, n 3, OC III, 656.

pecado, si se vive y asume conscientemente impide que la gracia sacramental pueda actuar.

Pero este obstáculo es también vencido y superado por la acción misericordiosa de Dios en Cristo. De nuevo, acudiendo al magisterio epistolar del Santo Maestro encontramos como al pecador arrepentido le presenta el remedio para vencer el pecado que es la misericordia alcanzada por Cristo:

«Mírase a sí misma, y no ve sino qué llorar, y mira a Dios, en cuya bondad confía, sin temor de verse desamparada. Y como Él sea tan fiel, que no deja a los que a Él van, y tiene tanto cuidado de ellos que antes faltará agua en la mar y luz en el sol que la misericordia de Dios, por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque Él los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino a los que son como niños»³³³.

Dios no deja a los que a Él van arrepentidos. Pero, es más, es Él quien busca al pecador y quiere sanarle. Dios mismo convierte el pecado en una ocasión para derramar gracia y perdón al alma arrepentida, porque el Señor del pecado saca misericordia. Él busca conquistar el amor del hombre, por eso se hace el enconradizo, se hace pastor que vela por la oveja perdida. Así lo expresa el mismo Santo en el *Sermón 15*:

«Piensa, ovejita; piensa, pecador, que si te quieres poner, si ¿quieres, volver al rebaño del Señor, que de tu pecado sacará el Señor misericordia. Para todos habrá remedio bueno. Espera en su misericordia y en su Pasión. Piensa, si te hallas fuera de la manada, qué es lo que pasó por ti, para traerte a pacer en su dehesa. Piensa cuánto desea darte su yerba, y no ternas temor de venir a Él coja o como quier que estuvieres, a que te cure. Y si te hallas que has caído, yendo cansada, de esa caída hallarás la gran misericordia del pastor; aunque hallas pecado hallas y hallarás misericordia. Y esto si no te vas tú. Y si te vas, dice Agustín que, por mil maneras, por muy maravillosas maneras hace Dios que el hombre le quiera. Vásele la oveja, y Él con predicadores, con misericordias, con halagos, con amenazas, con enfermedades, de muchas e infinitas maneras os llama»³³⁴.

El pecado que es motivo de condenación, la misericordia lo convierte en proceso de purificación y camino para la transformación interior que desea operar el mismo Señor en el corazón por la Eucaristía, por la comunión.

Recibiendo el manjar del cielo se produce el remedio de nuestras flaquezas, vencemos en Cristo los miedos, queda perdonado todo pecado y es posible un camino de esperanza y regeneración interior. Toda transformación interior comienza por, vencidos los obstáculos que han sido purificadores, creer, amar y abandonarse en el Corazón de Jesucristo Eucaristía que viene a morar en nuestro corazón para convertirlo en el suyo.

«¡Oh, bendito sea tal manjar, que resucita y da la vida a los muertos! Concluyamos: ¿Qué es comulgar espiritualmente? —Esperar y creer que por Jesucristo habéis de ser remediados, justificados, salvos, y que vuestros pecados han de ser perdonados, y no os ha de castigar Dios por ellos»³³⁵.

³³³ Carta 85, OC IV, 659.

³³⁴ Sermón 15, n 26, OC III, 217.

³³⁵ Sermón 49, n 13, OC III, 641.

2- “Tener la condición de Cristo, tener su Corazón”

En este siguiente apartado vamos a reflexionar sobre a que nos lleva esa transformación interior operada por la gracia en el misterio de la comunión, dentro de una espiritualidad eucarística y del corazón.

La gracia más importante que el hombre puede recibir es precisamente la configuración con Cristo, llegar a tener la misma condición del Señor, tener sus mismos sentimientos, su mismo Corazón. A todo esto, nos va conduciendo la reflexión que estamos haciendo. Es esto, y solo esto en el fondo, la santidad cristiana.

Para San Juan de Ávila el referente de seguimiento y amor a Jesucristo es el apóstol Pablo. Tan es así que encarna en su vida y predicación aquella frase de Gálatas 2, 20: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. A partir de este pasaje de la Escritura podemos atisbar como el Apóstol de Andalucía, a ejemplo del apóstol de los gentiles entiende el seguimiento radical de Cristo, tener su misma condición, su mismo Corazón. Se trata en definitiva de correr la misma suerte de Cristo, vivir buscando su honra y no la nuestra ni la de mundo. Así lo expresa el Santo Maestro en una de sus cartas:

«Abramos los ojos y tomemos el negocio de Dios muy de veras, que el Señor es muy gran Señor y quiere ser fielmente servido. Encerrémonos dentro de nos y digamos: En mi nidillo, moriré (Job 29,18); y escudriñemos las raíces de nuestro corazón, si están echadas en otra cosa que en Dios; y cortemos el amor de la honra y el amor de la carne y vida y voluntad propia tan de raíz, que podamos decir con San Pablo: *Vivo yo, ya no yo, más vive Cristo en mí* (Gal 2,20), de manera que ninguna deshonra nos parezca grande, ninguna carga nos parezca pesada, ninguna cosa nos parezca para desear, si solo Dios no, y ninguna para huir ni desechar, si su ofensa no»³³⁶.

Es tan importante para él la frase de San Pablo que la usa en diversas ocasiones. Conviene subrayar como es usada y entendida en un sermón Eucarístico donde se subraya ese “tener la condición de Cristo” por la participación de sus sentimientos, de una profunda unión con el Corazón Eucarístico de Cristo. Se trata del *Sermón 49* donde afirma el Santo doctor:

«¿No lo dijo así Dios a San Agustín? “Manjar soy de grandes; crece y comerme has. No me mudarás tú a mí en ti, sino yo te mudaré a ti en mí; no me convertiré yo en sustancia tuya, sino tú te convertirás en la mía”. Luego esto es comulgar espiritualmente; recibir una fuerza en Cristo, una confianza de que os ha perdonado y que sois uno de los que han de ir al cielo y manteneros tanto de esta esperanza, que digáis con el Apóstol: *-Vivo yo, ya no yo-*. ¿Desde cuándo, San Pablo? Desde que comí a Jesucristo, *-ya no soy yo-*; desde que Cristo vive en mí, mediante la comunión espiritual y la confianza de que soy hijo suyo, *ya no soy yo*»³³⁷.

Además de subrayar su elocuencia y arte de predicador popular, pero al mismo tiempo lleno de una profunda teología, debemos destacar varios aspectos necesarios para comprender el modo de entender San Juan de Ávila esa configuración del corazón cristiano en el mismo Corazón de Cristo por la Eucaristía. Así lo expresa el Santo en esta cita del *Sermón 49* cuando pone en boca de San Pablo, que ha comenzado a vivir Cristo en él desde el momento en que lo recibió en la comunión espiritual.

³³⁶ Carta 81, OC IV, 353.

³³⁷ Sermón 49, n 7, OC III, 638.

De nuevo encontramos como para San Juan de Ávila recibir a Jesucristo Eucaristía (sacramentalmente y por deseo) es el inicio de la transformación del corazón humano en el Corazón de Cristo, pues es a Él mismo a quien se recibe.

San Juan de Ávila afirma siguiendo a San Agustín, que no somos nosotros los que asimilamos a Jesucristo, sino que es Él quien nos asimila a nosotros. Nos vamos convirtiendo en sustancia suya, nos vamos haciendo Él. En esto consiste la transformación interior: en que ya no somos nosotros, sino Cristo en nosotros.

Si no estuviéramos unidos a Él, como lo está el sarmiento a la cepa, nuestra vida carecería de sentido y de salvación. Las virtudes desaparecen si nuestra vida no está en Cristo y se desordenan las pasiones. Por eso, tener la condición de Cristo es permanecer en su bondad, en su amor, en su dulzura, en su Corazón. Viviendo en el Corazón de Cristo la vida del cristiano, su condición, es la del mismo Señor.

San Juan de Ávila, comentando la frase de San Pablo “el que no tiene el espíritu de Cristo no es de Cristo” (Rm 8,9) afirma:

«Pues, si no estuviera en Él, ¿qué fuera de mí? Si el sarmiento no permaneciere en la vid, no escapará del fuego (cf. Jn 15,6); y si tú no estuvieras en Jesucristo, no escaparás del infierno. Nadie sube al cielo sino Jesucristo, que descendió del cielo (cf. Jn 3,13). Nadie entrará en la gloria sino el gracioso, el amado del Padre; y nadie es gracioso ni amado sino en Jesucristo. Quien no está arrimado a Jesucristo, condenado será para siempre. Quien no tiene Espíritu de Cristo, no es de Él; ¡ay de él! Quitárasme, Señor, cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no me quites ser tuyo. Si tuyo soy, mandarme ha tu bondad, mandarme ha tu humildad, mandarme ha tu mansedumbre. Si no soy tuyo, mandarme ha la ira, mandarme ha la carnalidad, mandarme ha la Pasión. ¡Mirá, qué señores éstos para regiros, pues ellos mismos son pasiones! ¡Mirá cómo mandarán sin Pasión!»³³⁸.

Recibiendo la comunión, viviendo una profunda espiritualidad eucarística, la vida del cristiano se va haciendo de la condición de Cristo, su corazón se va haciendo Corazón de Jesucristo. Cristo se ha quedado en la Eucaristía para que podamos permanecer en Él:

«Misterio grande, misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13,1), un amor que no conoce medida»³³⁹.

La experiencia fundante del amor de Dios para el Maestro Ávila no es tanto lo que nosotros le podemos dar al Señor, o lo que podemos hacer por Él, sino que todo comienza por Él mismo. Sobre todo, el amor que nos manifiesta en su Hijo benditísimo³⁴⁰. Por el Sacramento del Bautismo comenzamos a pertenecer al “linaje espiritual de Jesucristo” y por tanto ya no nos regimos por el linaje humano, sino que todos somos hijos de un mismo Padre, todos estamos injertados en el mismo Jesucristo.

³³⁸ *Sermón 28*, n 12, OC III, 339. La expresión “mirá” quiere decir: “mirad”.

³³⁹ San Juan Pablo II, *La Iglesia vive de la eucaristía*, n 11.

³⁴⁰ Cf. *Tratado del amor de Dios*, n. 1, 951.

Por el misterio de la Redención, Dios no nos ha hecho siervos, sino hijos y esto es pertenecer al “linaje de Jesucristo”³⁴¹. Se trata de una gran manifestación del amor de Dios en Cristo, pero que además encuentra su plena configuración con Él por el misterio del cuerpo y la sangre de Cristo, pues estamos llamados dentro de este linaje a “vestir con la sangre de Cristo” siendo uno con Él.

Esta pertenencia se produce en el contexto de la Pasión y de la Eucaristía, haciéndonos capaces de amar al prójimo con los mismos sentimientos, con el mismo Corazón de Cristo. Por eso para el Santo Maestro el amor, la caridad es una: amor a Dios y amor al prójimo es uno y el mismo, siendo además lo que nos identifica con los mismos sentimientos de Cristo, con su linaje, al que pertenecemos por el bautismo y nos alimentamos en la Eucaristía al ser “pedazos del cuerpo de Cristo”. Así lo expresa el mismo Santo:

«Y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor. Decidme, ¿quién será aquel que pueda ser cruel a los que Cristo es tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal ni destrucción al que ve que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede escribir ni decir el amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera así como según riquezas, linaje o parentesco, u otras condiciones semejables, mas como unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo, y como cosa conjuntísima a Cristo, con todo linaje de parentesco y amistad»³⁴².

La referencia al misterio pascual es constante en San Juan de Ávila. Podríamos afirmar que su espiritualidad está centrada en vivir en este misterio, vivir de este misterio. Y es precisamente en la Eucaristía donde se actualiza el misterio pascual. Entra San Juan de Ávila en una dinámica eucarística donde se introduce y nos introduce en la vida de Cristo, queriendo que su Pascua sea nuestra Pascua, y todo esto lo entiende como la verdadera honra del cristiano, frente a la honra del mundo, que es gloria vana.

Vivir la Pascua de Cristo en nosotros nos hace ser realmente suyos. Este es su deseo: ser del todo de Cristo. Y ésta es la experiencia más profunda del amor. El amor de Dios que se manifiesta en Cristo Eucaristía, en el misterio pascual.

Esta unión con Cristo, esta configuración con Él, la relaciona directamente con la sangre del Señor. Lo expresa a forma de petición, porque comprende que es una gracia de Dios

«Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh cuan mal me parece nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh, amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuese algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, decir: *Triste es mi ánima hasta la muerte?* (Mt 26,38). ¡Oh, que no descansaste, porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga dende pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no

³⁴¹ María Jesús Fernández Cordero, “Juan de Ávila en la tradición de defensa de los conversos: la pertenencia al linaje espiritual de Jesucristo”, *Miscelánea Comillas* vol 76, n. 148 (2018): 130.

³⁴² *Audi Filia II*, n 66, OC I, 473.

habiendo en ti cosa que no estuviere teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso»³⁴³.

Encontramos expresado implícitamente en esta carta un sentimiento que todos los grandes místicos experimentan; el sentir que no se corresponde a tanto amor como se recibe de Dios. Siente la llamada a estar más en Él, y siente la limitación de no poder estarlo más. En este contexto, usa aquí un término muy sugerente, usado por otros autores espirituales de varias épocas, el término “librea”. Precisamente el mismo San Ignacio lo emplea en el examen a los candidatos que quieren ingresar en la compañía de Jesús³⁴⁴. La palabra “librea” es explicada en el *Tesoro de la lengua castellana española* de la siguiente manera:

«Antiguamente solos los reyes daban vestido señalado a sus criados; y hoy día en cierta manera se hace así, para ser distinguidos y diferenciados de todos los demás y porque estos tienen muchos privilegios y libertades, se llamó aquel vestido librea»³⁴⁵.

Si queremos aplicar un sentido espiritual a este término, tal como lo hizo San Juan de Ávila al escribir esta carta, aparece la idea, la petición de que Jesucristo rey, lo vista con la vestidura propia de los que quieren servirle, de los que son de su bando... En el fondo lo que se busca y se pide es la configuración con Jesucristo, ser de Él plenamente y vestir su misma vestidura, que en la cruz no es otra que la sangre. Así mismo lo afirma San Juan de Ávila en esta *Carta 58* como citábamos anteriormente³⁴⁶.

Esta sangre, derramada por nosotros es la vestidura que Cristo ha querido vestir por nosotros, y de nuevo esta contemplación provoca en San Juan de Ávila el anhelo de querer vestir como Él vistió³⁴⁷. Aquí se unen la espiritualidad eucarística, con el misterio pascual que emanan del amor del Corazón de Cristo. El Santo doctor entiende que si Cristo vivió y asumió esta “librea”, ¿cómo vivir de otra manera los que se llaman discípulos de Jesucristo?

Este pensamiento es el que está de fondo en todas las obras del Santo siendo además lo que provoca en nosotros la experiencia de tanto amor recibido del mismo Dios. Considera todo como pérdida comparado con tener a Jesucristo, al igual que su modelo apostólico San Pablo³⁴⁸.

La sangre de Cristo es redentora y obra por medio de los sacramentos de la Iglesia. Esta idea la desarrolla precisamente San Juan de Ávila en varios sermones del Santísimo Sacramento relacionándolos además con el contexto de la Pasión³⁴⁹. El Santo doctor afirma:

³⁴³ *Carta 58*, OC IV, 269.

³⁴⁴ La regla 11 del *Sumario de las Constituciones de la Compañía de Jesús* dice: “Así los que van en espíritu y siguen de verás a Cristo Nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario: es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su debido amor y reverencia”.

³⁴⁵ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana española* (Barcelona: Alta Fulla, 1943).

³⁴⁶ “Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga dende pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en ti cosa que no estuviere teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso”; *Carta 58*, OC IV, 268.

³⁴⁷ Se encuentran grandes consonancias con la espiritualidad Ignaciana (EE 95) y con la corriente de la *devotio moderna*, floreciente en la época.

³⁴⁸ Flp 3, 8.

³⁴⁹ Cf *Sermón 33* y *Sermón 58*, OC III.

«¡Oh preciosísimos vasos, que contienen tal licor, que es la gracia, y en los cuales mora y obra la virtud de la sangre de Cristo, por la cual se nos ganó la gracia con que bien vivimos y nos salvamos!»³⁵⁰.

Es en cada Eucaristía donde la sangre de Cristo vuelve a ser ofrecida para el perdón de los pecados, y donde su carne es prenda de Redención y amor. La Eucaristía es, por tanto, el lugar en el que encontramos la manifestación del amor, del verdadero amor. Un amor que transforma nuestra vida y nos mueve a amar. Se trata de un amor presente en la tierra por este Sacramento, pero que tiene sabor de eternidad:

«No pienses que, porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá (cf. 2 Re 2,13), que fue el palio de su carne preciosa en memoria de su amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti, más aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel (cf. Jn 19,34); porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es* (Jn 19,30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: *Jesucristo ayer fue y hoy es también, y será en todos los siglos* (Heb 13,8); porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será siempre, para todos los que le buscaren»³⁵¹.

De nuevo encontramos Pasión, Eucaristía y Corazón traspasado por amor, unidos en un mismo texto, que nos está expresando el resumen de su propia experiencia espiritual acerca del amor de Dios. No se puede dar “amor y olvido”, por ello la Eucaristía es prenda y a la vez presencia de este amor. Y la herida del costado es puerta a la intimidad del Padre, es signo de una verdadera amistad que permanece siempre en el tiempo, ya sea en vida y en muerte, en gozo y en dolor... pues aunque todo pase, “no acabó su amor”.

La Eucaristía ha sido entendida siempre por toda la tradición como Sacramento de amor. Santo Tomás expresa que la Eucaristía es Sacramento del amor, significa amor, produce amor pues la Eucaristía realiza aquello que significa³⁵². Y así lo vive San Juan de Ávila y lo contagia en sus escritos. El Santo doctor pone a Jesucristo en el centro y como buen teólogo místico y Maestro espiritual es capaz de guiar hacia la unión con el Señor, hacia la configuración con Él, a tener todos, la condición de Jesucristo³⁵³.

2.1 Poseer al Padre incorporados a Cristo

La verdadera transformación del corazón del hombre no es fruto exclusivo del esfuerzo humano que, aunque necesario e imprescindible no es suficiente. El hombre está necesitado de la gracia para que sus sentimientos, pensamientos, deseos, anhelos vayan siendo progresivamente cristificados. En palabras de San Juan de Ávila, la obra de la Redención consiste precisamente en que “el hermoso Verbo de Dios, dechado de hermosura” viene a hermoearnos³⁵⁴. Por esto siendo incorporados a Cristo, somos “hermoeados”, transformados, y así poseer al Padre en su Hijo, ya que “el Corazón del Padre, su Hijo es”³⁵⁵. Este llamar al Hijo “el Corazón del Padre” es una manera de decir que es el Amado del Padre.

³⁵⁰ *Sermón 33*, n 11, OC III.

³⁵¹ *Tratado del Amor de Dios*, n 14, OC I, 974.

³⁵² Martínez-Gayol, “La eucaristía, espacio de reparación” en *Retorno de amor*, 327.

³⁵³ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 843.

³⁵⁴ *Ibid.*, 690.

³⁵⁵ *Sermón 34*, n 8, OC III, 419.

Este *Sermón 34* que acaba de ser citado, nos va adentrando en la teología avilista acerca del misterio de la unión con el Padre en Cristo que tiene como consecuencia lógica la santificación del hombre como fruto de la incorporación a Él.

En el sermón, se presenta un exordio, algo frecuente en la época, también en San Juan de Ávila, donde suscita una pregunta, que va a procurar responder a lo largo de todo el discurso: “¿Quién herirá el Corazón del Padre?”³⁵⁶. Se percibe que la predicación se realiza en un contexto litúrgico y que pretende ilustrar a los fieles y al mismo tiempo suscitarles el deseo de “herir por el amor” al Corazón del Padre.

Dentro de este sermón San Juan de Ávila va adentrándose en algunos aspectos teológicos necesarios para concluir en este misterio de la incorporación a Cristo que es en definitiva ser “hijos en el Hijo” y por tanto ser transformados en Él, teniendo su mismo Corazón, siendo Corazón del Padre, pues somos nosotros Cristo. Así se alcanza, se posee al Padre, siendo incorporados a su Hijo.

La primera reflexión teológica que realiza San Juan de Ávila en este sermón es acerca del misterio trinitario. En todos los escritos avilinos están presentes las tres divinas personas. Aunque ciertamente es menos frecuente encontrar en ellos una explicación del misterio trinitario en sí mismo. Pero no hay duda ninguna de que la espiritualidad avilista es trinitaria³⁵⁷.

En el *Sermón 34* encontramos los datos básicos sobre la Trinidad que recoge de forma magistral el Santo Maestro y los expone al pueblo con términos sencillos:

«Amar a uno es darle señorío sobre sí mismo; es captivarse, y encarcelarse, y parar en señorío de él. ¿Pues quién no alabará aquel eterno Padre, principio no sólo de los ángeles y hombres, mas de todo lo criado, y aun de las dos Personas, Hijo y Espíritu Santo, del cual, como dice San Pablo, toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra? (Ef 3,15). Un Padre del cual el Hijo y el Espíritu Santo reciben todo lo que tienen, y El de ninguno lo recibe, de sí mismo tiene lo que tiene, y es lo que es. Mas ¿quién dirá qué es? Es un Poder infinito que llegó a poder engendrar un Hijo igual y semejable a sí mismo ; es una Bondad tanta, que llegó a dar toda su esencia a su Hijo por vía de generación y al Espíritu Santo por vía de amor; y, finalmente, es un piélago de infinitas perfecciones, que, por mejor decir, es una infinita perfección, al cual los ángeles reverencian, y las dominaciones adoran, y los poderes tiemblan, y las dos divinas Personas conocen que es su principio, y que, aunque haya entre ellos suma igualdad, y más que igualdad, pues es unidad en la misma naturaleza, mas con esto está la autoridad del Padre, del cual las dos Personas divinas reciben lo que tienen, y el Padre no de ellas ni de otro ninguno»³⁵⁸.

En este sermón, San Juan de Ávila habla de la única naturaleza y al mismo tiempo de las tres personas presentando como el Hijo procede por generación y el Espíritu Santo por vía de amor. Se señala además la igualdad y la peculiaridad de cada una de las tres personas³⁵⁹. Pero siendo esto así, en este número 3 del *Sermón 34* se está definiendo al Padre en la relación con el Hijo y el Espíritu. Se presenta al Padre como fuente y origen de todo lo creado y cómo las dos personas divinas reconocen en él su principio, aunque

³⁵⁶ *Ibid*, n 5, 418.

³⁵⁷ Juan Esquerda Bifet, *Diccionario de san Juan de Ávila* (Burgos: Monte Carmelo, 1999), 921.

³⁵⁸ *Sermón 34*, n 3, OC III, 418.

³⁵⁹ Esquerda Bifet, *Diccionario de san Juan de Ávila*, 922.

sean iguales. Toda la teología avilista en este punto es tomista³⁶⁰, sobre todo al tratar la cuestión de las relaciones intratrinitarias.

No podemos olvidar que el Santo doctor es profundamente pastoral al mismo tiempo y por ello después de resumir los contenidos teológicos acerca del misterio trinitario, encontramos en sus cartas como ayuda a las almas a unirse a la acción de las divinas personas que quieren actuar en el hombre para ir transformándolo en amor progresivamente. En una carta dirigida a un predicador vemos como el Santo insiste además en la vivencia del misterio de Dios en la propia alma para poderlo transmitir a quienes tiene encomendados:

«Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dio a su Hijo, y con Él nos dio a sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y goce de Dios, pues Dios se le da. Y si le desmayan sus deméritos, acuérdesese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da, es suelta de nuestras deudas y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados»³⁶¹.

Pero San Juan de Ávila después de presentar el misterio trinitario continúa este sermón ofreciendo otro aspecto teológico de gran valor: la mediación de Cristo.

No es extraño en el Santo Maestro que en un sermón de carácter Eucarístico presente diversos aspectos teológicos, pues una de las características fundamentales de Ávila es precisamente la vivencia unitaria del misterio de Cristo. Por eso, en una predicación de jueves Santo como es esta, Trinidad, mediación de Cristo, Pasión, Eucaristía son una única realidad.

San Juan de Ávila vivía, amaba, predicaba a Jesucristo ante todo como mediador entre Dios y los hombres. Para el Santo Maestro la mediación de Cristo tiene su origen en el misterio trinitario y más propiamente en el amor del Padre por ello en este sermón se presentan íntimamente relacionados³⁶².

San Juan de Ávila predica acerca de ese deseo de Dios de unirse con el hombre. El hombre es el tesoro de Dios, y donde está el tesoro allí está el corazón (Mt 6, 21). Jesucristo es quien hace posible esta unión de la humanidad con Dios en virtud del misterio de la Encarnación. Viene a enriquecer a quien lo acoge, a transformar la vida de quien se une a Él incorporándose así a la Redención:

«Cierto es así, que el divinal y paternal corazón, conmovido de su entrañable bondad, se quiere poner en los hombres, y tenerlos por su tesoro, no para enriquecer Él en ellos, sino para que, juntándose con ellos, los haga tan ricos, que lo posean a Él. Y el medio que para juntarse estos extremos tomó, fue su santísimo Hijo, Jesucristo nuestro Señor, según Él mismo lo dice: *Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene al Padre sino por mí* (Jn 14,6). Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo, su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay si Él no; porque, aunque los santos lo sean, sonlo por Él y sonlo porque Él fue medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios; y que para todos es medianero, si quieren llegar a Él»³⁶³.

³⁶⁰ En este número 3 del *Sermón 34* tratando el misterio trinitario san Juan de Ávila cita la *Summa Theologiae I q 33-36*.

³⁶¹ *Carta 160*, OC IV, 550.

³⁶² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 669.

³⁶³ *Sermón 34*, n 6, OC III, 419.

Las imágenes usadas por San Juan de Ávila en este sermón aplicadas a Jesucristo, son la de “escalera” o la de “puerta abierta” y quieren hacer más significativa su mediación expresando como por Cristo tenemos libre acceso al Padre³⁶⁴. Es más si el deseo de Dios es poner el corazón en su tesoro que son los hombres, que es toda la humanidad, San Juan de Ávila llega a decir con toda rotundidad:

«¡Oh divinal amor del Eterno Padre, que puso por puerta para entrar a Él a Jesucristo, su Hijo, según Él lo dijo (cf. Jn 10,9); y la pone tan cerca de los hombres y tan abierta de par en par, que parece que está convidando a que éstos entren por ella! El Corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el Corazón del Padre tiene. Pónelo en aquel relicario descubierto, a que todos lo miren, tan en público como lo veis allí»³⁶⁵.

En el Corazón del Padre que es Cristo, se une a Dios y la criatura, la pobreza y la riqueza... se juntan los extremos, y esta es la clave de la mediación de Cristo, he aquí su sacerdocio³⁶⁶. Es por eso por lo que en Cristo se produce un cambio de lógica, un cambio de perspectiva. Pasamos de la dinámica del pecado, a la dinámica del amor.

Gracias a la mediación de Cristo, el Padre derrocha sobre nosotros su mirada de amor. Y es Cristo quien pone en nosotros su hermosura abrazando por nosotros la cruz. En el *Tratado del amor de Dios* Ávila expresa esta misma idea que continúa manifestando que el Hijo es el Corazón del Padre:

«Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres, si hay alguno que la quiera saber. Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas que dijo el jueves de la cena: Por que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, ¡levantaos y vamos de aquí! (Jn 14,31). ¿Adonde? A morir en la cruz. Cata, pues, aquí, ¡oh ánima mía!, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol cuanto son mayores los rayos que le hacen reverberar. Los rayos del fuego de este Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberan sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?»³⁶⁷.

Todo esto nos pone de manifiesto que el “ser filial” representa la realidad más profunda, sustantiva y definidora de Jesús³⁶⁸. Es precisamente ser “el Hijo” igual al Padre y al mismo tiempo hombre, lo que le convierte en mediador entre ambos.

San Juan de Ávila continuando con la doctrina de las miradas pone el acento en la mediación del Hijo. De nuevo recurrimos al *Tratado del amor de Dios* para profundizar en esta cuestión teológica de la mediación de Cristo:

«Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó, y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar El tus pasiones y heridas, procede mi remedio y salud,

³⁶⁴ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 670.

³⁶⁵ *Sermón 34*, n 6, OC III, 419.

³⁶⁶ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 670.

³⁶⁷ *Tratado del amor de Dios*, n 4, OC I, 961.

³⁶⁸ Gabino Uribarri Bilbao, *La mística de Jesús* (Santander: Sal Terrae, 2016), 123.

porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre y Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!»³⁶⁹.

La salvación de los hombres está en este cruce de miradas entre el Padre y el Hijo. Y la mirada de Dios no es otra cosa que el elemento relacional, comunicativo del amor y de la gracia que nos alcanza y nos salva en y por Cristo³⁷⁰.

En los números 10, 11 y 12 de este *Sermón 34*, San Juan de Ávila usa los términos robar, codiciar... todo para manifestar que lo que debemos desear, codiciar y robar es al Padre, que es la verdadera riqueza, y no las cosas de este mundo, que son pasajeras y vanas. Cristo viene a nosotros como mediador para que podamos “robar” el Corazón del Padre que es el mismo Cristo Eucaristía. Por eso el que bien comulga hiere el Corazón del Padre, lo alcanza, lo roba:

«Cristiano, ¿no ves que tienes tantas razones para lo amar, que no debías preguntar: «Cómo querré bien a Jesucristo», sino: «Cómo lo dejaré de querer»? Si algún exceso hubiese, en su amor había de ser, y decir: «¿Qué haré, que me veo tan aficionado a El, que antes es menester freno que espuelas?». Amar a Jesucristo y quererlo, esto es lo que cuesta el ser amado del Padre. Y si quieres oírlo en menos palabras, el que bien comulga y se tiene por suyo, éste ha vencido, éste ha herido el corazón del omnipotente Dios Padre. Cuando amas a Cristo y por su amor te pesa de los pecados que has hecho, entonces mueres a ti y estás hecho hábil para ser comido; porque vivo, si primero no muere, ¿quién le comerá? Y cuando con este amor y con la fe católica, confiado en la Pasión del Señor, te llegas al altar y recibes aquel Señor que allí está, entonces El, como más fuerte, según está dicho, te come a ti y te transforma en sí. Y con este engrudo de fe y amor quedas unido con El y hecho miembro vivo de Él, y descienden sobre ti los rayos del divino amor paternal, y te recibe por hijo, y te honra y enriquece como a tal»³⁷¹.

La comunión es el amor y el signo del amor. Si amamos al que ha muerto por nosotros en la cruz, se empieza a sentir dolor por los pecados, y esto es morir a sí mismo. Se produce un morir que es el que nos hace aptos para ser comidos por Cristo.

Cuando comulgamos “comemos” a Cristo, pero lo que ocurre en realidad es que Cristo nos asimila a nosotros, esto es: somos incorporados a Él. Nos convertimos en “persona mística” con Él:

«Los amorosos ojos de Dios, según hemos dicho, la adopción de hijos, la gracia y dones del Espíritu Santo, en sólo Jesucristo están y a El sólo se han dado como a fuente; y aquel sólo gozará de ellos que se incorporare en Jesucristo y fuere cosa de El, no como quiera, sino como miembros o cuerpo, que con su cabeza hacen una persona mística, cual es Cristo y la Iglesia. Quien está en Cristo como miembro vivo, hijo es agradable, es heredero, no como cosa apartada de Cristo, sino como cosa de El, y, según se ha dicho, que se llama El»³⁷².

Por tanto, robar el Corazón del Padre, es en definitiva incorporarse al Hijo, y este misterio de la incorporación en el Hijo se realiza por la comunión. Por la comunión yo estoy en Cristo, y Cristo en mí. Cuando el Padre me ve, me ama en Cristo. Esta es la experiencia de la mediación de Jesucristo. Él es la cabeza, nosotros su cuerpo. Por tanto,

³⁶⁹ *Tratado del amor de Dios*, n 12, OC I, 972.

³⁷⁰ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 674.

³⁷¹ *Sermón 34*, n 14, OC III, 422.

³⁷² *Ibid*, n 19, 423.

Dios no nos ama como algo que por sí mismo es, sino que nos ama como algo incorporado a Cristo:

«¡Cuan dulce cosa, Señor, es de pensar que, desde que fuiste concebido en el virginal vientre de nuestra Señora, tomaste por empresa y perdiste sobre ello la vida de que, como el Padre te amaba a ti, amase también a los tuyos! Y como Rut rogaba a Booz que extendiese su ropa sobre ella (cf. Rut 3,9), así rogabas tú a tu Eterno Padre que el amor con que te amaba y cobijaba no te calentase ni parase en ti sólo, mas pasase a los tuyos, haciéndolos participantes del corazón y amor paternal. Voz tuya fue, Señor; oración tuya fue con que oraste al Padre; en esta noche del Jueves Santo, un poco antes que fueses al huerto a ser preso por nosotros, muy más preso tú de nuestro amor, dijiste al Padre: *El amor con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos* (Jn 17,26). ¡Oh cosa admirable! ¡Oh empresa digna de tal Hijo! ¡Oh verdadero medianero y reconciliador, lazo de amor entre el Padre y nosotros! Yo en ellos, dices, Señor. ¿Quién son estos ellos, sino aquellos que bien te reciben con el cuerpo y con el ánima? Yo en ellos, como está la cabeza en sus miembros; y el amor con que me amaste esté en ellos. Y si queréis saber por qué, porque Cristo está en ellos, como en la misma oración lo había declarado, diciendo: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfeccionados y conozca el mundo que me enviaste y los amaste a ellos como me amaste a mí* (Jn 17,23). El amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres; de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres»³⁷³.

El gran problema del hombre es ser amado por sí mismo, y no por Cristo, por la incorporación a Jesucristo. La Eucaristía es presentada por San Juan de Ávila como la consumación de los demás sacramentos. Es consumación de esta incorporación a Cristo, que además nos capacita para amar a los demás como Él ama, pues al vivir en Él, participamos de la dinámica de su amor.

2.2 Transustanciación operada en el corazón del hombre

«¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Sed vos todo suyo. ¿No osáis? ¿Tan duro, ¡ciego de vos!, que teméis trocaros a vos por Dios? ¿Por qué teméis daros a Él y ofreceros a su voluntad? «Señor, yo me doy a vos, llevadme por do quisiéredes, yo me ofrezco a vuestra voluntad y me entrego a vos; y si fuere menester que me desnude delante de escribano, también lo haré». Mas dirá tu flaqueza: Si así todo me ofrezco a Dios, dirá Él: “Yo quiero que te venga este trabajo o esta afrenta”, y por eso no osáis. Si por lo que vos le dais os da a sí mismo, ¿no os atreveríades? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el pan en las manos y dice las palabras de la consagración; acabadas de decir, ya no hay pan; accidentes sí, pan no. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmudó el pan en el cuerpo de Cristo, por la transustanciación. Pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá dentro; que los sacramentos así son, que lo que muestran de fuera obran de dentro. Lavan os en el bautismo el cuerpo con agua, y lavan os los pecados del ánima con la gracia del Espíritu Santo. Cuando llegáis a comulgar, haced cuenta que vos sois el pan y que se ha de convertir en Jesucristo para que digáis con el apóstol San Pablo: *Vivo yo, ya no yó, vive Jesucristo en mí* (cf. Gal 2,20). Cuando me injurian, no me injurian a mí, que ya no hay yo, sino mi Señor Jesucristo vive en mí. ¡Oh dichosa tal vida y tal dádiva! Palabras, por cierto, bien lejos de vosotros. *Pues si alguno quiere venir tras mí, niegúese a sí mismo* (Mt 16,24). Mientras no dijéredes un no a vuestro sí y un sí a vuestro no, no habéis pasado a Cristo. Habéis de pasar por el: Cristo viva en mí, ya no yó. Quien a Cristo enoja, a mí enoja, y quien a Cristo alaba, a mí alaba; y quien a Cristo sirve, a mí sirve; porque ya no vivo en mí sino Él; ya se murió fulano, ya no soy yo, ya no vivo para mí, ni duermo para mí, ni trabajo para mí, ni hago cosa para mí. Viva Cristo y muera yo en mí, para que viva

³⁷³ *Ibid*, n 17, 422.

yo en Él. Esto es comulgar y esto habéis de pedir y desear. Señor, ¡que me torne yo vos!
¡Que de este altar no vuelva fulano, sino que, como el pan se muda en vos, así haga
yo!»³⁷⁴.

Con estas palabras tomadas del *Sermón 57*, el Maestro Ávila presenta como se opera en el corazón cristiano una transformación interior por la Eucaristía, la transustanciación del corazón del hombre en el mismo corazón de Dios.

La vida cristiana es definitiva vivir la misma vida de Cristo y para ello se requiere amar como ama Él, sentir como siente Él, ser Él mismo, tener su mismo Corazón³⁷⁵. Pero para ello, el corazón del hombre debe ser transformado por la gracia, por la acción del Espíritu Santo.

Al igual que el pan y el vino se presentan en el ofertorio de la Eucaristía para ser convertidos, transustanciados, por la acción del Espíritu Santo durante la epiclesis en cuerpo y sangre de Cristo, del mismo modo, el corazón del cristiano es transformado, transustanciado en el Corazón de Cristo. En la celebración de la Eucaristía, tras la consagración de las especies eucarísticas, el sacerdote vuelve a invocar al Espíritu Santo para que la asamblea se convierta en un sólo cuerpo, en el cuerpo de Cristo, en el Corazón mismo de Cristo. Así lo expresa la liturgia en la plegaria eucarística:

«Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la Pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y Santo. Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de tu Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu»³⁷⁶.

Siendo fortalecidos con el cuerpo y la sangre de Cristo y por la acción del Espíritu somos transustanciados en un sólo cuerpo: el cuerpo de Cristo. Es por eso por lo que el cristiano se va haciendo “cristiano”, es decir Cristo, conforme más participa del misterio Eucarístico en sus diversas formas. Vamos siendo “ofrenda permanente” cuando nuestra vida se une a la de Cristo. Y es una unión que se da en el amor.

Para San Juan de Ávila la transformación del amado en el amante es la cima de su espiritualidad³⁷⁷. Es el amor el que hace que se fundan las voluntades, que dos sean uno. Por ello el amor es el motor al acercarnos a la Eucaristía, y en amor nos convierte la Eucaristía. Un amor que hace un mismo querer y no querer. Así lo expresa el Santo doctor en una de sus cartas:

«Porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una quiero decir, que tengan un querer y un no querer. Como el querer y el amor que nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los santos es un amor y un querer con que se aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en sí tan bueno y tan glorioso,

³⁷⁴ *Sermón 57*, n 15-16, OC III, 774.

³⁷⁵ “Si me mandáis, Señor, hacer lo que vos hicisteis, dadme vuestro corazón”. Este ha de ser vuestro ahínco: “Señor, dadme vuestro corazón”. Estas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de misas. ¿Hay más que esto? Quien da su corazón, ¿qué no dará? Esta es cristiandad, una gente según la condición de Cristo» *Sermón 57*, n 20, OC III, 776.

³⁷⁶ Plegaria eucarística III.

³⁷⁷ Andrés Martín, *San Juan de Ávila, maestro de espiritualidad*, 132.

tan digno de honra como es. Y como vean en Él todo aquello que ellos desean, sigúeseles de aquí el fruto del Espíritu Santo (cf. Gal 5,22), que es un gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo»³⁷⁸.

Es Cristo quien obra en el corazón del creyente como obró en las calles de Galilea y Jerusalén con los enfermos, los niños, sus discípulos... Él sigue actuando desde la Eucaristía y sigue operando la transformación de los corazones. El Santo Maestro Ávila lo entiende así cuando en el *Sermón 50* exclama:

«Meta cada uno en su conciencia su mano y mire qué pasto recibe de la mano de este bendito Pastor cuando viene a misa, cuando le adora, y principalmente cuando comulga y lo recibe en su pecho. Que verdad digo, y verdad de Dios, que este Príncipe nuestro, Jesucristo, Médico y Pastor amoroso, está entre nosotros, y Él mismo entra en nosotros y obra en sus ovejas todo lo que obró por las calles, plazas y templo de Jerusalén. Mirad vos que lo recibáis bien; que por su parte Él sanará vuestras enfermedades, que os quedaron como reliquias *del día de la nube y de la obscuridad del pecado original*, y, según he dicho, aún de las reliquias de las malas costumbres y de la flaqueza de la virtud que de los pecados que vos habéis hecho os han quedado, y, finalmente, hallaréis aquí lumbre contra la ignorancia de lo que debéis hacer; hallaréis bondad contra vuestra malicia; facilidad para bien obrar, contra la dificultad que sentís; y ese malo y extraño calor que se llama concupiscencia o *fomes peccati*, que mora en nosotros, que nos va gastando nuestra virtud y enflaqueciéndonos y siendo causa que caigamos en pecado, este divino Sacramento, este Médico y Pastor enviado del Padre, con el rocío de su gracia templa aquel mal calor para que no nos gaste tanto ni tenga tanta fuerza en nosotros»³⁷⁹.

Conviene señalar que el Santo no sólo habla de la comunión sacramental, sino también de la celebración de la Eucaristía y de la adoración. Eucaristía adorada, celebrada y recibida son las claves de la espiritualidad eucarística que hace posible la transformación del hombre.

Cristo no es un simple referente moral y por tanto no realizamos un seguimiento de su persona de manera externa o ajena, sino que estamos llamados a la divinización. La divinización es el camino de configuración con Cristo, una incorporación a Él con nuestra entera humanidad que se hace en el espíritu de filiación que compartimos con Él ya que somos “hechos hijos en el Hijo”³⁸⁰.

Este misterio de transformación es, en definitiva, un proceso de conversión del corazón que ciertamente parte de Dios y provoca en el hombre una sorpresa, pues se ve flaco. Pero es Dios quien actúa. Unas veces de repente, otras en su mayoría como fruto de un proceso. Lo que si es cierto es que siempre provoca admiración como indicábamos anteriormente, pues es el Señor quien pasa y deja huella de su amor, es más, pone sus mismos sentimientos en el hombre, pone su mismo Corazón.

Trata este punto el Santo Maestro en el *Audi filia* hablando precisamente sobre la admiración que produce:

«¡Cuán mejor librados son los que, con deseo de servir a Dios, han elegido aquesta verdad! Aunque todos los que le sirven gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón, más principalmente gozan de aquesto los que

³⁷⁸ Carta 26, OC IV, 160.

³⁷⁹ *Sermón 50*, n 24, OC III, 708. Hace una alusión a Ex 34,12.

³⁸⁰ Ángel Cordovilla Pérez, “El camino de la salvación” en *Retorno de amor*, 37.

le sirven con aprovechada virtud; muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados a ella, que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación a obrar que, por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables captivos, y tan flacos para se libentar de un tirano tan fuerte, unas veces por oír un sermón, otras por se confesar, otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios, que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que, captivando a quien los tenía captivos, sacó a ellos del captiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado que muchas veces, en menos tiempo que un mes y que una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad que eran primero amadores de ella, diciendo de corazón: Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado a tu ley (Sal 118,163); y tan de verdad que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (cf. Rom 8,38-39). ¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó a muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la Iglesia cristiana se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña»³⁸¹.

Donde se opera fundamentalmente este cambio, esta conversión del corazón humano en el Corazón de Cristo es ciertamente en la Eucaristía.

El culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida y los va transfigurando³⁸². Este principio de fe es esencial para poder comprender qué significa ser cristiano y como nuestra vida está implicada de manera personal en el misterio de la Redención.

El Papa Benedicto XVI lo expresa con palabras vibrantes en *Sacramentum caritatis*:

«La Eucaristía al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por la gracia imagen del Hijo de Dios (cf Rm 8, 29s.). Todo lo que hay de auténticamente humano, pensamientos y afectos, palabras y obras, encuentra en el Sacramento de la Eucaristía la forma más adecuada para ser vivido en plenitud»³⁸³.

Es en el contacto con Cristo Eucaristía, con sus sentimientos, como el hombre se siente además interpelado. En la relación con Él uno queda “atónito” y por tanto dispuesto para que la gracia opere esa transustanciación en el corazón humano. Esta transformación se realiza por la acción de Jesucristo en el alma y al reconocerle a Él como su verdadero bien. Pero la respuesta a este proceso por parte del hombre es de agradecimiento y correspondencia amorosa a tanto bien recibido. La entrega de Cristo provoca en el hombre el deseo de entregarse él también a tanto amor recibido³⁸⁴. Este es el signo de que se está operando la transformación del corazón del hombre en el mismo Corazón de Cristo pues crece en él la caridad. Así lo expresa el Santo Maestro en uno de sus sermones Eucarísticos:

«Cuando comulgas, di: “¡Oh luz que alumbras la obscuridad de mi ánima y ámasme tú tanto a mí!, ¿y no te amaré yo a ti? ¿Diste tú a mí y no me daré yo a ti? ¿Tú en mí y yo no en ti? ¿Diste y entregaste tu vida por mí y viviré yo más para mí? Yo soy tu esclavo, Señor; yo soy tu siervo; tú me compraste y me redemiste. A ti debo la vida de mi ánima,

³⁸¹ *Audi filia II*, cp 36, n 1, OC I, 614-615.

³⁸² Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, n 71.

³⁸³ *Ibid.*

³⁸⁴ Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 763.

tuyo soy en muerte y en vida. Esté yo triste porque estés tú alegre, trabaje yo porque descanses tú, deshónrenme [a] mí porque honren a ti”»³⁸⁵.

2.3 “Recibiendo este pan, participamos de su virtud”: Caridad de Cristo, caridad del cristiano

«Lo cual, oído por Gedeón, adoró al Señor, y con buena esperanza de la victoria tornóse al real; y con solos treientos hombres, y sin que usasen de sus armas, venció innumerable copia de gente, para que se cumpliese la verdad de Dios que el otro había soñado: Que la virtud del pan cocido debajo de la ceniza fue bastante a destruir el ejército de Madián. Alabado seas, Señor, para siempre, que confortaste a Gedeón con el sueño y a nosotros con la verdad allí figurada, y por eso nuestro confort es mayor, pues tenemos en nuestro favor al verdadero Pan, Jesucristo, concebido y cocido con humildad y en forma redonda como estaba el otro; en el cual nuestros enemigos ¡sean cuales fueren, sean cuantos fueren! serán destruidos y vencidos de los que, recibiendo este sagrado Pan, somos hechos participantes de su virtud»³⁸⁶.

En este camino de la configuración con Cristo, que como decíamos es progresiva, se produce en el hombre por la participación en la Eucaristía una participación directa en la virtud de Jesucristo. Así lo ha expresado el Santo Maestro en este *Sermón 54*. La virtud primordial es ciertamente la caridad.

Comienza esta cita con un ejemplo tomado del Antiguo Testamento, algo muy frecuente en el Santo que destaca su profundo conocimiento de la Escritura. Aquí es significativo que usa un texto que posee un contenido bélico, de lucha. Se trata de una lucha contra el ejército de Madián que era necesario destruir y describe como lo logran por la fuerza que viene del pan cocido debajo de ceniza que han podido comer. Para nosotros la lucha se sigue fraguando en el camino de la virtud. Nuestros enemigos son las pasiones desordenadas, el pecado, la dinámica del mal en la que nos encontramos muchas veces sumergidos por el mal uso de nuestra libertad... Nuestro principal enemigo es el desamor. La falta de amor a Dios y al prójimo. Y es precisamente nuestra fuerza Jesucristo, el pan de vida, cocido con humildad. Al igual que el pan del Antiguo Testamento era cocido debajo de ceniza, que es símbolo de penitencia y humillación, el pan de la Eucaristía es cocido debajo de humildad, la humildad de Dios que asume la naturaleza humana en el misterio de la Encarnación y toma la condición de esclavo (Fil. 2, 6-11). Humildad de María que acoge con su sí el misterio de la Encarnación del Verbo y así, este pan bajado del cielo y concebido y cocido con humildad, se convierte en el alimento que fortalece y nos hace partícipes de su virtud, de su caridad, para transformar así la dinámica del pecado, en la dinámica del amor.

Por tanto, para San Juan de Ávila, amor a Dios y amor al prójimo es un mismo amor. En el fondo la caridad cristiana es entendida por él como una participación en la misma caridad de Cristo, en los sentimientos de su Corazón.

Vemos en el *Tratado del amor de Dios* cómo es el amor de Cristo y cómo debe irremediamente llevar al hombre que lo recibe como pan bajado del cielo, a tener la misma correspondencia de amor con Él. Y aún más: amar a todos los hombres, a todos y cada uno como lo ama Jesucristo. Ávila sitúa a Jesucristo deseando corresponder al amor del Padre, “dador” de todas las gracias y escucha su voluntad:

³⁸⁵ *Sermón 49*, n 9, OC III, 639.

³⁸⁶ *Sermón 54*, n 40, OC III, 714.

«Pues añadido más: que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano (cf. 1 Tim 2,4), que estaba perdido por la culpa de un hombre (cf. Rom 5,18); y que deste negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta impresa tan gloriosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas de obrar es por amor porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor, concebido en sus entrañas, les hace trabajar, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario»³⁸⁷.

Esta empresa del amor es tomada por el Hijo “a pechos”, es decir está en sus mismas entrañas, brota de su mismo Corazón. Y no descansa hasta llevar adelante la obra de la Redención. De las entrañas de Dios brota el deseo de la salvación a todos los hombres. Esta es la caridad de Cristo precisamente, liberar al hombre del pecado y del mal hasta las últimas consecuencias, hasta la cruz.

El deseo del cristiano debe ser el mismo deseo de Dios en Cristo. Debe ser que el mundo descubra el amor de Dios. Viviendo precisamente este amor el hombre se va haciendo bueno y por ello la caridad con el prójimo brota directamente de esta experiencia fundante.

El mismo San Juan de Ávila lo expresa así en otro de sus sermones Eucarísticos, donde además se destaca el valor de la verdadera amistad con Cristo y por tanto la que puede darse también entre aquellos que se han dejado transformar por Él y tener su misma condición:

«Sepan todos que nuestro Dios es amor y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés. Y porque los que le amaren y Él amare es razón que sean buenos —porque Dios aborrece al malo y a la maldad (cf. Sab 14,9) y es enemigo capital de los malos, y ninguno habría bueno si Él no lo hiciese, ordenó con el gran deseo de tener amigos: de hacer buenos, aunque muy a su costa y con mucho trabajo, y perdiendo sobre ello la vida. Atended, hombres, qué gana tiene de amigos el que murió, ¡y tal muerte!, por hacer de enemigos amigos y tener a quien amar y le amasen: Ninguno tiene mayor amor, dijo Él, que poner su ánima que quiere decir su vida por los amigos (Jn 15,13); porque, aunque murió por los enemigos, fue a fin de cobrar amigos. Y de esta obra tan admirable y tan costosa, con cuyo precio quiso comprar amados cuando no los tenía, se verá claro qué trato les hace cuando los tiene y cuánto se huelga de los tener»³⁸⁸.

Insiste el Santo en el valor de la amistad con Cristo. El mismo Señor nos busca queriendo morir en la cruz a fin de cobrar amigos. Es en la cruz donde somos alcanzados por su amor y su amistad. Esto nos hace pensar también en que precisamente la caridad cristiana consiste en vivir el misterio pascual de Cristo queriendo cobrar amigos para nuestro Señor. Y además vivir en comunidad, en amistad este amor que se desea que todos sepan y descubran.

Son amigos de Dios precisamente aquellos que buscan su gloria, habituados a sufrir trabajos por Él y por el prójimo, son aquellos que tienen el corazón unificado con el de Cristo, lleno de fe y de caridad:

³⁸⁷ *Tratado del amor de Dios*, n 6, OC I, 959.

³⁸⁸ *Sermón 50*, n 3, OC III, 644.

«El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior, donde no entraban sino los sacerdotes. Y así el oír misa y honrar los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son a los cristianos que son amigos de Dios y a los que no lo son. Mas el corazón lleno de fe y de caridad, éste es el propio don de los amigos de Dios, y que distinguen entre los hijos de perdición y de salvación. Y así como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van a este Santo corazón, no porque estas obras engendren a este corazón, que sola la gracia de Dios lo da, más porque a los que hacen, según su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde nuestro Señor conforme a su grande misericordia. El corazón nuevo, así como es la cosa que más nos cumple tener, así es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dio el ser que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar el ser bueno, pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber o poder han de alcanzar este don, a cabo de muchos trabajos pasados y muchos caminos andados y probados, hállanse estar más lejos cuanto más cerca pensaban estar»³⁸⁹.

Tener el corazón lleno de fe y caridad es lo propio de los amigos de Dios. No es caridad las obras externas que se hacen sin este Corazón, sin “*los sentimientos propios de Cristo Jesús*” (Fil 2,6-8) pues serían obras que nacen de nuestra flaqueza. Las verdaderas obras de caridad son aquellas que brotan del corazón nuevo, y este corazón es el Corazón de Cristo en nosotros.

Para concluir este apartado citamos el *Sermón 50*, donde el Santo entiende la comunión como “fuego”, “carbón encendido” que al entrar en las entrañas del hombre nos hace partícipes de su calor que es su mismo amor. Sólo así es posible vivir las virtudes, vivir la verdadera caridad. Por la comunión participamos “de su calor”, que es el amor, y podremos así corresponderle participando además de todas las virtudes:

«Pues si su cuerpo, y todo entero, está aquí, ¿cómo tomando la hostia en las manos no pesa más que pesaba antes de la consagración? ¿Qué se hace del peso del cuerpo, y cuerpo tan grande? No parece, no obra, ni más ni menos que si no estuviese allí. Para que entiendas que como allí, tomándolo en las manos, no hace peso, así tampoco lo hace tomar su ley y su obediencia en las manos, que quiere decir las obras. Y a quien le parece que la guarda de sus mandamientos es grande carga, entienda, como dice San Agustín, que no ha recibido de Dios el don de su amor, con que la guarda de la ley se hace suave. Y si aquí está alguno a quien esto falta, y desea alcanzarlo, y me preguntare qué hará para ello, no sé mejor remedio que aparejarse con la gracia que el Señor le diere y confesarse y llegarse al altar, donde está el fuego de Dios que del cielo vino, y recibir aquella carne sagrada, que, por estar unida con la divinidad, la llama San Juan Damasceno carbón encendido; y metiendo el fuego en las entrañas, serán participantes de su calor y imitarán al que por ellos murió por amor. Y de ahí nacerá alcanzar las otras virtudes que ha menester para otra vez bien comulgar y para vivir como cristiano. Y si me preguntas cuáles o qué tales son, doite por libro en que las leer, por retablo en que las mirar, este divino Sacramento; que no sólo tiene fuego de amor para encender, más lumbre para enseñar, porque en él sólo está proveída la Iglesia de uno y de otro, como en la vieja ley en el templo había panes de la proposición para mantener y lumbre de candelas para mirar (cf. Heb 9,2)»³⁹⁰.

³⁸⁹ Carta 63, OC IV, 281-282.

³⁹⁰ Sermón 50, n 23-24, OC III, 651-652.

2.4 “Tener todos un corazón”: comunión eucarística y comunión eclesial

«Dice nuestra madre la Iglesia: Hasta que hagáis penitencia y os convirtáis al Dios que os crió, quiérais quitar los cantares de alegría y alabanzas a vuestro Dios, porque no cabe decir bien de uno y obrar mal contra él. Purificaos y alimpiaos, conoced vuestro pecado, demandad a Dios misericordia y ayuda para emendaros y comenzá a obrar como habláis; y hasta entonces no cantéis alegría ni alabanza, porque es desvergüenza muy grande. ¿Y el altar, por qué me lo cubren todo? Es menester estar aquí alguno que piense que, viviendo a su voluntad, está bien con Dios “el impío y su impiedad son igualmente aborrecibles ante Dios (Sab 14,9): ¡Si [nos] abriese Dios los ojos para que creyésemos este artículo! ¿Por qué me ponéis aquel velo? Mirad. El altar representa a Dios y los bienes que de Él nos vienen. Para darte a entender y traerte a buena recordación que, si estás en su ofensa, te asconderá su faz y no tienes parte en sus bienes. “Vuestras maldades han hecho una separación entre vosotros y Dios” (cf. Is 59,2). Y oye, hombre a quien toca esto, en el punto que al pecado tomaste, heciste división con Dios. ¡Bueno estarás sin tener parte con Dios! ¡Desventurado de ti, y qué pobre quedarás!»³⁹¹.

Con estas palabras duras de San Juan de Ávila iniciamos este último apartado. El Santo insiste en la necesidad de la unión entre a comunión con Dios (comunión eucarística en este caso) y comunión eclesial.

San Juan de Ávila une directamente el no decir bien uno del otro con a ofensa directa a Dios. Es decir, cuando el hombre no trabaja por la comunión con sus hermanos, por la comunión eclesial, no puede darse una verdadera comunión con Dios. Por eso se presenta la imagen del altar cubierto del todo, significando que no se puede dar culto a Dios sin la comunión con los hermanos. Si el altar representa a Dios y los bienes que de Él nos vienen, y en él se celebra el sacrificio de comunión, si no hay caridad, comunión, los bienes de Dios son malogrados y no agrada a Dios un sacrificio vacío de comunión.

De la Eucaristía brota necesariamente un camino de comunión eclesial. La Eucaristía es en el fondo “darse” como Cristo que es pan partido y sangre derramada. Por ello es necesario entregarse en favor de la comunión con Dios y los hermanos, darse:

«Este “darse” significa en primer lugar, aceptar comprendernos como un puñado de granos de trigo que nos dejamos moler por las exigencias de la comunión. Sólo desde esta actitud nos será posible a quienes participamos de la Eucaristía ser “un cuerpo” un cuerpo en comunión, “un cuerpo para la misión” que como el de Cristo, con Él, en Él y por Él vive totalmente entregado en favor de la vida del mundo. Un cuerpo, por tanto, solidario con los dolores, sufrimientos y esperanzas de nuestro mundo. Sólo así seremos signo de esperanza para la humanidad, siendo también nosotros “un cuerpo que se entrega”»³⁹².

Vivir la comunión eclesial nos hace poder vivir la comunión sacramental y viceversa, pues necesitamos también de la comunión con Cristo, de la Eucaristía para crecer en este espíritu comunal.

Ciertamente la Iglesia es más “testigo” de Jesucristo cuanto más vive la comunión y vive de la comunión, pues sigue le mandato de Cristo: “Padre que todos sean uno como tú y yo somos uno” (Jn 17,20-26).

³⁹¹ *Sermón 7*, n 9, OC III, 106-107.

³⁹² Nuria Martínez-Gayol, *Retorno de amor*, 350.

San Juan de Ávila en la *Plática a los sacerdotes de Córdoba* insiste en este aspecto. Les recuerda a los sacerdotes que si están unidos en plena comunión con su obispo como los miembros lo están a la cabeza, serán un signo más visible de Cristo para el mundo y además serán invencibles ante los ataques del mal. Así lo expresa el Santo Maestro:

«Y, si cabeza y miembros nos juntamos a una en Dios, seremos tan poderosos, que venceremos al demonio en nosotros y libraremos al pueblo de los pecados; porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seculares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que, si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra. Y de esta manera cobraremos la estima que hemos perdido con el pueblo por nuestra negligencia; cobraremos los años perdidos, que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido (cf. Jl 2,25); seremos agradables a los ojos de aquel Señor que ha puesto los suyos sobre nosotros, para elegirnos entre todos para su alabanza, familiar trato y servicio; y ganaremos nuestras ánimas y las de muchos; y seremos dignos de este excelente nombre de sacerdotes de Dios, y mereceremos, con su gracia reinar con Él en su gloria»³⁹³.

San Juan de Ávila expresa que la comunión, en este caso entre los sacerdotes y el obispo, influye poderosamente en la virtud del pueblo. Esto nos hace tomar conciencia de que la comunión eclesial genera virtud, santidad en su entorno.

En esta íntima unión de comunión sacramental y comunión eclesial percibimos que la Eucaristía, la “mística del Sacramento” posee un carácter social³⁹⁴. Así mismo lo expresa el papa Benedicto XVI en la exhortación *Sacramentum caritatis*:

«La Eucaristía es Sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (Cf Ef 2, 14). Solo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el cuerpo y la sangre de Cristo (Cf Mt, 5, 23-24). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia»³⁹⁵.

No podemos olvidar esta dimensión social de la comunión eucarística pues se trata de una consecuencia lógica de quien “comulga” con los sentimientos de Cristo. Pero al hablar de dimensión social se incluye, y además de manera apremiante la comunión eclesial. No por hacer referencia a lo social se refiere exclusivamente a los de fuera, que también, sino también y principalmente a los de dentro.

Pero no podemos olvidar que todo proviene de la gracia que el mismo Cristo nos ganó, en palabras de San Juan de Ávila, por ello necesitamos la comunión con Cristo, en Cristo, para vivir en comunión eclesial. La Iglesia vive de la Eucaristía y éste es el núcleo, la síntesis del misterio de la Iglesia³⁹⁶. Por tanto, es ella, la Eucaristía, la que la nutre y fortalece. Pensar que por nuestras fuerzas podemos alcanzar una plena comunión es hacer un planteamiento erróneo, sin fe, de la vida cristiana.

³⁹³ *Plática 1*, OC I, 795.

³⁹⁴ Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, n 89.

³⁹⁵ *Ibid.*

³⁹⁶ San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n 1.

San Juan de Ávila entiende que en la Eucaristía se da también la comunión en un sentido horizontal. Por este Sacramento se hace posible también la comunión con los hermanos:

«Padre, ¿qué es comulgar? ¿No rogaríades ahora a Dios que nos enviase quien nos lo dijese y nos lo diese a entender de veras? Decid: si tuviese el rey una mesa, como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo. Los que unos a otros se habían injuriado, los que habían reñido sentábanse todos a aquella mesa, y, en asentándose, no había más enojo ni más enemistad entre aquéllos; llamaban la mesa de la amistad, la mesa de la paz. Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión, de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar, mesa significa. Decid: si dijese el rey y mandase pregonar por todo el mundo: “El que me ha hecho alguna traición, si me ha ofendido en algo, por la cual injuria merecía la muerte, doy señal, que, si yo le convidare para que venga a comer a esta mesa, que yo le he perdonado”. Si hubieses tú hecho alguna traición, si te enviase a llamar el rey para que comieses con él, ¿qué alegría sentirías, qué regocijo, qué placer? “¡El rey me ha enviado a llamar para que coma con él, luego perdonado me tiene!”»³⁹⁷.

El Santo Doctor llama al altar “mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión de pobres y ricos”. La entrega de Jesucristo hace posible la reconciliación entre Dios y los hombres, pero también la reconciliación de todos los hombres entre sí³⁹⁸. Se trata de un volver a la relación, al estado original de gracia. La Eucaristía nos sintoniza con el sentir de Cristo: *para que todos sean uno, como tú, Padre en mí, y yo en ti* (Jn 17, 21).

La división y falta de comunión proceden del pecado original, y la Eucaristía viene a remediar nuestros pecados transformando el amor a nuestra propia carne, por el amor a la carne de Cristo:

«¡Oh qué chica trompeta es mi voz y qué poca gente para esto! ¡Aquí os quiero! Si comulgáis, ¿cómo no sois uno? La división de Adán viene, porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la carne de Cristo; no hay más de una carne aquí. Porque aquél amaba su sensualidad y aquél la suya, de ahí vino la división y la cisma, y que cuando uno lloraba, otro reía. “Pues yo —dice Dios— os daré una carne sola, y será más fuerte mi carne para haceros uno que la vuestra para haceros muchos”. Porque más fuerte es el amor y lazo que tiene el ánima con la carne de Cristo que con su propia carne. Si no, miradlo en los mártires. “Mucho amo mi carne —dicen ellos—, pero más amo la carne de mi Señor Jesucristo. Quiébrese este lazo que tengo en la mía y muera yo y viva Él”»³⁹⁹.

La participación en “su carne”, en la Eucaristía, no tiene una finalidad puramente individual, ya que al unirnos a Él somos su cuerpo, “una carne sola”. Identificándonos con Jesucristo estamos dispuestos a dejarnos partir y repartir siendo signos de unidad y comunión en un mundo dividido y separado⁴⁰⁰.

³⁹⁷ *Sermón 47*, n 28, OC III, 626.

³⁹⁸ «La participación en este Sacramento pone en primer plano el banquete: la fraternidad en torno a la mesa», Lorenzo Trujillo Díaz. Francisco José López Sáez, *Meditación sobre la Eucaristía* (Salamanca: Sígueme, 2008), 276.

³⁹⁹ *Sermón 57*, n 18, OC III, 775.

⁴⁰⁰ Martínez-Gayol, *Retorno de amor*, 354.355.

Es Cristo quien nos alcanza la gracia, quien nos concede este don. Nuestra misión es corresponder a tanto amor incorporándonos a Él, como decíamos anteriormente. Sólo así nuestra vida, nuestra Iglesia, nuestro mundo será transformado en Él, y todos tendremos un solo corazón, una sola condición: la condición de Jesucristo:

«Sois muchos, tenéis muchas carnes; yo os daré una carne sola, y será más fuerte carne, y seréis uno. Esto es comulgar. ¡Ni sabéis qué es comulgar, ni qué es comer una carne sola, ni qué es ser todos unos! ¿Sabéis qué es comulgar? Tener todos un corazón: *Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma* (cf. Hch 4,32)»⁴⁰¹.

San Juan de Ávila presenta en este *Sermón 57* como la unidad brota de la Eucaristía, de la incorporación a Jesucristo y no es fruto del puro esfuerzo humano. Llega a afirmar con San Pablo que solo el Corazón de Cristo podía hacer de muchos una unidad traduciendo 1 Corintios 2,16: *Nosotros tenemos el sentido o Corazón de Cristo, que todo es uno*⁴⁰².

Concluimos con un texto de San Juan de Ávila que invita a esta incorporación a Jesucristo sabiendo que Él viene a levantarnos y transformar la hiel de nuestro pecado en la dulzura de su amor por el misterio de la comunión:

«¡Oh maravillosa baja del Verbo divino hasta hacer hombre divino, que fue causa que aquella sacra humanidad fuese ensalzada a tener persona de Dios! ¡Oh admirable baja, y en alguna manera mayor, abajarse Dios humanado a unirse y tomar persona de los pecadores! Porque, aunque abajarse el Verbo divino a hacerse hombre es la mayor que puede ser ni pensarse, pues hay distancia infinita desde Él, que es Dios, hasta ella, que es criatura; más es criatura santa y santísima, limpia de todo pecado, y que tiene más abundancia de gracia y de gloria que los más altos serafines del cielo. Mas nosotros, con quien el Verbo divino se quiso unir, y en cuyo lugar se quiso poner, somos vilísimos pecadores desde nuestro nacimiento con otros muchos pecados que por nuestra voluntad hemos cometido. Y en pago de esta humildad profunda fue concedido a los hombres tanta honra, tanta alteza, que fuesen encorporados en Cristo y gozasen de sus bienes y representasen su persona. El abatimiento suyo fue en su sagrada Pasión; el levantamiento nuestro, en la sagrada comunión. De aquella hiél que Él gustó viene esta dulcísima miel que nosotros gustamos cuando comulgamos; y su hambre de allí nos harta aquí; sus heridas nos sanan; desnudo estuvo, y aquí nos viste; sed hubo, y aquí nos embriaga; y de aquella piedra, más dura para recibir bofetadas y golpes por nuestro amor que un diamante, nos harta el Señor con esta dulcísima miel, que hace dulces y enternece nuestros corazones, por duros que estén»⁴⁰³.

⁴⁰¹ *Sermón 57*, n 19, OC III, 775.

⁴⁰² Fernández Cordero, *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*, 769.

⁴⁰³ *Sermón 53*, n 22, OC III, 695.

CONCLUSIONES

Al finalizar este trabajo titulado: “El Corazón de Cristo en los sermones del Santísimo Sacramento de San Juan de Ávila”, quisieramos destacar algunas conclusiones que se desprenden como fruto de este tiempo de lectura y reflexión. Quisieramos realizar esta valoración en dos apartados. En un primer lugar extraer conclusiones en torno al tema escogido. Y en segundo lugar subrayar o destacar algunas consideraciones en torno al autor.

1. Conclusiones en torno al tema

El tema de estudio escogido es el Corazón de Cristo en los sermones eucarísticos de un autor concreto: San Juan de Ávila. Se trata de un tema amplio en cuanto a su profundidad teológica y al recorrido histórico. Al penetrar en ella en este trabajo podemos sacar algunos aspectos fundamentales a modo de conclusión:

1. En toda la tradición patristica, basada además en la Escritura, hablar del corazón de Cristo es inseparable de la Eucaristía y del misterio Pascual y en definitiva, de todo el misterio de Cristo. Mirar a la interioridad del Señor es algo que toda la tradición ha hecho desde siempre y queda patente en este trabajo, pues San Juan de Ávila nunca contempla el Corazón de Cristo como algo separado, sino que emplea la palabra cuando habla del misterio de Cristo, de la Redención de la Pasión, de la Eucaristía. No se habla del Corazón de Cristo como devoción aparte (que comienza en torno al siglo XVII con las revelaciones privadas de Santa Margarita María de Alacoque), sino que está totalmente entroncada en el misterio de Cristo, ya no sólo teológicamente hablando sino también espiritual y pastoralmente hablando. Así, la primera conclusión es precisamente la unidad del misterio de Cristo. Eucaristía, Pasión, Corazón de Cristo son dimensiones de la única realidad del misterio de la Redención, del misterio del amor de Dios.
2. El uso de imágenes cargadas de significado teológico-espiritual está muy presente en relación con todo el misterio de Cristo. Las imágenes como herida, fuego, fuente, escuela, bodega del vino, cárcel... ya aparecen en los Padres de la Iglesia, y perviven aún hoy a lo largo de los siglos. San Juan de Ávila las emplea dentro de su espiritualidad. Aparecen muy relacionadas con la centralidad que en él tiene el misterio de la Redención, el admirable intercambio realizado en la Pasión-Muerte y Resurrección y la idea de la transformación del hombre. Es también muy destacado en él la abundancia de citas bíblicas y la gran capacidad para leer el Antiguo Testamento como prefiguración del Nuevo Testamento.
3. En San Juan de Ávila podemos encontrar una “teología del Corazón de Cristo”: el Corazón de Cristo simboliza el amor, más grande que los dolores sufridos en la

Pasión; pero también es mediación para alcanzar el Corazón del Padre. Por tanto, en Ávila, nunca se pierde de vista que Jesucristo es el Mediador: accedemos al Corazón del Padre por el de Cristo. San Juan de Ávila trata siempre este símbolo del corazón de modo teológico, como símbolo de un misterio, y nunca de un modo “sentimental”; no se refiere tanto a los sentimientos de Cristo en un sentido subjetivo, sino al amor divino de Jesucristo, en sentido teológico.

4. San Juan de Ávila presenta cómo la acción de la gracia opera en la persona una verdadera transformación, si ésta no pone obstáculos. Por la comunión eucarística el hombre de manera progresiva puede tener los mismos sentimientos del Corazón de Cristo. “Creer y amar” son las actitudes fundamentales que el Santo requiere para una verdadera comunión. No somos nosotros los que asimilamos a Jesucristo, sino que es Él quien nos asimila a nosotros. Nos vamos convirtiendo en sustancia suya, nos vamos haciendo Él. En esto consiste la transformación interior en que ya no somos nosotros, sino Cristo en nosotros. Además presenta el papel de la Eucaristía como lugar de encuentro entre el Corazón de Cristo y el del hombre, y esencial para que este sea “deiforme”.

2. Conclusiones en torno al autor

El autor escogido es un Santo y Doctor de la Iglesia universal: San Juan de Ávila. Fue nombrado patrono del clero diocesano español en el año 1949 haciéndose popular por ser el santo de los sacerdotes. Sin embargo, su vida santa, doctrina, predicación y magisterio alcanza a todos y cada uno de los cristianos. Su influencia en la espiritualidad y reforma de la Iglesia le convierte en un santo atractivo. Su profundidad teológica, espiritual y pastoral como ahora señalaremos hace de él un referente. Amigo y consejero de santos, padre y maestro del espíritu es hoy también, como en otras épocas, modelo de entrega y amor a Jesucristo.

Es poco conocido y sin embargo se trata de un santo, pastor y doctor de gran categoría, por su santidad, por su celo apostólico y por saber “a qué sabe Dios” y transmitirlo de forma magistral. De su persona y pensamiento destacaría las siguientes conclusiones:

1. Encontramos en el Santo Maestro Ávila una “persona total”, persona que enseña lo que vive⁴⁰⁴. En él teología y espiritualidad están unidas, no hay divorcio. Se trata de un maestro del espíritu que vive y ayuda a vivir la teología de manera plena, profunda, completa y eso es la santidad⁴⁰⁵. Haciendo un recorrido por sus obras encontramos presente esta unidad. Es capaz de presentar los más grandes y profundos contenidos de nuestra fe y al mismo tiempo hacerlo de la forma sencilla y cargada de vivencia espiritual. Por eso la primera conclusión es que san Juan de Ávila es un santo doctor en el que no se encuentra división entre el natural y el sobrenatural, entre la teología y la santidad, sino que se da una verdadera unidad.
2. Es significativo que la doctrina avilista en torno a la eucaristía y al corazón de Cristo recoge toda una tradición anterior. El mismo Ávila bebe de los santos Padres, de San Bernardo y toda la corriente cisterciense, de la mística renana y de la espiritualidad franciscana y dominica. Se encuentra históricamente en un momento de transición donde acogiendo todo lo anterior a él, asume también las corrientes espirituales de su época siendo punto de encuentro entre unas y otras. No se puede buscar en el Santo Doctor los conceptos o prácticas devocionales que

⁴⁰⁴ Hans Urs von Balthasar, *Verbum caro* (Madrid: Ed Cristiandad, 2001), 197.

⁴⁰⁵ Thomas Merton, *Curso de mística cristiana*, 25.

nacerán en una época posterior a él. Pero lo que sí encontramos es una riquísima teología de la interioridad de Jesucristo, una visión unitaria de todo el misterio de la Redención. Toda la teología avilina es una invitación a entrar en el corazón de Cristo descubriendo el excesivo amor de su corazón⁴⁰⁶. La segunda conclusión en relación con el autor es que en él encontramos la vivencia y la exposición del misterio de Cristo de una forma unitaria, pero al mismo tiempo es presentada de una forma novedosa siendo así nexo entre diversas corrientes espirituales. Se descubre en él una doctrina eminente que equivale al reconocimiento de un carisma particular del Espíritu Santo que enriquece así a su Iglesia⁴⁰⁷.

3. San Juan de Ávila destaca por ser maestro y predicador de la Palabra de Dios. Precisamente la teología avilista se distingue por ser cercana a los problemas cotidianos de la gente partiendo siempre de esta palabra divina⁴⁰⁸. Es un insigne predicador porque sabe exponer y presentar al pueblo más sencillo la teología más elevada. La predicación del Santo Doctor presenta la verdad de fe, pero inflamada en un gran amor de Dios. Rezumaba no sólo una alta erudición, sino al mismo tiempo profunda vivencia interior y capacidad de adaptarse al pueblo que le escuchaba. Es importante destacar en él, el uso de imágenes de la vida común, accesibles a todos y que ayudan a introducir en el misterio que quería presentar al pueblo. El sarmiento y la cepa, fuego, medicina, alimento, ballesta... son sólo algunos ejemplos que se recogen en este trabajo y muestran la riqueza interior y al mismo tiempo la capacidad de adaptación del Santo Maestro. Por ello la tercera conclusión es precisamente descubrir en Ávila un modelo y referente de predicador que sabe vivir el misterio de Cristo, profundizar en él y darlo al pueblo de la forma más sublime y sencilla al mismo tiempo. Su fin es la santidad propia y del pueblo de Dios, siguiendo el famoso aforismo ignaciano de “juntar virtud con letras”.

Finalmente es necesario impulsar un mayor conocimiento de la vida y doctrina de este Santo Doctor de la Iglesia universal. Su actualidad, aun siendo un santo del XVI es sorprendente, ya que su teología es de gran valor y digna de estudio y profundización. Siendo patrono del clero secular español, su magisterio no se reduce exclusivamente a los sacerdotes, sino que se extiende a todas las vocaciones y estados de vida.

La mejor definición de este Santo Maestro la dieron sus discípulos cuando redactaron el texto que ha quedado grabado para la historia en la primera lápida que conservó su cuerpo y que podemos encontrar hoy expuesta al público en la Basílica de Montilla que lleva su nombre. Dice así:

“Ávila fue mi nombre, mi camino la tierra que pisaba peregrino. El cielo era mi patria verdadera. ¿Qué oficio ejercité? Segador era, de la incansable mano nunca deje la hoz por muy anciano, antes a Cristo di siempre constante cosecha de sus mieses abundantes”.

⁴⁰⁶ M Jesús Fernández Cordero, “Dar el corazón a Dios. La redamatio en san Juan de Ávila”, en san Juan de Ávila, *Actas del congreso internacional*, 447.

⁴⁰⁷ González Rodríguez, *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal*, 25.

⁴⁰⁸ David Aguilera Malagón, *Una espiritualidad evangélica. La influencia del evangelio de san Mateo en el Audi filia II de san Juan de Ávila* (Córdoba: Fundación san Eulogio, 2013), 56.

BIBLIOGRAFÍA

SAGRADA ESCRITURA

Sagrada Biblia. *Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Madrid: BAC, 2011.

MAGISTERIO

Denzinger, Heinrich, P. Hünermann, *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, 2º ed. Barcelona: Herder, 2000.

Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* (2003)

Benedicto XVI, *Spe salvi* (2007)

——— *Sacramentum caritatis* (2007)

Francisco, *Evangelii Gaudium* (2013)

——— *Gaudete et exsultate* (2018)

OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

Juan de Ávila, San. *Obras completas*, 4 vols. Nueva edición crítica. Introducción, edición y notas de L. Sala Balust, F. Martín Hernández. Madrid: BAC, 2000-2003.

OTRAS FUENTES

Agustín, San. *Obras completas II*. Madrid: BAC, 1946.

Granada, Fray Luis de, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila y las partes que ha de tener un predicador del Evangelio*, en Fray Luis de Granada, Licenciado Luis Muñoz, *Vidas del Padre Maestro Juan de Ávila*, editadas por Luis Sala Balust. Barcelona: Juan Flors, 1964.

Ignacio de Loyola, San. *Obras*. Madrid: BAC, 2014.

Juan de la Cruz, San. *Obras completas*. Madrid: Ed. Espiritualidad, 2009.

María Magdalena de Pazzi, Santa. *Los cuarenta días*. Madrid: Ediciones carmelitanas, 2016.

Teresa de Jesús, Santa. *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo, 2001.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- AA.VV. *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*. Madrid: Edice 2002.
- Aguilera Malagón, David. *Una espiritualidad evangélica. La influencia del evangelio de San Mateo en el Audi filia II de San Juan de Ávila*. Córdoba: Fundación San Eulogio, 2013.
- Andrés Martín, Melquíades. *San Juan de Ávila, Maestro de espiritualidad*. Madrid: BAC, 1997.
- Aranda Doncel, Juan, A. Llamas, eds. *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del Congreso Internacional*. Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013.
- Ayán Calvo, Juan José. *Para mi gloria los he creado*. Burgos: Instituto Iesu Communio, 2016.
- Azcoaga Lasheras, Joxe Mari. “La adoración del Corazón Eucarístico de Jesús”. En *Enciclopedia Temática del Corazón de Cristo*, editado por Pablo Cervera Barranco, 931-948. Madrid: BAC, 2017.
- Blenkinsopp, Joseph. *El libro de Isaías. Vol I*. Salamanca: Sígueme, 2015.
- Bohigues Fernández, Santiago. *El Corazón humano de Cristo, líneas fundamentales del pensamiento del P. L. Mendizábal, S.J.* Burgos: Monte Carmelo, 2008.
- Cabrera Montoto, Concepción. *La espiritualidad del Beato Marcelo Spínola a través de sus escritos*. Madrid: Gráficas Dehon, 2010.
- Cencini, Amedeo. *Los sentimientos del hijo*. Salamanca: Sígueme, 2005.
- Charmot, Francisco. *La misa, fuente de santidad*. Barcelona: Apostolado de la Divina misericordia, 2005.
- Contreras Contreras, Jaime. “Alcalá: la Universidad que formó a San Juan de Ávila”. En *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*, editado por la Junta episcopal pro-doctorado de San Juan de Ávila, 785-794. Madrid: Edice, 2002.
- Cordovilla Pérez, Ángel. “El camino de la salvación”. En *Retorno de amor. Teología, historia y espiritualidad de la reparación*, coordinado por Nuria Martínez-Gayol, 17-64. Salamanca: Sígueme, 2008.
- Cucci, Giovanni. *La fuerza que nace de la debilidad*. Santander: Sal Terrae, 2014.
- De Andía, Ysabel. *Homo viator*. Madrid: BAC, 2017.
- De Bazelaire, Louis. “Communion Spirituelle”. En *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique doctrine et histoire. Tome II. Deuxième Partie*, dirigido por Marcel Viller, Ferdinand Cavallera, Joseph de Guibert, 1294-1300. Paris: Beauchesne, 1953.
- De Covarrubias, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana española*. Barcelona: Alta Fulla, 1943.
- De la Potterie, Ignace. *El misterio del Corazón traspasado*. Madrid: BAC, 2015.
- Díaz Lorite, Francisco Javier. “San Juan de Ávila y la Eucaristía”. *Giennium* 5 (2005): 139-162.
- . *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*. Madrid: Campillo Nevado, 2007.
- . *San Juan de Ávila experiencia de fe*. Madrid: Dulcinea, 2013.

- “Hacedlo todo por amor de Dios”. En *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del congreso internacional*, editado por Juan Aranda Doncel, Antonio Llamas, 137-156. Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013.
- Díaz Merino, Luis. “La revelación bíblica y el Corazón de Jesús”. En *Cor Iesus, fons vitae*, editado por David Amado, Enrique Martínez, 63-97. Barcelona: Balmes, 2007.
- Donaire Domínguez, Jesús. *Un sencillo y humilde trabajador de la viña del Señor. Marcelo Spínola y Maestro, modelo y Maestro de sacerdotes*. Sevilla: Kadmos, 2017.
- Dumaige, Gervais, “El tiempo de los Padres”. En *Enciclopedia Temática del Corazón de Cristo*, editado por Pablo Cervera Barranco, 72-106. Madrid: BAC, 2017.
- Esquerda Bifet, Juan. *Diccionario de San Juan de Ávila*. Burgos: Monte Carmelo, 1999.
- *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*. Madrid: BAC, 2000.
- “Juan de Ávila, un corazón unificado en el Corazón de Cristo”. En *Entre todos, Juan de Ávila*, editado por M^a Encarnación González Rodríguez, 79-85. Madrid: BAC, 2011.
- Fernández Cordero, M^a Jesús. “Dar el corazón a Dios. La redamatio en San Juan de Ávila”. En *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del congreso internacional*, editado por Juan Aranda Doncel, Antonio Llamas, 427-462. Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013.
- *San Juan de Ávila. Tiempo, vida y espiritualidad*. Madrid: BAC, 2017.
- “Juan de Ávila en la tradición de defensa de los conversos: la pertenencia al linaje espiritual de Jesucristo”. *Miscelánea Comillas* 76 (2018): 113-133.
- “Jesucristo, fuente de nuestro sacerdocio. Claves para la comprensión del pensamiento Juan de Ávila sobre el ministerio sacerdotal”. *Studia Cordubensia* 11 (2018): 5-24.
- Francisco, *La santa misa explicada a los creyentes*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2018.
- Gallego Salvadores, Juan José. “Reflexionando sobre el Corazón de Jesús simbolizado y realizado en la Eucaristía”. En *Enciclopedia Temática del Corazón de Cristo*, editado por Pablo Cervera Barranco, 949-966. Madrid: BAC, 2017.
- García Domínguez, Luis M^a, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*. 2^o ed. Santander-Bilbao: Sal Terrae-Mensajero, 2011.
- Giraud, Cesare. *La plegaria eucarística*. Salamanca: Sígueme, 2012.
- González Rodríguez, M^a Encarnación. *San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal*. Madrid: BAC, 2012.
- Iriarte Fernández, Felipe. “Evolución y fuentes de la espiritualidad eucarística del Apóstol de Andalucía”. *Revista de espiritualidad* 17 (1958): 33-55.
- Larchet, Jean Claude. *Terapéutica de las enfermedades espirituales*. Salamanca: Sígueme, 2016.
- Llamas Vela, Antonio. *Lectura orante del “Audi filia” de San Juan de Ávila*. Madrid: BAC, 2013.

- Martínez-Gayol, Nurya. “Prehistoria de la espiritualidad reparadora. Patrística y Edad Media”. En *Retorno de amor. Teología, historia y espiritualidad de la reparación*, coordinado por Nuria Martínez-Gayol, 123-179. Salamanca: Sígueme, 2008.
- *Los excesos del amor*. Madrid: San Pablo, 2012.
- Merton, Thomas. *Curso de mística cristiana en trece lecciones*. Salamanca: Sígueme, 2018.
- Grisson, Pierre. “Fuego”. En *Diccionario de los símbolos*, dirigido por Jean Chevalier, Alain Gheerbrant, 511-514. Barcelona: Herder, 1986.
- Maier, Johann, P. Schafer, dirs. *Diccionario del judaísmo*. Estella: Verbo Divino, 1996.
- Mollá Llácer, David. *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2015.
- Müller, Gerhard Ludwig. *La misa, fuente de vida cristiana*. Madrid: Ediciones cristiandad, 2004.
- Namikawa, Miyako. *Paciencia para madurar*. Madrid: Unión de Editoriales Universitarias Españolas, 2014.
- Olivera, Bernardo. *Conócete a ti mismo*. Burgos: Monte Carmelo, 2012.
- Philippe, Marie-Dominique. *Las tres sabidurías*. Madrid: Palabra, 2013.
- Pizarro Jiménez, Tomás. “El Sacramento de la Eucaristía en el Maestro Juan de Ávila”. Tesis doctoral. Pontificia Universidad Urbaniana, 1976.
- *La Eucaristía pan de vida eterna*. Cáceres: Ed. Extremadura, 1986.
- Possanzini, Stefano. “Matrimonio espiritual”. En *Diccionario de la mística*, dirigido por Luigi Borriello, Edmondo Caruana, Maria Rosaria del Genio et alt., 1144-1148. Madrid: San Pablo, 2002.
- Pulido Arriero, Jesús. “Centralidad de la Pasión de Cristo en San Juan de Ávila. La meditación devotísima de la Pasión para cada día de la semana”. En *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia. Actas del congreso internacional*, editado por Juan Aranda Doncel, Antonio Llamas, 569-589. Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013.
- “Magister, remittuntur tibi peccata tua. Contemplación del amor de Dios en San Juan de Ávila”. *Studia Cordubensia* 11 (2018): 81-109.
- Rahner, Hugo. “Los comienzos de la veneración al Corazón de Jesús en la Patrística”. En *Cor Salvatoris*, editado por Josef Stierli, 83-110. Barcelona: Herder, 1958.
- Ratzinger, Joseph. *Miremos al Traspasado*. Argentina: Fundación San Juan, 2007.
- Sada Fernández, Ricardo. *¡Es el Señor!* Madrid: Palabra, 2018.
- Sala Balust, Luis, F. Martín Hernández. *Santo Maestro Juan de Ávila*. Madrid-Roma, 1970.
- Sierra, Juan Manuel, M. Garrido, P. Cervera. *Los prefacios y las secuencias*. Barcelona: CPL. 2018.
- Stierli, Josef. “El culto al Corazón de Jesús desde fines de la época Patrística hasta Santa Margarita María Alacoque”. En *Cor Salvatoris*, editado por Josef Stierli, 111-176. Barcelona: Herder, 1958.

- Sudbrack, Joseph. "Éxtasis". En *Diccionario de la mística*, dirigido por Luigi Borriello, Edmondo Caruana, Maria Rosaria del Genio et al., 705-708. Madrid: San Pablo, 2002.
- Trujillo Díaz, Lorenzo, Francisco José López Sáez, *Meditación sobre la Eucaristía*. Salamanca: Sígueme, 2008.
- Uribarri Bilbao, Gabino. *La mística de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 2016.
- Vanhoye, Albert. *Cristo, Pontífice misericordioso*. Cuadernos Phase 236; Barcelona: CPL, 2017.
- Von Balthasar, Hans Urs, *Teresa de Lisieux historia de una misión*. Barcelona: Herder, 1999.
- *Verbum caro*. Madrid: Cristiandad, 2001.